
LA HIJA DEL ARTESANO

CUADRO DE COSTUMBRES.



ace algunos años existia un café de modesta apariencia situado en el centro de una estrecha y tortuosa calle de los barrios altos de Madrid.

Detrás de las puertas vidrieras que daban paso al expresado café, se descubria un pequeño estante de madera pendiente del muro, en el que se hallaban cuidadosamente colocadas hasta un centenar de cajas de fósforos, algunas docenas de libritos de papel para fumar y varias cajetillas de cigarrillos del estanco.

De una cuerdecilla de cáñamo como de una vara de longitud, fija en la pared por cada uno de sus extremos, pendian algunos números de los periódicos callejeros de más circulación.

Al pié del referido estante y acurrucada en el suelo se hallaba una mujer jóven aún, de facciones delicadas, de esbelta figura y de triste y miserable aspecto.

Aquella pobre mujer, conocida en todo el barrio por el nombre de María *la fosforera*, vivía sola en el mundo.

Era una tarde de Febrero húmeda y fria y acababan de sonar las cuatro en el relój de San Plácido.

—Buenas tardes, D. Rafael, exclamó María viendo entrar en

el café un viejecito medianamente trazado, pero de porte distinguido y aseado aspecto.

—Buenas las tengas, María.

—Mucho se ha descuidado usted hoy.

—¿Qué quieres, mujer? Si se halla esta parte de la calle poblada de corrillos, de los que me han salido al paso nuestros amiables vecinos dirigiéndome un insoportable tiroteo de preguntas sobre la muerte de ese infeliz...

—¡Ah! sí, ¡pobre Sr. Pepe! Y en verdad que como cada uno lo cuenta de modo distinto, no sabe una á qué atenerse... Pero usted debe hallarse enterado...

—¡Vaya! Pues por eso acuden todos á mí; ya se ve: como saben que por poco me encuentro en la refriega...

—¿Usted, D. Rafael?

—Como que en el momento mismo en que tuvo lugar el suceso, pasaba yo por la calle en que está... mejor dicho, en que estaba la imprenta; porque lo cierto es que allí no han dejado mueble sano.

—¿Conque ha sido en la imprenta?

—Pues: en la que se imprimía uno de los periódicos más revolucionarios de la presente época; y como Pepe era uno de los cajistas que tomaban parte en su confección...

—¡Válgame Dios! ¿Y quién le obligaba al Sr. Pepe á trabajar en ese endemoniado periódico?

—La necesidad, hija: el pobre no hallaba trabajo en otra parte. Además, ya sabes que él profesaba absurdas ideas de federalismo... y de... ¡qué sé yo! Seguro estoy de que en los distintos *clubs* á que era invitado, jamás llegó á entender una sola palabra de los furiosos discursos que sobre muerte y destrucción pronunciaban sus compañeros y correligionarios.

—¿Qué había de entender él? Si el pobrecito era incapaz de matar una mosca.

—Pues ese es el caso: que con su charla sempiterna llegó á ser considerado como hombre perturbador y temible, cuando en realidad era el sér más inofensivo y pacífico del mundo.

—Conque, en fin, dice usted que fué en la imprenta...

—Sí: parece, segun públicamente se cuenta, que el jefe de no sé qué partida ó asociación que hace y deshace á mansalva

cuanto se le antoja, se presentó hace ya algunos días en la redacción del consabido periódico, donde tuvo una breve entrevista con el director, de la que no debió salir muy satisfecho, profiriendo en su despedida las más terribles amenazas. Ignoro lo que en la tal entrevista se trataría, y cuáles sean los delitos en que posteriormente haya incurrido el susodicho diario: lo cierto es que hace tres días fué asaltada de improviso la imprenta por un grupo de hombres, los que garrote y pistola en mano comenzaron á romper moldes y á destruir cuanto á su paso hallaban. Algunos operarios hicieron resistencia á tan salvaje invasión, y entónces tuvo lugar la sangrienta refriega en la que el pobre Pepe recibió un tremendo golpe en el pecho al salir huyendo á la calle. Yo le ví caer en medio del arroyo echando sangre por la boca; acudí en su socorro, y yo mismo le acompañé y ayudé á subir en una berlina de alquiler que nos condujo á su casa. Lo demás ya lo sabes: Pepe ha fallecido ayer abrazado á su hija, tierna niña de ocho años que se halla sola y sin amparo alguno en el mundo.

—¡Niña desdichada! ¡Desventurada de mí! Exclamó María cubriéndose el rostro con ámbas manos.

El viejecito, sin fijarse en la extraña exclamación de María, tomó asiento cerca de una de las mesas más próximas á la puerta de entrada, en cuyo sitio tomaba todas las tardes su taza de café.

Entre tanto algunos vecinos del barrio se agrupaban en torno á la casa del infortunado Pepe.

Multitud de hombres y mujeres se hallaban delante del portal esperando la llegada de los sepultureros.

—¿Conque por fin le *yevan* en hombros?

—¿Pues cómo queria usted que le *yevaran*?

—¡Toma! Diga usted que *tuviáa* el gusto de que le *yevaran* en carruaje fúnebre, y que lo *hubiá dejao mandáo*.

—¡Qué disparate!

—*¿Usté velaí* que fuera de la sociedad de veteranos.

—Como lo era mi difunto.

—Mi pariente lo es.

—Y que rebien que hace en serlo.

—Bueno; pues éste no lo era, y, por consiguiente, le llevan entre cuatro.

—¿Y qué más *puée* él apetecer?

—En su clase, aunque quisiera...

—Es claro; él no puede aspirar á más.

—Y, aun así, ¿sabe *usté* lo que le costará el ajo?

—¡*Caye usté*, por Dios, señora! Pues si cuesta un sentido e darle á uno una miaja *é sepoltura*.

—Si en empezando á reclamar sus derechos cada apaga-luces y enciende-cirios...

—Y *usté*, señor *Donisio*, ¿va *usté* á ir *tamien* acompañándole hasta el cementerio?

—¿Pues no he de ir?

—*Tamien* yo.

—Lo que es yo, tenía que ir á entregar esta tarde; pero aunque me *hiciá* falta *pa* el día.

—Igualito digo. *Quió* yo tener el gusto de ver en qué sitio le ponen; porque así, cuando *yega* el día de *defuntos* y va uno al cementerio, siempre le gusta á uno saber en qué sitio tiene uno sus conocimientos.

—Pues yo voy, porque ya saben *ustées* que tengo impedida á la parienta, y se ha *empeñado* en que la traiga un *puñado* *é* tierra de la que le echen en la *sepoltura*.

—De la que le echen no podrá ser.

—Bien, hombre, ya se sobreentiende; no *sagarre* *usté* al *materialísimo* de las expresiones.

—No ha de faltarle mi *puñado*.

—Ni el mio.

—Y que la tierra le sea ligera.

—¿Qué es él ya sino un montoncito *é* tierra?

—Como uno mismo.

—Ahora lo ha dicho *usté*.

—¡Más seguro!...

—Lo que *semos* tóos.

—Como que la tierra no *puée* ménos de reclamar lo que es suyo.

—Como que si á mano viene no le da uno más que lo que la pertenece.

—Como que el *reflan* lo dice: de la tierra sales á la tierra volverás.

—Pero en medio de *tóo*, *miste* que es *tamien* lo grande; cuando parecia que habia ahí hombre *pa* vivir otro tanto de vida.

—Como que *tóo* él rebosaba *salú*.

—Pero, señora, hágase *usté tamien* cargo... ¿no ve *usté* que el golpe ha sido mortal de suyo?... *Tamien* es menester que nos pongamos en su lugar.

—Eso *tamien es verdá*: ¿qué habia de hacer él... el pobre?

—Sea como sea, y en *reasumidas* cuentas: ¡*miste* qué va á ser ahora de esa pobre huérfana!...

—¿Qué huérfana?

—¿De quién habla *usté*?

—¿De quién ha de ser?... de *eya*... de su hija.

—Ay, no le dé á *usté* cuidado por *eya*, que ya se buscará el modo de salir adelante.

—Ahora lo ha dicho *usté*.

—Ay, hija; pobre del que se muere.

—¡Y qué *verdá* es!

—Lo que es menester es que Dios le dé su santa gloria.

—Y que por *ayá* nos espere muchos años.

—¡Madre! gritó una muchacha desde la acera de enfrente; aquí están ya los *sepultureros*,

—Es *verdá*; miren *ustéés*.

—*Eyos* son.

—¡*Caya*! ¿No ven *ustés*?

—¿Qué?

—¡Toma! Que uno de *eyos* es el señor Benito.

—El señor Benito es.

—Pues es *verdá*.

—Pues no hay más.

—Pronto ha conseguido la plaza.

—¡Qué! si andaba tras *eya* hacia ya mucho tiempo.

—Pues al cabo la atrapó.

—Y ha hecho *mú rebien*; porque está visto que aquí *tóo* lo que no sea alzarse uno con un empleo...

—¡Qué suerte tienen algunos hombres!

—Ande *usté*, que *tamien*, si á mano viene, les cuesta arrastrarse por los suelos.

—Y andar haciendo papeles.

—Y *arrebajándose*.

—Cayen *ustées*, que ya están aquí.

—¿Ha visto *usté*, madre?

—¿Qué?

—Que el señor Benito ha *mirao* hácia aquí.

—Nos habrá visto.

—Nos ha conocido.

—Vaya *usté* con Dios, señor Benito, y la compañía. Vayan *ustées* con Dios, *custés* lo pasen bien, *para servir á ustées*.

Los sepultureros penetraron en la casa.

Todos los que se proponían llegar hasta el cementerio se reunieron delante del portal.

—Aguarda, hombre, ven acá; decia una mujer de la casa de enfrente, saliendo á la calle detrás de su marido.

—¿Qué *te se* ofrece?

—Que *yegas* el *cueyo* de la levita metido dentro del pescuezo.

—Bien está así.

—¿Qué ha de estar? Ven aquí, no sea el caso *que traten de decir que te tiene una abandonáo*. Sí, pues no son reparonas las gentes.

La mujer dobló el cuello de la levita con tan soberbios tirones, que el pobre hombre estuvo á punto de perder tierra y caer al suelo. Aquella levita sólo se presentaba en la calle en las grandes solemnidades; su forma era antiquísima y estaba muy deslucida.

—Déjalo ya, bien está así.

—Es que no quiero yo que te vean mal vestido; sino que digan que *tamien* sabes ponerte una levita cuando *yega* la ocasion. ¿*Yegas* el pañuelo?

—Sí.

—Ten cuidado si *yueve*: no vayas á venir con el sombrero de seda *tóo* chorreando.

—Bueno, basta ya de encarguitos. El hombre se alejó amostazado.

—Lo que es tú, sino fuera por el cuidado de una... quien te quite á tí de ir hecho un Adán...

El hombre se reunió á la comitiva que en aquel instante se ponía en movimiento detrás del féretro.

Detrás de la vidriera del café se dejó ver el acongojado semblante de María. Por sus pálidas mejillas resbalaron dos gruesas lágrimas.

El viejecito se asomó á la puerta en la que permaneció de pié contemplando á hurtadillas la profunda aflicción de María.

Unos cuantos vecinos situados en la acera de enfrente seguían con la vista la marcha del cortejo fúnebre.

—Vean *ustéés* eso; exclamó uno de pronto; si ese hombre que *ustéés* ven, y que va *ayí* con los piés *palante*, alzara *toavía* la cabeza... si ese hombre pestañeara aún... ese hombre era *avanzáo* y cabal porque Dios quería, y estaba dispuesto á echarse á la calle en un dia *dáo*.

—¿Qué si se echaba ese? ¿pero cómo?... con *tóo* el pecho por delante.

—¡Ojalá Dios que *hubiáa* sido!

—¡*Ayá* *hubiámos* visto á ver entónces!...

—Atento á eso que *usté* propone, nada tengo que decir de mi parte.

—Ni yo de la mia, sino que ya hace tiempo que me hormiguea la mano.

—Si esto *tiée* que tener ya fin un dia *ú* otro.

—Tanto se estira la cuerda...

—Al pueblo se le viene faltando malamente.

—Y el pueblo debe ser aquí el único soberano.

—Y se le debe dar *libertá* para todo.

—Y debe poner la ley á todo el mundo.

- Y hacer que todo el mundo la respete.
- ¡Y al que no lo quiera así, leña!
- ¡Y firme en él!
- Y sin apelacion alguna.
- Y sin más *avriguaciones*.
- Anígal* que ahora se le trata á uno despóticamente.
- Y quieras que no quieras... trágala.
- Como que aquí no hay ya miramientos personales.
- ¡Qué ha de haber aquí!
- ¿Cómo se consideran aquí las consideraciones individuales del individuo?
- Lo que es en cuanto á eso de ninguna especie.
- Pues lo que es en cuanto á lo que toca... á lo que pertenece... eso, de ninguna manera.
- Tocante á ese *respeto*, mi *preposicion* es muy *senciya*.
- Usté* dirá.
- Diga *usté*.
- Vamos á ver: *ú* el pueblo es pueblo, *ú* no es pueblo.
- Claro es.
- Es claro.
- Si el pueblo, es verdaderamente pueblo... ¡ahí tiene *usté*!
- ¿Pues qué duda tiene?
- Y si el pueblo... no es pueblo, por la misma razon.
- Ahora lo ha dicho *usté*.
- Y que es el Evangelio.
- Eso se *yama* hablar en razon.
- Y que no hay quien se la vuelva.
- Silencio, que nos *oservan*. Dijo uno señalando la puerta del café.
- Dice *usté* bien, replicó otro respirando con fuerza y agitando con amenazadora expresion: vamos *cayando*, que bien dijo aquel que dijo que la mejor palabra es la que se queda por decir.

Los hombres desaparecieron por la calle abajo.

El viejecito penetró de nuevo en el café, murmurando entre dientes:—qué gente tan buena, tan honrada... lástima que no

sea ménos impresionable y sencilla. Y recobró de nuevo su asiento cerca de la puerta.

María permaneció largo rato sumida en profunda meditacion.

D. Rafael, que éste era el nombre del anciano, contemplaba á María con el más vivo interés, exclamando al fin con acento cariñoso:

—¿Qué es esto, buena María? ¿Qué te sucede? ¿Qué penas sientes?

—¡Ay, señor! contestó María con voz entrecortada por los sollozos: que el cuadro que acabo de presenciar despierta en mi alma los desgarradores recuerdos de mi infancia, la triste historia de mi juventud.

—¿El cuadro que acabas de presenciar, dices?

—Sí. Tambien yo, como esa infeliz niña, hija del desventurado señor Pepe, quedé sola y sin amparo alguno en el mundo.

—¡Pobre María!

—Y así, como esas gentes toscas y sencillas que hablaban cerca de nosotros, y cuyas imprudentes y amenazadoras frases helaban mi corazón, así era mi desdichado padre.

—¿Tu padre?

—Sí; tambien él, hombre honrado y laborioso, hacia á todas horas inútil y público alarde de sus exajerados principios de libertad, siendo al mismo tiempo incapaz de cometer la más leve acción, por la que mereciera ser perseguido... deportado... y... ¡ay de mi! Que mi padre fué víctima inocente de una orden impía y cruel.

—Vamos, tranquilízate; enjuga ese llanto. ¿Ves?... Ya tienes otra vez enrojecidos los ojos como dias pasados. ¿Por qué te has quitado el tafetan que los cubria? Póntele de nuevo; mira que no hay nada más precioso que la vista.

María, á ruegos del anciano, ciñó á su frente una visera de tafetan verde que daba agradable sombra á sus ojos.

—Eso es: y ahora, si en pago de la estimacion que te profeso, merezco que me confíes tu historia... estamos solos; este café se halla siempre completamente vacío hasta que llega la noche, y nadie vendrá á interrumpirnos.

—Sea en buen hora. Así como así, hoy más que nunca necesita mi alma esta expansion.

María se acomodó lo mejor que pudo cerca de la mesa ocupada por D. Rafael, y dió principio á su historia.

Acababa de cumplir dos años cuando perdí á mi madre.

Mi padre era oficial de armero, y trabajaba en uno de los mejores obradores de Madrid.

Aunque era estimado y querido de su maestro, y ganaba muy buen jornal, la precision de trabajar fuera de casa le atormentaba en extremo, porque le obligaba á vivir todo el dia ausente de mí.

Teníamos una buena muchaba que nos servia de cocinera, de lavandera y planchadora, y por fin, de aya y preceptora mia.

Cuando mi padre volvía á casa de vuelta de su trabajo, despues de hacerme mil caricias, comenzaba á interrogar á la muchacha, llamada Rosa, haciendo todos los dias las mismas preguntas, sobre poco más ó ménos.

—¿Qué ha hecho usted á la niña, Rosa?

—Yo... nada, señor.

—Pues esta niña está triste.

—Aprension de usted.

—¿Ha comido con apetito?..

—Sí, señor.

—¿La ha lavado usted... la ha peinado... la ha vestido... la ha sacado usted un poquito á paseo?

—Sí, señor... sí, señor... sí, señor.

El mismo interrogatorio tenia lugar siempre que volvía á casa.

En esta situacion pasaron los dias de mi niñez.

Un dia, tenia yo entónces cinco años, sentándome en sus rodillas, exclamó:

—Ea, hija mia; desde la semana próxima pasaremos juntitos todo el santo dia.

—¿De veras?—exclamé yo:—¡Ay que alegría! ¿Ya no vas á trabajar más?

—¡Vaya! Ahora más que nunca. Sólo que ahora trabajaré sin salir de casa. Ea, Rosa; ya he conseguido yo establecerme como deseaba.

—¡Gracias á Dios, señor! Y bien que lo merece usted, que se ha matado á trabajar estos últimos años para conseguirlo.

—Es verdad que he trabajado mucho... y que tambien he vivido con una economía... Pero por fin, ya he logrado reunir unos cuartejos, y con ellos abriré mi obrador ántes de quince dias.

—¿En dónde?

—Aquí cerca... en un tenducho que he tomado á traspaso en la calle de Amaniel.

Diez dias despues nos estableciamos en la tienda alquilada por mi padre.

Rosa era fiel, activa y hacendosa, pero tenia un carácter violento, y era conmigo sumamente adusta.

Mi padre toleraba estos defectos en cambio de otras cualidades.

Nunca, sin embargo, consintió que Rosa saliera conmigo á la calle, y él mismo me llevaba y me traia á la escuela.

Así, cuidada, mimada y regalada por él constantemente llegué á cumplir ocho años.

Una noche, la del 26 de Marzo de 1848, entró mi padre en casa acompañado de dos hombres de muy mala facha.

Éran más de las nueve de la noche; nunca acostumbraba á venir tan tarde.

Apénas entró me alzó en sus brazos, y con más ardor que nunca, me besó y me estrechó en su seno.

—¿Qué tienes, papá?... exclamé yo. Tú estás conmovido... ¿Por qué has venido tan tarde?

—No tengo nada... hija de mi alma! contestó con embargado acento. Afortunadamente ya me tienes aquí... no tengas miedo, tonta; que nada malo me ha sucedido... nada. ¡Ay Jesus!... ¡no lo permita Dios! exclamó como pugnando por alejar de sí un súbito pensamiento.

Los hombres que le acompañaban registraron entre tanto toda la casa con muy malos modos.

—¿Qué hacen esos hombres? pregunté yo aterrada abra-

zándome al cuello de mi padre. ¿Por qué registran la casa de esa manera?... ¿Qué vienen á buscar aquí?

—No tengas miedo, boba; que estos señores no vienen á hacer nada malo; ¿no es verdad?

—Puede usted permanecer en su casa con toda tranquilidad, que nada aparece en ella contra usted. Dijo uno de aquellos individuos despidiéndose seguido de su compañero.

—Está muy bien, señores. Vayan ustedes con Dios.

Mi padre salió á despedirlos hasta la calle, cerrando y atrancando despues la puerta, con el cuidadoso afan del avaro que se encierra con su tesoro.

Apénas quedé sola con mi padre, exclamé asiéndome de nuevo á su cuello: pero ¿qué te ha sucedido, papá?... ¿Por qué vienes tan tarde?

—Si ya te he dicho que no ha sido nada. Vengo un poco más tarde porque he tenido precision de llegar al vecino pueblo de Carabanchel donde me han hecho algunos encargos que constituirán mi trabajo de la semana. Despues... cuando volvia... vamos, curiosa, añadió despues sentándome sobre sus rodillas: para que no vuelvas á preguntarme más voy á contarte lo que me ha sucedido con todos sus pelos y señales.

Y mi padre dió principio á su relacion. Espantosa relacion que conservo en la memoria con todos sus detalles como si aún resonara en mis oidos.

Volvia, pues, mi pobre padre de Carabanchel, cuando al penetrar en la calle de las Fuentes, gritó un hombre de los de la *Ronda de capa* (1):

—¡Al arroyo!... Echad al arroyo á ese hombre.

Mi padre obedeció instantáneamente y casi temblando.

—¡Quieto ahí! exclamó con marcado acento andaluz el jefe de aquella gente. Baje *osté* esos brazos!... ¡Qué *vasté* á *jazé* con esos brazos?... A ver!... *Amarrármele, sujetármele* ahí mismo.

—Señores, si yo no hago nada, si no me muevo.

(1) Rondas organizadas en aquella época y que ántes alteraban que mantenian el órden público.

Mi padre guardaba la actitud más tímida é inofensiva del mundo.

—¿Que no te mueves, eh?... ¡*Caya* tunante, *caya*! Ya *sus* *conosco* yo... ya *sus* arreglaré yo las cuentas... Esos *borsiyos*... ¡A ver esos *borsiyos*!... ¿Que *é jesto*?... Aquí hay un arma... dos armas... cuando *dizia*...

—¿Qué armas... hombre; si son dos limas...

—Limas, eh... ¿Conque son limitas?

—¿No lo está usted viendo?

—En *eferto*; limas son. Pues lo que es con esta escofina ya se le *puée jacer* un desavío á *cualisquiera*. Y ¿*aonde* ibas tú ahora con estas *jerramientas*, cara *é sielo*?

—Voy á mi casa.

—A tu casa, eh?

—Sí, señor. Estas limas las he comprado esta mañana en la calle de Toledo, yo he pasado el dia en Carabanchel; y ahora vuelvo...

—¿Y para qué iban á servirte á tí estas limas?

—Para mi trabajo. Yo soy armero.

—¡Hola! Conque eres armero?

—Sí, señor.

—¡*Misté* qué *causaliá*? Conque armero?... ¿A ver?... ¿A ver?... Ven acá, prenda, ven acá; no te *repuches*, hombre; que te voy á *desaminá* yo mismo.

Y comenzó á registrarle minuciosamente todos los bolsillos.

—Compañero, ¿qué *é jesto*?... Estas son dos *piera é chispa*.

—Sí, señor. Para un par de pistolas...

—¡*Caya*... *caya*... una caja de pistones!...

—Sí; tambien la compré esta mañana...

—Y está *yenita*. ¿Y estas *cársulas* te van á tí á *serví* tambien *pá* tu trabajo, alma mia?

—No, señor; es encargo de un parroquiano... aficionado á cazar...

—Está *mú* bien; ¡*caye osté* ya esa boca!—Tú, *Gustiniyo*, arrima *acá aquí* ese farol.

Se le acercó un individuo con una linterna.

—¿Cómo se *yama osté*, salero? preguntó sacando una cartera y un lápiz.

—Me llamo Antonio Vilches.

—¿Dónde vive *osté*?

—En la calle de Amanuel, número...

—¿Profesion?

—Ya se lo he dicho á usted; soy armero.

—*Perfetamente. ¡Velai osté!* Si yo le trincara á *osté* ahora mismo y le metiera en la trena, por haber *osté sio...* digo! *náa* más que *cojiito* con las manos en la masa, se diría luego que abusábamos de nuestra *autoriá...* y nuestra *compe-tensia...*

—Pero hombre...

—¿Chitito!... Si no *quiée osté zali* andando *pá* chirona. *Osté ze* va á *dí* libre á su casa... porque yo quiero... *estasté?* Y es que se *vasté á dí...* pero cómo? *Mú* bien *acompañao*; que no *quió* yo que le *sucea á osté* alguna avería en el camino. ¡Eh! Tú... ¡*Coliyero!* y tú... ¡*Berrugas!* Vais á *dí* acompañando á este hombre hasta dejarle en su casa; y *cudiao* como se *jasen* las cosas!

—Está bien.

—Una vez allí, continuó bajando la voz, se pregunta en la *vecindá...* y se toma la *filiatura* de la casa... y... *náa* más. ¡Ea! Ya estais de vuelta.

—Vamos, andando...

—Pero... y mis limas... y mis...

—*Otavía tatreves á peir...* ¡Viva tu salero! Anda *ayá...*

—En marcha.

—Pero señor...

—¿No oyes tú? Estas prendas son el cuerpo del delito.

Mi padre llegó á casa acompañado de dos individuos de la *Ronda de capa*.

Siete dias despues, serian las cuatro de la madrugada, sentí dar repetidos golpes en la puerta de la calle.

Yo fuí la primera que oyó llamar. Mi padre y Rosa dormían profundamente.

—¡Papá... papá! Exclamé yo llegando asustada á su cama. Papá, están llamando... ¿No oyes?

—¿Aquí?... No puede ser... Yo no espero á nadie.

—¿Pues no lo oyes?

—En efecto... ¿A estas horas?... ¿Quién podrá ser? ¡Rosa... Rosa! Vístase usted... Abra V... O si no yo mismo iré.

—Mi padre abrió la puerta. En la tienda penetraron un comisario y dos agentes de policía.

Identificada la persona de mi padre, le fué intimada la orden de prision.

—¿Prenderme á mí?... Yo preso... ¿Por qué?

—Eso ya lo sabrá usted.

—Pero señores...

—Silencio... y andando.

—Pero esto es un abuso... Un atropello... ¡Sí señores, un atropello! ¿Con qué derecho, con qué razon se me obliga á dejar mi casa... á abandonar á mi hija... á mi hija de mi alma que no tiene en el mundo á nadie más que á mí?

—¡Papá... papá... no te vayas... no me dejes sola, por Dios! Exclamé yo rompiendo á llorar.

—No, hija mia... si no te dejo... si no me voy... ¿no es verdad, señores, que no me iré... que no me arrancarán ustedes de mi casa... de los brazos de mi hija...?

—¡Silencio! Repitió el comisario. No haga usted que alborotemos la vecindad. Bástele á usted saber que tengo orden expresa de reducir á usted á prision.

—¡Pero!...

—No me obligue usted á apelar á la fuerza.

—¡Dios mio... Dios mio!...

—¡No te aflijas, papá... no llores!

—¡Llévense ustedes adentro esa niña! Dijo el comisario.

Uno de los hombres se acercó á mí; pero mi padre se interpuso entre el hombre y yo con la velocidad del rayo, exclamando al mismo tiempo:

—¡Ay del que se atreva á poner la mano sobre esta niña... ¡ay del que ose tocarle siquiera! Y me apartó rápidamente cubriéndome con su cuerpo.

Algo habia de imponente y aterrador en la voz y el ademan de mi padre al pronunciar aquellas palabras. El comisario y los agentes retrocedieron instintivamente dos pasos.

—Advierto á usted, dijo el comisario avanzando de nuevo hácia mi padre, que traigo conmigo la fuerza necesaria para hacerme obedecer, y que es inútil la resistencia.

Mi padre comprendió que no habia medio de resistir.

—¡Qué infamia! ¡Qué villanía! Exclamó el anciano interrumpiendo á María.

—¡Ay! D. Rafael, no tome Dios en cuenta á los malvados asesinos de mi padre, todo el mal que me han causado.

—Y en fin, lleváronle preso?

—Sí: pero no habia quien lograra apartarme de su lado. Asida á su cuello... á sus brazos... á sus rodillas... ¡Oh, no sé qué extraño presentimiento me gritaba que ya no le volveria á ver! ¡Papá... no me dejes aquí... no me dejes sola... llévame contigo... yo quiero ir contigo! Gritaba yo asida á mi padre con ambos brazos y deshecha en llanto.

—¡Sí .. hija mia!... Sí, conmigo... á mi lado; ¡oh! Sólo la muerte podria separarte de mí.

—Rosa quedó encargada de la casa, y yo partí con mi padre, ambos escoltados por el comisario y cuatro agentes de policía.

—El nuevo dia me halló transida de frio, sentada sobre las rodillas de mi padre, y entreoculta en su pecho la cabeza, en un oscuro y húmedo calabozo del Saladero.

Dos dias permanecimos encerrados sin ver á persona alguna, excepto al calabocero.

Mi padre esperaba ser interrogado, y entónces tenia la seguridad de que una vez atendidas sus declaraciones y estimada la veracidad de sus palabras, seria puesto al punto en libertad.

—¡Loca esperanza! Al tercer dia de encierro, abrieron á media noche la puerta de nuestro calabozo.

—¿Antonio Vilches?... Interrogó una voz desde la puerta.

—Mi padre contestó afirmativamente.

—Pues listo el petate, y andando.

—¡Ah!... ¡Gracias, Dios mio, gracias!... ¿Ves lo que yo

decía?... ¡Si no podía ser otra cosa! ¡Alégrate, hija mia, alégrate!... ¿Lo ves?... ¡Ya estamos en libertad!

Yo me esforcé en aparecer alegre, pero apenas tenía aliento ni aun para hablar. Aquellos tres días de encierro habían debilitado mis fuerzas extraordinariamente.

—¿Qué dice ese imbécil de libertad?—Dijo el hombre que apareció en la puerta del calabozo.—Vamos, pronto, arriba! La cuerda tiene que ponerse en marcha dentro de media hora.

Mi padre salió del calabozo, tomándome de la mano.

—¿A dónde vamos, papá?

—No lo sé, hija mia.

—Bien; yo iré de buena gana á cualquier parte, con tal de que me lleven contigo. No me dejes nunca... ¿no... papá?... No me dejes sola.

—¡Nunca... jamás!... Y tomándome cariñosamente en sus brazos, empezó á descender por una escalera estrecha y oscura que conducía al patio.

Allí se hallaban ya reunidos como unos cincuenta hombres, formados de dos en dos, divididos por una larga cuerda, á la que se unía otra corta y delgada que ceñía ligeramente la muñeca de cada uno de aquellos desdichados.

Mi padre formó pareja con un anciano de más de 70 años, pero de vigorosa resistencia aun, y de aspecto venerable y distinguido.

—¿Y esta pobre niña?—Preguntó la pareja de mi padre acariciándome el rostro con ámbas manos.—¿Viene esta niña con nosotros?

—Esta niña irá conmigo donde quiera que yo vaya.

—¿Es hija de V.?

—Sí señor.

—¿Y no tiene madre?...

—No tiene á nadie en el mundo sino á mí.

—¡Vaya por Dios! En fin, no tengas cuidado, hija mia, que ya haremos por tí lo que se pueda durante el camino.

—¿El camino?...—Preguntó mi padre.—¿Pues dónde vamos?

—¿Que dónde vamos?... Con la cuerda de ayer, quedó completo el viaje que ha de salir de Alicante. Nosotros iremos probablemente á Cádiz.

—¡Dios mio!... ¿Con que nos harán atravesar el mar?...

—Seguramente.

En aquel momento se puso en movimiento la cuerda, y saliendo por la Ronda llegamos á la Puerta de Atocha, tomando el camino de Andalucía.

Allí nos esperaban cinco carros en los que cada uno de los presos fué depositando su correspondiente petate.

A cada diez hombres les correspondía un carro; el quinto era el nuestro.

Al partir de nuevo, y despues al perder de vista la Puerta de Atocha, mi pobre padre tendió los brazos hácia Madrid, como despidiéndose de él por toda una eternidad. ¡Horrible presentimiento el suyo!

(Se concluirá.)

EMILIO ALVAREZ.



LOS OTOMANOS

II Y ÚLTIMO.



grandes rasgos hemos descrito la formación y engrandecimiento del imperio turco; sólo falta echar una ojeada sobre la historia de su decadencia para completar la obra.

A mediados del siglo xvii los sucesores de Osman dominaban en inmensos territorios de los tres continentes antiguos. Los tártaros establecidos en la Rusia meridional prestaban vasallaje al Gran Señor; los waivodas de Moldavia y Valaquia y los príncipes de Transilvania reconocían su soberanía; la nobleza húngara acudía á Constantinopla en busca de apoyo contra las pretensiones del Austria; esta última nación y Polonia llegaron á sujetarse á un vergonzoso tributo impuesto por la vencedora espada de los creyentes del profeta. El Tígris no detenía entónces á los turcos en el camino de las provincias persas, y además de que el Egipto formaba parte integrante del imperio otomano, los reyezuelos de Argel, Túnez y Trípoli eran una especie de mandatarios del Sultán.

Desvanecidos con tanto poder los dueños de ese vasto imperio, no creían que hubiese en el mundo pueblos ni reyes dignos de ser tratados por ellos de igual á igual, y se negaban á reconocer toda soberanía diversa de la suya. Por consiguiente, la

política otomana se redujo durante mucho tiempo á vivir en perpétua guerra con las demas potencias; su descanso era la tré-gua y el derecho de gentes completamente desconocido entre los turcos. Nacion hubo como la española que en el largo transcurso de dos siglos no trató nada con tan hostiles huéspedes; el Mediterráneo sirvió de teatro á las continuas luchas originadas por su obstinada enemistad.

Estas y otras circunstancias mantuvieron á Turquía enteramente aislada del gran movimiento progresivo de los demas pueblos de Europa. El renacimiento, la reforma y la revolucion, esfuerzos del arte, de la religion y de la política para sacudir la tutela de los siglos oscurantistas, no tuvieron eco al otro lado del Danubio; el adelanto de las ciencias que vino á manera de corolario aumentando la cultura de las modernas generaciones y derramando á manos llenas los beneficios de la civilizacion, tampoco halló entrada en el imperio otomano, herméticamente cerrado á toda innovacion extraña.

La inmovilidad es como el fatalismo, signo que caracteriza á todas las religiones orientales. Los mahometanos no serán en eso tan rigoristas como los sectarios de Brahma ó de Buhda; pero han demostrado con un excesivo apego á sus rancias tradiciones y una oposicion pertinaz á entrar en la vida moderna, que el Coran es incompatible con el progreso. Así se encuentran hoy los turcos en una inferioridad, respecto á los pueblos vecinos, que no merecian, dada su antigua aficion á organizar los países en que se establecieron, y dado tambien el heroismo con que defienden la integridad del imperio otomano, sin que una série inmensa de funestos desastres haya enfriado su entusiasmo en lo más mínimo, ni amenguado nada su proverbial valor.

Los primeros conquistadores otomanos que penetraron en Europa fueron muy tolerantes con los cristianos de los países conquistados. Dejaronles su culto, sus obispos y sus patriarcas, y cuando se trató de repoblar Constantinopla, el mismo Mahomet hizo venir millares de familias armenias que aumentaron notablemente la poblacion cristiana del imperio; en las luchas de las iglesias griega y armenia, el gobierno otomano permaneció casi siempre neutral; á cada nombramiento de patriarca

había que dar una cantidad al gran visir, no como derecho legal, sino como regalo de costumbre, siendo éste el único entorpecimiento de la libertad de su elección.

En suma, los turcos no exigieron nunca de los cristianos súbditos del Sultan más que la sumisión política y civil. Solamente respetando de ese modo la fe religiosa de muchos pueblos, fué posible que al cabo de cuatro siglos de dominación otomana quedasen dentro del imperio provincias enteras pobladas casi exclusivamente de cristianos. Este ha sido uno de los principales gérmenes de la actual descomposición de la nacionalidad turca, porque los cristianos de Turquía, sujetos aún á la opresión de un gobierno despótico y absoluto, pueden establecer comparaciones entre su estado y el de los demás pueblos cristianos de Europa, y el juicio que de ellas resulta, nada favorable á los intereses de la Puerta, es el primer móvil de las frecuentes sublevaciones que ha presenciado nuestro siglo.

La Rusia explota admirablemente esa disposición de los países eslavos y griegos, súbditos del Sultan, fomentando en provecho propio aquel espíritu de insurrección cada día más excitado por la inmemorial resistencia de los turcos á modificar el régimen interior del imperio. La vecindad de semejante potencia, acérrima enemiga de la Puerta, y deseosa de poner su planta en el Bósforo, ha sido por último el gran escollo donde se ha ido á estrellar el poder otomano.

Pero ántes de que la Rusia formase parte de las naciones europeas, hubo otras que lucharon heroicamente por contener á los vencedores del imperio bizantino; una reseña ligera de las más importantes servirá de introducción al cuadro de las vicisitudes por que atravesó la Puerta en estos dos últimos siglos que pueden llamarse de su decadencia.

Su proximidad á Grecia obligó á los Estados italianos á presentarse en la palestra. Sirviéronles de avanzadas las repúblicas marítimas, cuyas naves sostuvieron multitud de sangrientos combates con las escuadras otomanas.

Sobre todo Venecia, como dueña de muchas islas del Archipiélago griego, por su posición en el Adriático y por la necesidad de defender sus posiciones del Friul y la Dalmacia, se colocó desde el primer momento frente á frente de los invasores. Durante largo tiempo disputó á los turcos la posesión de la Morea, que, perdida y recobrada sucesivas veces, quedó por fin en poder de los otomanos. Las islas sufrieron la misma suerte, no sin que los venecianos las defendieran con tenaz empeño; lo mismo en la mar que en tierra firme Venecia sostuvo con honor el pabellon de San Márcos contra la media luna.

Verdad es que el espíritu mercantil de la república se reveló en los distintos tratos celebrados con el enemigo comun, siendo la primer potencia cristiana que hizo alianza con los Sultanes de Constantinopla; pero se vió obligada á ello para defenderse contra las coaliciones de las potencias occidentales que se disputaban el dominio de Italia, y cuando se formaron ligas cristianas contra el turco, Venecia estuvo siempre dispuesta á marchar en la vanguardia.

Los nombres de Mocénigo, Marcello, Morosini y otros generales venecianos, fueron el terror de los turcos. Chipre, Candía, Tenedos, Negroponto, Corfú y Santa Maura, presenciaron el heroismo de la república al oponerse á los progresos del imperio turco. La escuadra veneciana en el período álgido del poder otomano (año 1656 y 57), pasó vencedora los Dardanelos y el mar de Mármara, y llevó hasta el Bósforo el terror y la muerte.

Hungría fué más desgraciada en sus empresas contra la invasión turca. Los esfuerzos de Juan Huniádè y de Matías Corvino no bastaron á impedir que las armas otomanas se enseñoreasen de gran parte del país, y cuando se extinguió la dinastía nacional se repartieron Hungría entre turcos y austriacos. El Austria pudo sostener mejor una lucha superior á las fuerzas aisladas de los húngaros; al principio fué vencida, y los otomanos, dueños de Buda, y amenazando á Viena, impusieron a imperio condiciones humillantes; pero bien pronto se recobró el Austria y formó las célebres fronteras militares que sirvieron en lo sucesivo de valladar insuperable para los audaces invasores de Europa.

Uno de los primeros papeles de aquel terrible drama fué desempeñado por la infeliz Polonia. A fines del siglo xiv cuando muchos territorios rusianos estaban aún ocupados por los mogoles y la idolatría reinaba en casi toda la gran region que comprende la Rusia actual, se unieron la Polonia y la Lituania formando un estado poderoso que se extendia desde el mar Báltico al Negro, que imponia la ley á los teutones, nombraba los czares de Perecop, y tenia por tributarios á los cosacos del Dón y á los hospodares de Moldavia y Valaquia. Wladislao Jaguella, rey de Lituania, realizó esta grande obra al ascender al trono de Polonia, despues de recibir el bautismo y firmar los *pacta conventa*, en que se declaraba la union indisoluble de ambas naciones y se reconocian los privilegios de la nobleza polaca.

Los invasores otomanos no podian haber encontrado mayor obstáculo en su triunfante carrera. Y no hubieran llegado jamás á dominar el curso del Pruth y del Dniester, á pasar los Crapatos y á enseñorearse de la Podolia y de la Volhinia, si el naciente poder moscovita, formado al abrigo de los esfuerzos de Polonia por arrojar á los tártaros de Europa, no hubiese empezado desde el primer dia á debilitar la misma nacion que le dió vida.

Ivan III, czar de Moscou, casado con una nieta de Constantino Paleólogo, que pareció llevar á su casa la herencia de los Césares, y favorecido por la córte de Roma, engañada con falsas promesas de hacer entrar á los griegos cismáticos en la Iglesia católica, echó á fines del siglo xv los cimientos de la nacion rusa, apoderándose de las repúblicas de Novgorod y Pleskof, y de varias provincias de la Lituania. Los turcos se aprovecharon de esta circunstancia para invadir la Polonia, que perdió entónces á Crimea, los principados danubianos y países intermedios, quedando cortadas por completo sus comunicaciones con el mar Negro. Irritados los polacos al ver que mientras tanto los audaces moscovitas penetraban en son de conquista hasta Esmolensko, volvieron contra ellos y los derrotaron tan espantosamente, que apenas quedó nada en pié de la obra de Ivan.

Pero otro Ivan vino luégo á continuarla: Ivan IV el Terri-

ble limpió de tártaros muchas provincias rusianas, extendió sus conquistas por la parte oriental, y dueño de Astrakan se proclamó soberano de todas las Rusias. La Lituania y la Polonia se unieron entónces más estrechamente para resistir á aquel nuevo enemigo; por desgracia, acababa de extinguirse la dinastía de los Jaguellones, y con la primera eleccion de rey empezó á penetrar en Polonia la influencia extranjera, que no tardando habia de dar tan amargos frutos. Ivan el Terrible fué uno de los candidatos al trono vacante, y viéndose desechado por la Dieta, invadió con todas sus fuerzas el territorio polaco. Sufrió otra derrota como la de su antecesor; pero intervino el Papa, y la Moscovia se salvó de la ruina completa que le amenazaba.

Sin embargo, hubo nuevas provocaciones, y los polacos se decidieron por fin á obrar contra vecinos tan incómodos; entraron á sangre y fuego en Moscou, y se llevaron los czares cautivos á Varsovia. La excesiva complacencia de Wladislao Wasa, rey de Polonia, que renunció más tarde el título de czar de Moscou, ganado por la conquista á favor de Miguel Romanof, dió nuevo cuerpo á la nacion rusa.

A todo esto, Polonia no dejaba de atender á la lucha contra los turcos, apénas suspendida por alguna corta tregua. Establecidos en la Ukania los cosacos al servicio de Polonia, bajaban por la corriente del Dnieper en innumerable multitud de pequeñas barcas, cruzaban el mar Negro en persecucion de los buques otomanos y pillaban las costas, llegando en alguna de sus rápidas incursiones hasta la misma Constantinopla. Con semejantes auxiliares, los ejércitos polacos pudieron contener fácilmente á los turcos, y en muchos encuentros lograron aquellos la victoria.

Todo se perdió cuando los ambiciosos magnates polacos, olvidando la razon y los intereses de la patria, quisieron tratar á la Ukania como país conquistado, arrebatando á las tribus cosacas sus bienes y su independencia. Fatales fueron las consecuencias de este atentado: los cosacos abandonaron en seguida la causa de Polonia, y unidos á los tártaros de Crimea, volvieron airados sus armas contra aquella nacion, que en tan angustiosos momentos vió tambien desprenderse del manto de su

soberanía la Prusia ducal, base de otro nuevo estado no ménos peligroso que los demas que la cercaban.

La astucia moscovita se sirvió hábilmenre de la ruptura provocada por la rapacidad de los nobles polacos, atrayendo poco á poco á su partido á los cosacos, que mal avenidos con los turcos, se pasaron en masa á la Rusia al cabo de algunos años, no sin haber devastado ántes las provincias meridionales de Polonia en union de tártaros y otomanos. Para colmo de males, los suecos, atraídos por los rusos, se lanzaron tambien sobre el desgarrado cuerpo de la infeliz Polonia, á mediados del siglo xvii.

Juan Casimiro luchó heróicamente al frente de los ejércitos polacos contra todas aquellas invasiones; rechazó á los cosacos y á los tártaros, venció á los turcos y á los moscovitas; pero encontrándose luégo con las guerras civiles promovidas por la ambicion de los grandes perdió el aliento, y adivinando el porvenir que esperaba á Polonia, pronunció en la Dieta de 1661 las palabras siguientes, dirigiéndose á los representantes de la nacion: «Quiera Dios que yo me engañe; pero si no os apresurais á poner remedio á las desgracias que vuestras supuestas elecciones libres acarrearán al país, y no renunciáis á vuestros privilegios personales, este noble reino será presa de las demas naciones. El moscovita nos arrebatará la Rusia y la Lituania, el brandeburgués se apoderará de la Prusia y de Posen, y el Austria, más leal que éstas dos potencias, se verá obligada á hacer como ellas, tomando á Cracovia y la Polonia menor.» El pronóstico de Juan Casimiro se fundaba en la imposibilidad de mantener la monarquía electiva frente á las exigencias de la nobleza, al abuso del *liberum veto* y á las intrusiones de las potencias limítrofes en cada eleccion de rey.

Antes de cumplirse aquella profecía pasó Polonia por dias de humillacion y dias de gloria. Los primeros fueron cuando los turcos se apoderaban de la Ukrania y la Volhinia y amenazando el corazon del país imponian las vergonzosas condiciones del tratado de Budzacz en que los polacos cedieron las provincias conquistadas y se obligaron á pagar un tributo de 22.000 ducados al Gran Señor (año 1672). Los segundos fueron cuando Sobieski libró á su patria de aquella afrenta reco-

brando el territorio perdido y llevando su generosidad hasta salvar al Austria de una ruina inminente.

No estuvo tan afortunado Sobieski en la campaña contra Rusia, á la que tuvo que ceder ciudades y provincias enteras por el tratado de Moscou; entónces se conoció la ingratitude del Austria para con Polonia, víctima predestinada de todas aquellas naciones á quienes habia favorecido.

Las campañas de Sobieski contra los turcos fueron el último destello de una luz que se apagaba; en adelante apenas figuraron los polacos en el teatro de aquella guerra titánica, que con la presencia de los rusos iba á entrar en una nueva faz. Vino el siglo XVIII; los electores de Brandeburgo se convirtieron en reyes de Prusia; Pedro el Grande y Catalina engrandecieron extraordinariamente la Rusia, y habiendo suplantado esta nacion á Polonia en el papel de paladin de la cristiandad contra los otomanos, no faltaba más que borrarla del mapa para que la usurpacion fuese completa. Y así se hizo.

Fuera de Europa tuvo Turquía otra nacion rival; la Persia moderna. Los débiles sucesores de Ismael-Schah no habian sabido defender el Iran de las agresiones de los tártaros, que tomaron asiento en el país, devastándole á su placer hasta que Schah-Abas á fin del siglo XVI los arrojó al fondo del Turquestan y libró á la Persia de aquella plaga. Dos oficiales ingleses llegados por aquel tiempo á la córte de Ispahan introdujeron la disciplina militar y la artillería en el ejército persa, que con tales elementos batió á los turcos y les arrojó de Bagdad, conquistando ademas la Armenia y la Georgia.

Estas ventajas duraron poco, porque los turcos volvieron en breve á recobrar lo perdido, y durante algun tiempo se mantuvo la paz entre ambas naciones. Sin embargo, los persas como mahometanos de la secta Siita, odian á los otomanos que, fieles á la tradicion de los turcos selyúcidas, siguen perteneciendo á la secta Sunnita. La eterna lucha entre los *hijos* de Alí y los de Omar, que desgarran el corazon del islamismo desde su misma fundacion, se ha perpetuado de esa manera.

Si las diferencias religiosas no han provocado las distintas guerras sostenidas entre turcos y persas, por lo ménos han servido para aumentar el encono de los combatientes y para difi-

cultar la buena inteligencia de dos naciones, cuyo origen es bastante comun y cuyos intereses debian ser idénticos ante la intrusion de Rusia en los asuntos del Asia.

Dada una idea de las principales naciones con quienes ha tenido que luchar el imperio otomano, vamos ahora á citar algunos de los grandes vicios de su régimen interior para terminar con la relacion de sus desastres.

Continuaba la familia de Osman ocupando el trono de Turquía, pero, salvo algunas honrosas excepciones, no eran ya los sultanes aquellos jefes intrépidos de los primeros dias, que marchaban al combate á la cabeza de sus ejércitos. El harem se hizo la residencia habitual de los monarcas otomanos; el gobierno de los pueblos quedó abandonado en manos de ministros tan rapaces como torpes que se disputaban el favor del soberano por medio de intrigas propias del afeminado lugar donde estaba encerrado.

La sultana-validé (madre del sultan reinante), las sultanas preferidas, el gran visir, el camaican (gobernador de la capital y suplente del gran visir), el muftí (gran sacerdote), el capudanbajá (gran almirante), el kizlar-agazi (jefe de los eunucos), el agá (general) de los genízaros, los agás de las demas milicias, los serasquieres (generales en jefe de los ejércitos en campaña), los beiler-bey (grandes gobernadores), los bajás de las provincias y todos cuantos podian tener alguna influencia en aquella córte venal y corrompida, luchaban incesantemente por conseguir la confianza del Gran Señor y hacerse dueños absolutos del poder.

En la trágica terminacion de muchas intrigas de los grandes dignatarios, tomaban parte los genízaros, especie de pretorianos que, continuando la tradicion del imperio puramente militar, exigian distribuciones de dinero al advenimiento de cada sultan, imponian la ley á todos y dirimian muchas contiendas echando el peso de sus armas en favor del que más les pagaba. Las frecuentes y terribles asonadas con que aquella soldadesca turbulenta é indisciplinada conmovió el imperio,

terminaban, generalmente, con la muerte del gran visir ó de otros ministros, jefes ó favoritos que se hacian odiosos al ejército, si no concluian, como sucedió distintas veces, con la destitucion y el suplicio del mismo sultan. En este último caso, el fondo del serrallo de Constantinopla, donde permanecian en clausura los descendientes de Osman, proporcionaba al imperio otro nuevo padischah (emperador), quizás imbécil, que tenia que pagar largamente su proclamacion, para continuar despues haciendo el mismo papel que su antecesor.

El mismo desórden reinaba en las provincias cuyos gobernadores ó bajás se enriquecian fabulosamente, aunque fuese bajo la triste expectativa del fatal cordon que, por consejo de cualquier rival afortunado, podia enviarles á cada momento el Gran Señor. Las tropas irregulares que se empleaban en cobrar los tributos y mantener á los pueblos en la obediencia del imperio. eran bandadas de langosta que asolaban el país, y muchas veces sirvieron á los bajás para ejecutar actos de venganza personal contra los gobernadores de las provincias vecinas, siendo frecuente, sobre todo, en la Siria y en el Asia Menor, sostener entre unos y otros guerras formales en que se daban sangrientas batallas y se saqueaban ciudades.

La voluntad del Gran Señor, dueño absoluto de vidas y haciendas, era ciegamente cumplida, ménos cuando algun vasallo poderoso lo impedia por medio de la fuerza. A los autores de estas atrevidas insubordinaciones se les pagaba en el nombramiento de gobernador de alguna provincia lejana donde, tarde ó temprano, les alcanzaba la venganza del sultan ofendido. Las ejecuciones de los magnates turcos que caian de la gracia de su señor se llevaban á cabo en virtud de una orden verbal del sultan, legalizada por un fetwa ó mandamiento del mufti, que muy raras veces se oponia á extenderlo. ¡Cuántas veces penetraron los verdugos en el serrallo de Constantinopla provistos de aquellos terribles mandamientos y diezmaron la descendencia de Osman matando á los hijos de los sultanes fenecidos que los reinantes sacrificaban sin piedad á los celos, las envidias y los odios de sus distintas mujeres!

El ambicionado puesto de gran visir tenia mucho de lisonjero para cuantos deseaban satisfacer su ambicion de mando

y de riquezas. El gran visir era el verdadero amo del imperio; depositario de la confianza del sultan, comunicaba las órdenes de éste á las demás autoridades; nadie podia hablar al emperador ni consultarle respecto á los públicos asuntos, sino por medio de su primer ministro. El sultan sabia muy pocas veces lo que pasaba fuera de palacio; así es que el gran visir hacia su propia voluntad y obraba en todo como absoluto soberano. Ordenaba los impuestos, aumentaba los tributos, dictaba reglamentos de policía y administracion, repartia los cargos públicos, dirigia los ejércitos y las relaciones exteriores del imperio, en una palabra, el gran visir asumia en su persona los dos poderes legislativo y ejecutivo.

El divan ó consejo de los altos dignatarios sólo era consultado en los asuntos más árduos y en los momentos de gran peligro, que imponian la necesidad de tomar resoluciones transcendentales para el Estado. Presenciaba el sultan las deliberaciones detrás de una celosía, que le ocultaba á la vista de los consejeros, y las decisiones de aquel consejo, meramente consultivo, se tenian en cuenta, pero no obligaban al gobierno representado en el gran visir. Este mandaba en jefe los ejércitos cuando salian á campaña, suponiendo que no lo hiciera el mismo sultan, ó delegaba el cargo en alguno de los serasquieres. Tenia como renta los tributos de alguna ó varias provincias, cobraba además ciertos derechos sobre cada nombramiento de empleados públicos, y la obligacion de hacerle grandes regalos era general y escrupulosamente observada.

Pero al pié del Capitolio estaba la roca Tarpeya; un capricho del sultan, una derrota de los ejércitos, la sublevacion de cualquiera milicia, ó el triunfo en el ánimo del soberano del primer aspirante afortunado, causaban la muerte trágica del gran visir. Durante muchos años no se ofreció el caso de terminar sus dias un gran visir de muerte natural, ni de ser desposeido de su cargo sin perecer incontinenti á manos del verdugo.

A mediados del siglo xvii se sucedieron unos cuantos sultanes ineptos y relajados, que agotaron la riqueza del imperio en

prodigalidades insensatas; frecuentes conmociones interiores turbaron con ese motivo la paz del país, precipitándolo en la anarquía. Los grandes visires cuidaron más de sus intereses propios que de los del Estado, y todo contribuyó á iniciar en el imperio, que se hallaba precisamente en el apogeo de su fortuna y de su gloria, un período de decadencia, que se reveló prontamente por medio de grandes desastres exteriores.

Un viajero francés de aquella época ha descrito la situación de Turquía en las siguientes frases: «A principios del reinado de Mahomet IV, que subió al trono en 1643, á la edad de siete años, estaba gobernado el imperio por mujeres y eunucos, que ocupaban los primeros destinos, haciendo cuanto les daba la gana. Los mismos turcos convienen en que jamás se habia visto córte tan depravada ni tan desmoralizada como aquella. Casi todos los meses cambiaban de primer ministro, al que despues de algunos dias de administracion quitaban el destino, y comunmente la vida, etc.»

Por fortuna, Mahomet IV encontró en Kupruli-Mahomed-Bajá, el primer gran visir que fué digno de ocupar este alto puesto. Su sábia administracion, que duró doce años, mejoró notablemente la situación del imperio; restableció la tranquilidad pública é hizo renacer la prosperidad en la nacion y la abundancia en el tesoro. A la muerte de Kupruli-Mahomed, tomó su hijo Kupruli-Ahmed el sello del Estado, siendo la vez primera que se heredó en Turquía el cargo de gran visir. Kupruli-Ahmed continuó la tradicion de su padre; terminó la conquista de Candía, disputada durante mucho tiempo á los venecianos, y extendió las fronteras del imperio por la Rusia Meridional, imponiendo á Polonia condiciones humillantes. Se considera á Kupruli-Ahmed como el ministro más capaz que tuvo el imperio otomano, y su administracion, como la de su padre, fueron dos muros de contencion para la ruina que amenazaba al poder de Turquía.

Kara-Mustafá, que sucedió á Kupruli-Ahmed, lanzó á los otomanos en la peligrosa aventura del cerco de Viena, de donde tan mal librados salieron. Pagó el gran visir con la vida, no solamente el desastre de las armas otomanas, sino los muchos crímenes que cometió en el ejercicio de su cargo y las

grandes exacciones con que afligió á los países tributarios.

Austria, Venecia y el Papa, formaron entónces una santa alianza contra el turco, que, ademas, se veia acometido por los victoriosos ejércitos polacos (año 1684); el imperio otomano fué invadido y las tribus cristianas de Dalmacia, Albania y Morea, se unieron á los enemigos de la Puerta. Las fuerzas alemanas se apoderaron de Buda y quitaron á los turcos gran parte de Hungría y algunas plazas fuertes de Transilvania, mientras que los venecianos tomaban á Navarino, Nauplia, Lepanto, Corinto, Atenas y otras poblaciones griegas.

Tantos reveses, atribuidos por la voz general entre los soldados turcos á la indolencia del sultan y á la torpeza del gran visir Soliman-Bajá, provocaron una sedicion en el ejército, que terminó con la fuga del ministro y la caida del soberano. «Ya que el padischah no se ocupa sino de cazar y aleja á los hombres que pudieran salvar el imperio, amenazado por todas partes, ¿dudareis aún en deponer á un monarca que de tal manera descuida sus deberes?» decia Mustafá-Bajá, jefe de la sublevacion, á los ulemas que vacilaban en dar cumplimiento á los votos del ejército pronunciado. Proclamado sultan un hermano del depuesto, tuvo que presenciar los excesos de los genízaros y spahis, que guarnecian á Constantinopla, los cuales no se apaciguaron todavía con el regalo del advenimiento, y se amotinaron contra sus jefes, degollándolos lo mismo que al nuevo gran visir.

A todo esto el valiente húngaro Tekeli que por odio al Austria servia en los ejércitos del sultan fué vencido por los alemanes que avanzaron sobre el Danubio; cayó Belgrado en poder de éstos (año 1688) en tanto que los venecianos continuaban sus conquistas en Dalmacia y Bosnia por un lado y en Beocia por otro. Solamente fué desgraciada la campaña para los polacos que acometidos por tártaros y cosacos perdieron casi todas las ventajas conseguidas por Sobieski.

En esta situacion el imperio otomano solicitó la paz; pero no le parecieron convenientes ni honrosas las condiciones que le imponian y se decidió á hacer un último esfuerzo. La escasez del tesoro no permitia armar nuevas tropas y el desprendimiento de los habitantes de Constantinopla que costéaban

dos soldados por cada familia no cubria las necesidades de la campaña; el nombramiento de gran visir hecho á favor de Kupruli-Zadé-Mustafá, hermano del célebre Kupruli-Ahmed, vino á salvar la situacion.

Reprimidos enérgicamente los desórdenes interiores y llenas las arcas del tesoro con las fortunas de cuantos se habian enriquecido por malas artes durante la administracion anterior, pudo ponerse el imperio en buen estado de defensa. Además la sábia política seguida por Kupruli-Zadé con los cristianos de Grecia atrajo las voluntades de muchos que estaban cansados del pesado yugo de los venecianos. «¡Ved lo que produce la tolerancia! He aumentado el poder del padischah y hecho bendecir su gobierno por gentes que ántes lo aborrecian,» dijo con mucha razon Kupruli para confundir á los musulmanes fanáticos que no aprobaban las medidas favorables á la poblacion cristiana tomadas por el gran visir y que produjeron un cambio completo en la actitud del pueblo griego hácia sus dominadores.

Los otomanos recobraron entónces á Nissa, Widdin y Semendría y tomaron por asalto á Belgrado despues de doce dias de sitio, pero estas ventajas se perdieron por la derrota de Salkemen, en que pereció el gran visir combatiendo á la cabeza de su ejército. Volvió inmediatamente á sufrir el imperio las calamidades consiguientes á una falta completa de recursos en el Erario para mantener tantas tropas como necesitaba para acudir á todas partes, y sin embargo sostuvo la guerra con varia fortuna lo mismo en el Danubio contra los alemanes, que en el archipiélago contra los venecianos y en la desembocadura del Don contra los rusos que, ayudados por numerosas hordas de calmucos y cosacos se apoderaron de Azof, llave de la Crimea.

En estas circunstancias se presentó en campaña el príncipe Eugenio mandando el ejército austriaco é hizo sufrir á los turcos la espantosa derrota de Zenta. Sultan Mustafá, que reinaba entónces, y su gran visir Kupruli-Huzein comprendieron la necesidad de transigir y aceptaron la mediacion de Inglaterra y Holanda para hacer la paz. Reuniéronse en Carlowitz los plenipotenciarios alemanes, polacos, venecianos, rusos, otoma-

nos, ingleses y holandeses, y despues de muchas conferencias terminaron y firmaron el 26 de Enero de 1699 un tratado en virtud del cual perdió Turquía la Transilvania y la Esclavonia cedidas al emperador Leopoldo, que por su parte devolvió el banato de Temeswar y Belgrado que sus tropas ocupaban; Polonia recobró las provincias invadidas por los tártaros, cuyas correrías se obligó la Puerta á contener y Venecia se quedó tambien con la Morea, casi toda la Dalmacia y las islas Jónicas. El czar de Rusia, Pedro el Grande, solamente admitió un armisticio de dos años, quedándose con la ciudad de Azof. Impusiéronse ademas otras condiciones favorables á los aliados y que la Puerta aceptó como única manera de tomar algun respiro, aunque á riesgo de demostrar á la Europa asombrada la debilidad del imperio otomano, cerrado hasta entónces á toda transaccion y á todo acomodamiento desfavorable.

Alcanzó Turquía la suerte de que Kupruli-Huzein, cuarto gran visir de la familia que tanto ilustró los anales de la administracion otomana, se aprovechase de la paz para poner en órden las cosas del imperio, restablecer la disciplina harto relajada de las tropas é introducir algunas benéficas mejoras de que los cristianos súbditos del sultan pudieron aprovecharse. Pero la muerte de Kupruli, originada por el disgusto de ver triunfante en la córte la oposicion de sus émulos, volvió á lanzar el país en la anarquía. Varios sucesores de Kupruli perecieron víctimas de intrigas palaciegas ó del excesivo celo que mostraron por plantear algunas reformas á que la poblacion musulmana y el ejército eran completamente refractarios.

Por fin en 1703 una insurreccion formidable del pueblo de Constantinopla, secundada por los genízaros que guardaban en Andrinópolis la persona de Sultan-Mustafá, hizo terminar violenta y trágicamente el reinado de este príncipe. Su hermano y sucesor Sultan-Ahmed pagó á las tropas sublevadas el acostumbrado presente del advenimiento; pero en cuanto se vió asegurado en el trono vengó aquel atentado haciendo cortar las cabezas de sus principales promovedores.

Con esto quedó otra vez tranquilo el imperio, mientras ardia Europa, con la guerra de sucesion de España, cuando apareció Cárlos XII de Suecia en el Mediodía de Rusia; lle-

vando á las fronteras turcas su odio legendario contra la nacion moscovita.

La Puerta no supo aprovecharse de aquel poderoso elemento para soterrar el naciente poder de los czares, miró con indiferencia el desastre de Pultawa y mantuvo á Cárlos XII con promesas halagüeñas que nunca vió cumplidas.

Sin embargo, Pedro el Grande, avanzó hasta el Pruth, decidido á vengar en los turcos la hospitalidad que daban á su mortal enemigo, y entónces ya salió la Puerta de su apatía; avanzaron los otomanos al encuentro de los rusos, y los cercaron completamente sobre la orilla izquierda de aquel rio; para salvarse el czar tuvo que firmar una tregua en que se obligaba á devolver Azof y á demoler las fortalezas construidas sobre el mar del mismo nombre, abandonando á los turcos la artillería que tenian montada. Cárlos XII llegó al campamento otomano demasiado tarde para impedir con sus consejos que, á tan poca costa, se salvarsen el ejército ruso y su jefe de las horcas caudinas en que se habian metido.

Confirmada más adelante por veinticinco años la tregua con Rusia y habiendo salido, por fin, Cárlos XII del territorio turco, donde estaba refugiado, volvió la Puerta los ojos á la península de Morea, que los venecianos seguian ocupando. Una insurreccion de los montenegrinos, provocada por los agentes de la república, dió márgen al rompimiento de las hostilidades. Empezó la guerra por mar y tierra en Enero de 1715, y con tanta fortuna para los otomanos, que ántes de terminar el año, habian arrojado á los venecianos de toda la Grecia.

Intervino el Austria, exigiendo satisfacciones por la ruptura de la paz de Carlowitz, y, no habiéndolas dado la Puerta, se declaró la guerra entre ámbas naciones. Ochenta mil alemanes, al mando del príncipe Eugenio y ciento cincuenta mil turcos, mandados por el gran visir Damad-Alí-Bajá, se encontraron en Peterwardein, y los últimos fueron completamente derrotados. El príncipe Eugenio se aprovechó bien de la victoria; conquistó todo el banato de Temeswar, pasó el Danubio, tomó á Belgrado, despues de arrollar al pié de sus murallas otro ejército otomano, y terminó la campaña de 1717 apoderándose de Semendria y otras muchas poblaciones, que

dejaban abierta la entrada de Turquía á los ejércitos austriacos.

La noticia de estos desastres llenó de terror al imperio otomano, que transigió nuevamente, firmándose en Pasarowitz un tratado de paz entre Austria, Venecia y Turquía, que fué como el complemento del de Carlowitz. La Puerta perdió el banato de Temeswar, la ciudad de Belgrado, una parte de la Valaquia y otra de la Servia y de la Bosnia, todo lo cual pasó á poder del Austria, pero recobró la Morea, perdida por los venecianos; éstos, en cambio, se quedaron con las plazas fuertes que pudieron tomar en Albania, á favor de las ventajas obtenidas por el príncipe Eugenio.

Al tratado de Pasarowitz, concluido en 1718, se añadió el año siguiente otro comercial, en cuya virtud los mercaderes alemanes adquirieron el derecho, hasta entónces negado, de conducir mercancías por el Danubio con destino á las provincias del imperio otomano; solamente se les obligó á tomar naves turcas para cruzar el mar Negro, cerrado por completo á la navegacion de buques con bandera de las demas naciones.

En 1720 se convirtió en paz la tregua del Pruth entre turcos y rusos, y ademas renovó la Puerta sus relaciones amistosas con Polonia. Todo anunciaba que la política del imperio otomano tomaba un carácter más en armonía con la conveniencia general de Europa y con las exigencias del progreso. Traslucióronse estos buenos deseos de la Puerta con el envio á Paris de un embajador encargado de estudiar la política de las potencias cristianas y la organizacion de los pueblos de nuestro continente.

Los asuntos del Asia llamaron entónces la atencion de Turquía. Si ambicionaba la conquista de la Persia, no podia hallar ocasion más propicia y oportuna, porque derribada la dinastía de los Sofís por una invasion de afganes, trataban éstos de sostenerse en el país conquistado por medio del terror, y el Iran, destrozado por multitud de facciones, era presa de

la más espantosa anarquía. Pasó el Tígris un ejército turco, pero otro ruso había franqueado antes el Cáucaso con el mismo designio; en su vista Rusia y Turquía se pusieron de acuerdo para repartirse la Persia.

Celebróse el tratado de particion, y los ejércitos de ambas naciones invadieron el Iran. Combatido aquel país por tantos enemigos, no pudo oponerse al primer empuje de los coaligados; la Puerta se apoderó de las provincias que se le habían designado, y la Rusia verificaba la misma operacion, cuando apareció el famoso Tamas-Kulí-Kan (el Kan esclavo de Tamasp, último vástago de la familia real destronada), que de capitán de ladrones ascendió á general de ejército, venció á los distintos usurpadores que se disputaban los restos del imperio persa, arrojó del territorio á los afganes, á los turcos, á los rusos y á los tártaros usbeques, que también trataban de tomar parte en el botin, y se proclamó soberano del país con el título de Nadir-Schah. Este aventurero salvó á la moderna Persia de una de sus mayores crisis y la hizo independiente, fijando sus límites en el Indo, el Oxo, el mar Caspio y el Tígris.

La derrota de las armas otomanas en Persia, atribuida por la opinion á ineptitud del gobierno del sultan, atrajo sobre éste las iras del ejército, reunido en la orilla asiática del Bósforo para marchar al teatro de la guerra. Los genízaros se sublevaron, apoyados por el pueblo de Constantinopla; las demás milicias secundaron el movimiento, y el Gran Señor tuvo que abdicar en un sobrino suyo (Setiembre de 1730). Se advirtió en aquellas circunstancias la dulcificación de las costumbres otomanas por el hecho de no perecer el sultan depuesto, quien pasó tranquilo el resto de sus días en un rincón del serrallo; era el mismo sultan Ahmed, ascendido al trono en 1703 por otra sublevación militar. Bajo su mando se introdujo en el imperio otomano el arte de la imprenta.

Durante la guerra de Persia había recibido el Kan de los tártaros de Crimea la orden de acudir en socorro de las fuerzas turcas que operaban en aquel país; al efecto se puso en marcha al través del Cáucaso, pero la Rusia no permitió esta violación de sus fronteras, y se opuso al paso de los tártaros, dándoles una batalla, que no se decidió por la retirada del

Kan, obedeciendo una orden de Constantinopla, conseguida á instancia del representante ruso en la corte del sultan.

El hecho tuvo, sin embargo, gran transcendencia, porque Rusia rompió sus relaciones con Turquía, y entró en campaña arrastrando al Austria en su favor. En aquellas críticas circunstancias el imperio otomano hizo un esfuerzo, y aunque sus ejércitos fueron vencidos por los rusos en la Besarabia, triunfaron completamente de los austriacos en el Danubio. Recobraron los turcos á Belgrado, y terminaron la campaña con una victoria decisiva sobre los alemanes, que obligó á éstos á firmar un tratado muy desventajoso, abandonando aquella plaza tan disputada y todas las comarcas de la Valaquia, la Servia y la Bosnia, obtenidas por el tratado de Pasarowitz. La Rusia se obligó á demoler las fortificaciones de Azof, y á no tener buques en el mar Negro ni en el de Azof, cuyo comercio debia hacerse exclusivamente en bandera otomana; devolvió además las plazas de Choczim y Jassi y toda la Moldavia, que habia conquistado. Estas concesiones hizo Catalina á cambio de ser reconocida como emperatriz de Rusia, título que hasta entónces se negó á darle la Puerta.

Tal fué la paz de Belgrado firmada en 1739, y que generosamente no quiso romper el sultan al año siguiente, cuando la guerra de sucesion del Austria le convidaba á concluir de humillar á un imperio rival. Sultan-Mahmud fué el único soberano que dió en aquella ocasion ejemplo de desinterés y respeto á la fe jurada; hizo más, porque trató de interceder en favor de María Teresa, y cuando vió que no eran escuchados sus consejos por las potencias ávidas de repartirse la herencia de Cárlos VI, permaneció como espectador neutral de aquella lucha, en que los húngaros adquirieron tanta gloria. Por aquella época apareció en la Arabia la secta de los wehabitas que andando el tiempo fué el terror de los turcos, á quienes arrebató las ciudades santas de la Meca y Medina, y toda la península arábica.

Pasaron algunos años de tranquilidad, turbada luego por los proyectos ambiciosos de Catalina II sobre Polonia. Los polacos, oprimidos, pensaron en llamar á los turcos en su auxilio, y se trató del asunto en la célebre confederacion de Bar; pero

fué rechazada la idea, siguiendo el parecer del obispo Krasinski, el cual decia: «Atraer á los turcos para rechazar á los rusos es pegar fuego á la casa para desembarazarse de los gusanos.» Sin embargo, entablada la lucha entre los patriotas polacos y las tropas rusas que ocupaban el territorio, no faltó una violacion de fronteras, que puso á la Puerta en armas contra Rusia.

El principio de la campaña fué favorable á los otomanos, y los polacos llegaron á creer en la eficacia de aquel inesperado auxilio. El Kan de Crimea marchó al teatro de la guerra con los tártaros, á los cuales se unieron las fuerzas turcas, mandadas por el gran visir, y numerosos voluntarios polacos, dirigidos por uno de los jefes de la confederacion de Bar, llamado Potocki. Todas estas fuerzas juntas chocaron con el ejército ruso que sitiaba á Choczim, y ya estaban á punto de conseguir la victoria, cuando el hundimiento de un puente echado sobre el Dniester vino á desunir á los aliados, introduciendo entre ellos un desórden y un pánico espantosos; tártaros, turcos y polacos sufrieron allí la más completa derrota. Inmediatamente, y sin oposicion alguna entraron los rusos en la Rumanía y extendieron sus conquistas hasta el Danubio.

No satisfecha la Rusia con estas ventajas trató de provocar en Grecia una insurreccion de la poblacion cristiana contra el poder otomano, y para favorecerla armó una escuadra que saliendo del Báltico en Setiembre de 1769, rodeó la costa de Europa, entró en el Mediterráneo y se presentó delante de Coron cuando ménos lo esperaban los descuidados turcos. Algunos helenos que mantenian secretas inteligencias con los rusos se levantaron entónces con ánimo de sacudir el yugo de Turquía; pero ésta envió un ejército á Morea que ahogó en sangre aquella sublevacion demasiado prematura. La escuadra rusa inverró en Navarino, de cuya plaza se habia apoderado por sorpresa, y al empezar las hostilidades en la primavera siguiente, tuvo la fortuna de vencer en un encuentro á la armada otomana que quedó enteramente destruida.

Mientras tanto, los rusos que asediaban la plaza de Bender no pudieron impedir el paso del Dniester á los tártaros de Crimea que se unieron nuevamente al ejército turco. El gran visir Kalil-Bajá, que lo mandaba, avanzó entónces en socorro

de aquella importante ciudad, pero sufrió otra derrota tan grande como la de Choczim. Huyeron desordenados los musulmanes y abandonaron á los rusos no solamente Bender y las demas plazas que aún poseian al otro lado del Pruth, sino tambien el territorio comprendido entre este rio y la orilla izquierda del Danubio. Otras fuerzas rusas penetraban al mismo tiempo en Azof é invadian la Crimea conquistándola por completo.

A tantos desastres sufridos por el imperio otomano hubo que añadir la defeccion del príncipe de Georgia, vasallo de la Puerta, que se puso de parte de Rusia, la insurreccion de los mamelucos de Egipto que al mando de Alí-Bey llegaron á proclamarse independientes y el levantamiento de muchas facciones como la del jeque árabe Daher que se hizo dueño de Palestina, la del gobernador de Bagdad que se negaba á obedecer las órdenes del sultan y las de los bajás de Escutari y Janina, el último de los cuales empezaba entónces aquella larga série de turbulencias que terminaron con el levantamiento de los griegos en el presente siglo.

La Puerta se vió forzada á admitir las condiciones que le quisieron imponer, y por el tratado de 1774 renunció á sus derechos sobre Crimea que fué declarada independiente y cedió á los rusos la plaza de Azof y otras fortalezas inmediatas, ademas de concederles la libre navegacion por todos los mares del imperio otomano y de aprobar la primera particion de Polonia. A su vez Rusia restituyó la Besarabia, la Moldavia, la Valaquia y las varias islas del archipiélago griego de que su escuadra se habia apoderado.

La independencia de Crimea fué un subterfugio de Catalina para apoderarse tranquilamente de aquella península como lo hizo en 1783 á pesar de las impotentes protestas de la Puerta. Alarmado el pueblo otomano con el rápido engrandecimiento de la Rusia pidió la guerra á todo trance, creyendo poder sostenerla con honor; el gobierno del sultan llevó á Constantino-
pla oficiales extranjeros encargados de enseñar la táctica europea á las milicias turcas; por desgracia éstas se resistieron tenazmente á dejar su antigua rutina, distinguiéndose entre otros el cuerpo de los genízaros que se amotinó una y otra

vez contra los jefes que trataban de hacerle maniobrar á la moderna.

Rusia y Austria se alian en 1786 contra Turquía. Esta llama en su auxilio á Prusia y Suecia: pero sólo la última se decide á combatir. Empiezan las hostilidades y el ejército austriaco fracasa delante de Belgrado, mientras que el ruso vence por mar y por tierra. Únense luego las fuerzas austriacas y rusas y consiguen varias victorias; tras de las cuales pierden los turcos por un lado á Bender con la Besarabia y la Moldavia y por otro á Belgrado con la Servia y la Valaquia.

Esto último volvió al poder de Turquía en 1791, porque el Austria abandonó los intereses de la liga é hizo la paz con la Puerta para atender con todas sus fuerzas á los temibles progresos de la revolucion francesa. Como tambien se habian retirado los suecos, quedaron solas y frente á frente Rusia y Turquía. El general Souvarof atacó á Ismail defendida por 40.000 turcos, y á pesar de la resistencia de éstos, que se batieron desesperadamente de calle en calle, se apoderó de la ciudad, haciendo en los vencidos una espantosa carnicería.

La noticia de esta catástrofe puso en conmocion al pueblo de Constantinopla; para aplacarle hubo que cortar la cabeza al gran visir Hazan-Bajá. El ejército moscovita pasó el Danubio y derrotó de nuevo á los turcos; el imperio no tenia ya fuerzas que oponer á la invasion, cuando intervinieron Inglaterra y Prusia, haciendo cesar las hostilidades; los rusos se retiraron y quedó firmada la paz de Jassi (año 1792), cuyas condiciones fijaban el Dniester como límite de los dos imperios y reconocian la soberanía de Rusia sobre Crimea, la isla de Taman, una parte del Kouban y de la Besarabia y la ciudad de Oczacow.

Nuevas exigencias de Rusia, que jamás estaba satisfecha, se eludieron mediante la suma de 200.000 piastras y la intervencion de la diplomacia europea, que empezó desde entónces á oponerse abiertamente á los planes demasiado ambiciosos del gabinete de San Petersburgo. El de Constantinopla tuvo que luchar en aquella ocasion con los desórdenes interiores promovidos por el bajá de Widdin y el de Janina; tan desmoralizado estaba el país, que una banda de malhechores se atrevió á penetrar en Andrinópolis, la segunda ciudad del imperio, y

sacar de ella una fuerte contribucion, por otro lado los weh-abitas se hacian dueños de la Arabia y robaban todas las caravanas que iban en peregrinacion á la Meca, y los mamelucos llegaban á hacer casi ilusoria la autoridad del sultan en Egipto. Para colmo de males los genízaros persistian en oponerse á la adopcion de toda reforma en el ejército, manifestando su descontento con frecuentes sediciones.

Ocupado el gobierno del sultan en atender á estas cosas fué sorprendido con la noticia del desembarco de Bonaparte en Egipto. La Puerta se apresuró á firmar una alianza con Rusia é Inglaterra contra Francia y se vengó de aquella intentona arrebatando á los franceses las islas Jónicas que por el tratado de 1800 entre Rusia y Turquía quedaron constituidas en república bajo la proteccion del imperio otomano.

Llegamos al presente siglo, época de las grandes desmembraciones y de las mayores desgracias sufridas por Turquía; su historia es ya harto conocida para que nuestra pluma se detenga en detallar nada más que algunos interesantes episodios de las luchas interiores entre el partido de las reformas y el de la tradicion.

Durante las guerras napoleónicas guardó la Puerta casi siempre estricta neutralidad. En 1803 se sublevan los sérvios instigados por la Rusia y tratan de proclamarse independientes. Sultan-Selim envia contra ellos unos cuantos batallones de nuevas milicias organizadas á la europea, pero los genízaros se oponen á la marcha de tales tropas y piden en actitud sediciosa la destitucion del gran visir; conseguido ésto, el nuevo ministro del sultan da órden de que las fuerzas reformadas pasen al Asia para que no exciten el ódio y la rivalidad de las antiguas.

En 1806 se muestran tan afectos á la política rusa los hospodares de Moldavia y Valaquia que la Puerta los destituye; como natural consecuencia de este acto Rusia declara la guerra á Turquía. Al mismo tiempo se presenta en los Dardanelos una escuadra inglesa enviada con objeto de intimidar á la Puerta y hacerla entrar en la liga contra Francia. Los otomanos tienen

que defenderse á un tiempo contra los ejércitos rusos que les atacan por tierra, y contra los navíos británicos que llegan á la vista de Constantinopla. Estos se retiran al ver el formidable estado de defensa en que se habia puesto la capital del imperio; pero aquellos se apoderan de los principados danubianos y propagan el fuego de la insurreccion por todos los países eslavos dependientes de Turquía.

Ordena el sultan una leva extraordinaria y hace venir del Asia las nuevas milicias que destina á guarnecer los fuertes y baterías del Bósforo, no atreviéndose á enviarlas á campaña por temor á una colision con los otros cuerpos. Todas estas precauciones son inútiles, porque los antiguos artilleros que quedaban en aquellas guarniciones vienen á las manos con los soldados nuevos, los arrojan de los fuertes, degüellan á sus jefes y marchan en seguida sobre Constantinopla con ánimo de matar á los autores de la reforma.

El pueblo va á engrosar las filas de los sublevados, pide á gritos las cabezas de los innovadores y las corta por su mano. Dos dias duró el degüello, pereciendo varios ministros y altos dignatarios del imperio; quedó sólo Sultan-Selim, que era uno de los primeros y más decididos partidarios de la reorganizacion del ejército conforme á la práctica moderna; inmediatamente fué acusado ante el pueblo como enemigo implacable de los genízaros y el jefe de la insurreccion propuso al mufti la cuestion de «si merecia permanecer en el trono un padischah que con su conducta y sus reglamentos combatia los principios religiosos del Coran.» El mufti contestó á gusto de los sublevados y Sultan-Selim fué depuesto en Mayo de 1807. Su amor á la civilizacion y su deseo de hacer entrar á los otomanos en la vía del progreso le costó primero el trono y poco despues la vida.

Bajo Sultan-Mustafá se abolieron todas las reformas introducidas en el ejército durante el anterior reinado; disueltas las nuevas milicias solamente permanecieron los impuestos creados para su manutencion. Los genízaros del ejército que operaban en el Danubio celebraron el triunfo con algunas algarradas; pero nada de provecho hicieron contra los rusos que en aquel momento debilitaban su línea para acudir contra Napo-

leon, dueño de Prusia. La paz de Tilsit puso término á las hostilidades; sin embargo, los sérvios continuaban defendiendo su autonomía con las armas en la mano, apoyados en la evidente proteccion de la Rusia.

Los amigos de las reformas se recobraron luego y consiguieron deponer á Mustafá y colocar en el trono á su hermano Sultan-Mahmud II, continuador enérgico de la política de Sultan-Selim. Los genízaros se sublevan en seguida, pero son vencidos despues de una terrible lucha en las calles de Constantinopla, que costó la vida al gran visir quemado dentro de su palacio por los insurrectos. Empeñado Sultan-Mahmud en reformar á todo trance el ejército turco puso desde entónces todo su afan en destruir aquella milicia rebelde que durante tres siglos habia dado la ley al imperio.

Pero entre tanto, la Rusia se aprovecha de esos desórdenes, emprendiendo una nueva campaña, tan desastrosa para las armas otomanas, que Turquía se ve obligada á comprar la paz en 1812, cediendo la Besarabia y todo cuanto hasta entónces habia poseido en la orilla izquierda del Pruth, que quedó sirviendo de frontera entre las dos naciones rivales.

Desde aquel momento todos son desastres para la Puerta: Rusia extiende su poder en el Asia; Inglaterra se apropia el protectorado de las islas Jónicas; el levantamiento de los helenos, apoyado por las potencias cristianas, funda la independencia de la Grecia; Argel cae en poder de los franceses; la Sérvia consigue tener gobierno propio; el Egipto se emancipa; Turquía se ve combatida por todas partes, y á duras penas sofoca las rebeliones de los búlgaros, bosnios y montenegrinos en Europa, de los drusos, sirios y árabes en Asia, que pretenden tambien sacudir el yugo otomano.

En medio de tantas calamidades no olvidó Sultan-Mahmud su propósito de organizar el ejército turco á la europea.

Los genízaros no cejaban en su empeño de oponerse á la reforma, y con frecuentes asonadas, indicaban el decidido propósito de no admitir la nueva disciplina; no hubo, pues, más remedio que suprimir tan indómita milicia, pero ántes fué preciso exterminarla en las calles de la capital. El 15 de Junio de 1826 se sublevaron los genízaros por última vez; las tro-

pas regulares, fieles al gobierno reformista del sultan, los vencieron y acuchillaron sin piedad; el incendio y la metralla concluyeron con aquellos antiguos pretorianos precisamente en el Et-Meidani ó mercado de las carnes, foco principal de todas sus rebeliones.

Y sin embargo, los nuevos ejércitos otomanos no pudieron impedir el triunfo de los griegos, ni que los rusos penetrasen en la campaña de 1829 hasta el corazon de Turquía, ni que los egipcios, mandados por Ibrahim-Bajá, hijo de Mehemet-Alí, llegasen vencedores al Asia Menor.

A fuerza de concesiones, perdió la Puerta casi por completo su dominio sobre los principados danubianos, reducidos en 1848 á una especie de protectorado provisional por siete años que la Rusia quiso arrebatarse todavía, y lo hubiera conseguido si las potencias occidentales de Europa no se deciden por fin á intervenir con la fuerza en la complicada cuestion de Oriente.

Esto produjo la guerra de 1854 y 1855, terminada por el tratado de Paris, en que las potencias signatarias declararon á la Sublime Puerta «partícipe de las ventajas del derecho público europeo,» y se obligaron mutuamente «á respetar la independencia é integridad del imperio otomano (art. 7.º)», fijaron la situacion de la Rumania (art. 23) y de la Sérvia (art. 28) como países con administracion independiente y nacional bajo la soberanía de la Puerta, é hicieron concesiones á Turquía que humillaban sobre manera la soberbia rusa.

Desde entónces no ha cesado de trabajar el gabinete de San Petersburgo por conseguir la nulidad de aquel tratado, que ciertamente se halla ya roto en muchas de sus partes. Pero Turquía no cede, aunque las potencias amigas la abandonen; la actitud en que se ha presentado durante la última conferencia de Constantinopla, demuestra su resolucion de defenderse hasta el postrer aliento contra toda pretension contraria á la integridad del imperio, por más que en virtud de la invencible repugnancia con que la poblacion musulmana mira la introduccion de novedades progresivas, no se encuentre aún en estado de poder luchar sin manifiesta desventaja con un enemigo medianamente poderoso.

ALFREDO ALVAREZ.

J. BAHNSEN.

UN NUEVO DISCÍPULO DE SCHOPENHAUER (1).

(Conclusion.)

VI.

DESARROLLO PARCIAL Y UNIVERSAL.

De todo lo que hemos dicho, resulta que el individualismo metafísico de Bahnsen, no solamente no se apoya sobre un fundamento sólido, sino que tiene hasta una tendencia irresistible á transformarse en monismo. Este filósofo no tiene, pues, bajo ningun estilo, el derecho de levantar objeciones contra la evolucion monista. Se puede, sin embargo, reconocer la exactitud de su observacion, respecto á que nuestra experiencia no va más allá del conocimiento de desarrollos individuales (por ejemplo, de la humanidad ó de nuestro sistema planetario) y de que el desarrollo *puro* ó absoluto del Universo no puede observarse en ninguna parte como una realidad empírica. Pero no se estará dispuesto á desechar por este motivo el concepto del desarrollo universal, como no se desecha el concepto del Universo, porque éste no pueda ser conocido empíricamente, quedando eternamente como simple postulado de la inteligencia.

(1) Véase el número 29 de la REVISTA CONTEMPORÁNEA.—(15 de Febrero de 1877.)

Lo que nos conduce, con una seguridad inductiva suficiente, á la concepcion de un desarrollo universal, es todavía la relatividad del concepto de la individualidad, así como la verdad general de que todo desarrollo de un individuo de orden inferior entra como engranaje, á título de momento de un grado más alto, en el desarrollo más exaltado y más ámplio de un individuo perteneciente á un orden inmediatamente superior. Así es como la vida de la célula es un anillo en el desarrollo de un órgano, y éste una série parcial de desarrollos (quizás tambien nada más que una fase limitada por el tiempo) en la vida de un organismo. La vida del hombre á su vez es un elemento constitutivo de la vida de la nacion; la vida de la nacion es un elemento constitutivo de la vida de la raza, y ésta un elemento del desarrollo de la civilizacion de la humanidad. Además, de esta manera es como las especies y las variedades inferiores forman eslabones en la historia genealógica de las especies y de las variedades superiores, y como la vida del reino vegetal y del reino animal, que se completan y condicionan recíprocamente, concurre á la marcha progresiva de la organizacion terrestre en su totalidad. Así es, en fin, como el desarrollo de la naturaleza orgánica, lo mismo que el de la naturaleza inorgánica, constituyen ruedas que engranan en este desarrollo general de la naturaleza, el cual á su vez se hace un momento puesto en reserva para el desarrollo universal, desde que éste último es reconocido como condicion y medio del desarrollo intelectual.

¿Es preciso limitar esta especulacion al desarrollo individual de nuestro planeta? ¿Es, pues, de tal manera imposible que nuestra vida intelectual tome parte como elemento de fecundacion en otro género de desarrollo particular, en una individualidad cósmica mas elevada etc.? ¿No pueden fragmentos de nuestra tierra, desagregada á consecuencia de una congelacion, llevar á los habitantes futuros de otros planetas el conocimiento de nuestra civilizacion particular, de la misma manera que los ladrillos desenterrados y cubiertos con una escritura desconocida, perteneciente á lenguas desconocidas, nos revelan hoy la poesía y la historia de ciertos Estados civilizados, que han perecido desde hace mucho tiempo? ¿No podría el mismo sol estar destinado

á absorber y á utilizar la cultura intelectual de todos los planetas para los progresos de sus futuros habitantes, como está destinado físicamente á absorber las masas constitutivas de estos planetas? ¿Y no podrian nuestros descendientes terrestres ó solares entrar un dia en relacion con sus hermanos de las estrellas fijas, con el auxilio de una telegrafía espectroscópica, que condujera al cambio de los tesoros intelectuales de los diferentes sistemas planetarios? Ciertamente que son todos estos sueños fantásticos sin ninguna base sólida, pero quedan al ménos en el dominio de la realidad natural y no se descarrían, como las consecuencias del individualismo de Bahnsen, por regiones completamente místicas. Deben sólo hacer patente que las posibilidades de engranar el desarrollo tellúrico (1), áun desde el punto de vista intelectual, en un desarrollo cósmico, son muy numerosas; y que á nada viene asustarse ante la perspectiva cierta de que la tierra tambien se congelará un dia á ménos que el proceso universal no alcance un fin ántes de esta catástrofe.

Todavía queda la posibilidad de que la inteligencia humana baste por sí sola para alcanzar el fin universal. Mi sistema del mundo es absolutamente *noocéntrico*; solamente toma al hombre como centro, porque no tenemos base para admitir de una manera positiva que la inteligencia resida actualmente aún fuera de la humanidad. No es necesario, sin embargo, deducir de la *antropocentricidad* de un sistema del mundo, una *geocentricidad*: si se saca esta consecuencia, no puede ser de otro modo que en el sentido de una geocentricidad moral y no física (2). Por otra parte, en principio, no es mi sistema de ninguna manera antropocéntrico; lo es sólo provisionalmente hasta que lleguemos á conocer por fuera y por encima de la humanidad

(1) *Tellúrico*.—Lo que dice relacion con la tierra en su influencia sobre los cuerpos orgánicos.—De *tellus, uris*, la tierra.

(2) Este hecho es completamente desconocido en el escrito anónimo: *Lo inconsciente desde el punto de vista de la fisiología y de la teoría de la descendencia* (pág. 46-48). Reprochar á un centro su pequeñez apenas es sério, y oír decir que la constitucion planetaria de la tierra es inconciliable con su importancia moral como centro intelectual, nos hace el mismo efecto que produciria, por ejemplo, la teoría de que Lóndres no puede ser el centro político, económico é intelectual de las islas británicas, porque esta ciudad está situada en el extremo SE. de Inglaterra.

otro sitio en que colocar á la inteligencia. La antropocentricidad no es nada más que un medio práctico de salir de dificultades por el camino que primero se presenta á mano: en el fondo, mi sistema del mundo debe ser designado como noocéntrico (1).

Leibnitz sabia ya que en la realidad, es decir, tomando como base la permanencia de los átomos y de las leyes de la naturaleza, el desarrollo no podia seguir la línea recta, sino que debia formar una espiral cuyos giros podian fácilmente ser tomados por una mirada poco experta como movimientos circulares. Bahnsen está de acuerdo conmigo en que esta extension de la circunferencia ó esta prolongacion del radio no puede llegar hasta el infinito: solamente no indica el motivo para ello de una manera precisa, cuando lo busca en el carácter finito de la fuerza en vez de buscarlo en la contradiccion con el concepto del desarrollo y del fin. Pues la voluntad lo mismo que la intensidad del querer, pueden ser elevados á una potencia infinita; otro tanto sucede con la posibilidad del desarrollo de la idea; pero, por otra parte, es un error de Bahnsen creer que el aumento de la intensidad absoluta de la fuerza universal es necesariamente correlativo con la extension del radio del desarrollo, supuesto que el grado de perfeccionamiento ideal del contenido del mundo es llevado solamente á una potencia más elevada, y esto se expresa tan completamente bien por una elevacion de los tipos individuales, como por una condensacion más fuerte de desarrollos individuales de un orden superior en desarrollos generales más elevados.

Preciso es congratularse mucho de que Bahnsen haya declarado francamente que la admision ó la inadmission de la posibilidad de una liberacion no es ya simplemente una divergencia con relacion al *credo*, sino que descansa «sobre diferencias relacionadas con opiniones metafísicas fundamentales (individualismo y monismo). «Por consiguiente, cuanto más hubiera yo conseguido demostrar por lo que precede la incompatibilidad de la metafísica individualista con la relatividad del concepto de la individualidad, así como con otras conside-

(1) Bahnsen 6-46.

raciones metafísicas, tanto más se cambiaría en certidumbre el pensamiento de que todos los desarrollos de los individuos inferiores son solamente eslabones en el desarrollo del individuo absoluto, y que este último desarrollo debe necesariamente realizar el fin absoluto. Mi adversario mismo afirma así que uno de los puntos atacados con más fuerza en mi sistema es la consecuencia lógica de mi opinion monista.

Llegamos ahora á otra teoría de Bahnsen que le sirve de punto de partida para combatir el desarrollo, quiero decir, á su crítica de lo lógico y á la suplantacion del mismo por la *dialéctica real*.

VII.

LA DIALÉCTICA REAL.

Promete Bahnsen una justificacion más detallada de su *Realdialektik* en una série de lecciones cuya publicacion he esperado en vano por espacio de cuatro años. Quizá se ha convencido Bahnsen en este intervalo de tiempo de que sus *pruebas* no estaban bastante maduras para ser sometidas al exámen científico. Si se puede sacar una conclusion de lo que dice para motivar previamente su doctrina, esta justificacion es en verdad de una debilidad tal, que ha obrado prudentemente al conservar en los cajones de su mesa su série de lecciones *realdialécticas*. En efecto, los ejemplos que da para probar el carácter antilógico de la realidad producen la impresion de haber sido tomados de un manuscrito de los siglos precedentes y no pueden aspirar á una refutacion seria. Mas á pesar de que sus consideraciones descansan en una base muy poco sólida, no demuestran todavía nada en favor de un carácter antilógico ó solamente ilógico de la realidad. Por el contrario, confirman solamente mi asercion de que toda realidad se encuentra únicamente en la actividad, y ésta á su vez en la accion sobre otro objeto, por consiguiente en la reaccion recíproca ó el conflicto ó la oposicion de fuerzas, del todo ó en parte contrarias. Si la oposicion, pues, de las fuerzas ó de las direcciones de la voluntad es una condicion de la realidad, y si la realidad es una condicion de la organizacion, y por tanto del in-

telecto consciente, entónces esta oposicion de las direcciones de la voluntad es el medio postulado lógicamente para el fin universal, y lo es todo ménos ilógico.

Si se quiere ya llamar *realdialéctica* á este antagonismo de las fuerzas, se da entónces á la expresion *dialéctica* una significacion completamente distinta de la que Hegel y Bahnsen atribuyen á la dialéctica antilógica, y me parece poco recomendable querer aceptar, por motivos extrínsecos tomados en la permutacion demasiado fácil del sentido, una expresion empleada hasta entónces en el sentido antilógico, con una significacion que excluye el sentido antilógico, como lo hace Moritz Venetianer (1).

Oposicion y contradiccion son dos cosas diferentes. Oposicion quiere decir que dos sujetos tienden al mismo tiempo á producir estados opuestos; contradiccion quiere decir que el mismo sujeto posee realmente estados opuestos en el mismo tiempo, bajo la misma relacion y en el mismo punto. En la oposicion los dos sujetos en lucha uno contra otro no llegan á la realizacion de su voluntad, porque si así no fuera surgiria una contradiccion. Si la contradiccion no fuese cosa imposible,

(1) *Allgeist*, Berlin 1874 p. 214 y siguientes. Venetianer sostiene firmemente «que contradiccion entre varios séres, como en un sér sólo, significa la imposibilidad de la realizacion de dos direcciones de voluntad, mientras que Hegel queria dar esta contradiccion como una realidad», y se declara contra la confusion hecha por Bahnsen entre realdialéctica y antilógico. Hace resaltar que su panpsiquismo contiene la voluntad y la idea, por consiguiente lo ilógico y lo lógico, y, por lo tanto, el proceso panpsicológico hace valer los dos lados del sér uno y universal. En este sentido es incontestable que, si se designa el proceso absoluto como realdialéctico, el lado de lo ilógico está igualmente comprendido en él. Pero si Venetianer saca de ahí ademas la consecuencia de que todo lo lógico y todo lo ilógico del proceso deben estar necesariamente expresados por ideas lógicas ó ilógicas, confunde lo que hay de absolutamente ilógico en la forma del proceso del lado de su existencia con la parte relativamente ilógica del contenido condicionado por este ilógico absoluto; cómo Bahnsen, no hace tampoco una distincion entre lo racional abstracto y concreto, entre lo lógico y lo histórico. La única diferencia consiste en que él comete esta confusion del lado contrario al en que la comete Bahnsen: con respecto á lo que de ninguna manera es lógico y á lo que no lo es más que en tiempo y lugar dados.

cesaria la posibilidad de una oposicion, supuesto que los dos sujetos en lucha llegarían á la realizacion de su voluntad. Por consiguiente, si la dialéctica real fuese antilógica cesaria de existir la posibilidad de una dialéctica real, pues que la resistencia hecha la una á la otra por tendencias opuestas, emana únicamente de la imposibilidad de la contradiccion. Así el mundo real como antagonismo de las fuerzas es solamente posible estando basado en el fundamento lógico (en la imposibilidad de la existencia simultánea de lo que se contradice en un sólo sér) y si Bahnsen encuentra este fundamento *enteramente realdialéctico* ha colocado al mismo nivel lo lógico y lo realdialéctico, y está obligado, por consiguiente, á renunciar á sus veleidades antilógicas.

Finalmente, si Bahnsen queria levantar la objecion de que, en la oposicion de los deseos de un alma, un solo sujeto es el punto de apoyo de determinaciones contrarias entre sí, tendria que hacer observar que la expresion *sujeto* no ha sido empleada por mí en el sentido metafísico, sino en el sentido gramatical (en el que, en efecto, los deseos son los sujetos á los cuales se atribuyen las determinaciones opuestas). Por otra parte, una opinion divergente sobre esta cuestion no cambiaria nada en el resultado. En efecto, si se pone al alma ó al individuo psíquico ó áun al sér uno y universal como sujeto de las determinaciones opuestas, la oposicion no produce todavía por esto una contradiccion, porque no se llena la condicion de la definicion de la contradiccion. Esta implica, como ya hemos dicho, que los contrarios pertenezcan al mismo tiempo y bajo la misma relacion á un solo y mismo sujeto. No hay contradiccion en el hecho de que el índice de mi mano derecha tenga una mancha de tinta en el sitio en que no la tiene la mano izquierda: del mismo modo no hay contradiccion en que uno de los móviles de mi carácter tienda á satisfacerse por una accion que es detestada por otro cualquiera de mis instintos.

Estas explicaciones podrian bastar á demostrar por qué es una vana empresa querer probar un desacuerdo fundamental entre las leyes de nuestro pensamiento y las leyes primitivas de los hechos que suceden en la realidad. Si existiera realmente un desacuerdo semejante, la formacion de las leyes lógicas del

pensamiento sería inexplicable. Pues lo que es completamente irracional está al mismo tiempo completamente fuera de las leyes y deja el campo libre á todo lo que no tiene sentido, como á lo que lo tiene accidentalmente; tampoco sería excluida del punto de vista de la dominación de lo que no tiene sentido, una cierta armonía preestablecida entre el curso exterior del mundo y la producción forzada del pensamiento interior; pero esta armonía no podría tener evidentemente para este punto de vista más que «el valor de un acuerdo accidental.» Mas no está de ningún modo justificada la pretensión de que la dialéctica real tenga el derecho á vanagloriarse de esa amplia tolerancia de lo que carece de sentido y á elevarse por esta razón por encima de la lógica, que tan intolerante es con respecto á lo ilógico; porque esta tolerancia está pagada algo cara, al precio de la renuncia absoluta á toda explicación y á todo cálculo; puede solamente ser designada como la castración de la razón por sí misma. Si Bahnsen pensara seriamente que la razón solamente es un andrajo caído por casualidad sobre el gran montón de barreduras de la insensatez universal dialéctica, sería esa una declaración de quiebra de la filosofía, que le hubiera hecho perder el derecho de elevar la voz en calidad de filósofo.

Por eso queremos admitir en su favor que esta concepción de la dialéctica real no es más que una exageración caprichosa de un pensamiento originariamente distinto y más netamente definido. Creeremos que la razón, en contra de su declaración expresa, posee á sus ojos un valor determinado no solamente en la esfera subjetiva, sino también en el mundo objetivo. Diremos además, que el acuerdo entre esta razón universal objetiva y la razón subjetiva no es solamente accidental, sino que descansa en una homogeneidad tan completamente esencial como el acuerdo de todos los individuos en la naturaleza de la voluntad. Finalmente, admitiremos que la fuente de este acuerdo entre la razón objetiva y la subjetiva debe de buscarse en la constitución lógica del contenido de la voluntad misma. De esta manera se pone otra vez la dirección de Bahnsen en una vía razonable, mas es preciso retener que las consecuencias más rigurosas de su dialéctica real son tan locas, como insuficiente é insostenible su justificación.

La razon universal, admitida parcialmente por Bahnsen, estará obligada á reclamar un doble dominio: desde luego, toda la extension de aquel en que reinan las leyes generales de la naturaleza, y despues el de los actos teleológicos del instinto, así como de la actividad formadora orgánica. En cuanto al último dominio, Bahnsen se verá obligado á rectificar su opinion respecto al valor puramente subjetivo de la teleología, como ha rectificado ya el relativo al dominio puramente subjetivo de lo lógico.

A la verdad no le queda otro partido que tomar, mientras permanezca adherido á esa doctrina fundamental individualista, de que la voluntad individual construye su organismo de una manera adecuada á su carácter; porque de ese modo se sostiene ya una accion teleológica de la monada central sobre las otras monadas que constituyen el organismo, cuya accion no encuentra en las manifestaciones del instinto animal é intelectual más que su continuacion, despues del complemento de la formacion orgánica. Relativamente á las leyes de la naturaleza, es menester tener presente que todas las ciencias naturales tienen por blanco resolverse en la mecánica del átomo y que esta mecánica no es otra cosa más que las matemáticas aplicadas al tiempo, al espacio y al movimiento: es decir, no es más que la lógica especial aplicada. Las leyes de la naturaleza son, pues, incontestablemente leyes lógicas, y como ellas determinan el proceso total de la naturaleza, este último debe tambien ser considerado como determinado lógicamente.

En efecto; Bahnsen no querrá disputar esta conclusion: solamente se esforzará en limitar el dominio de la teleología y de las leyes de la naturaleza, y por consiguiente el dominio de lo lógico en el llegar á ser, en tanto que esto proceda de la accion combinada y de la reaccion de los individuos, el uno contra el otro: intentará sustraer de su dominacion los fenómenos psíquicos en el interior de las almas individuales. Pero relativamente á este último llegar á ser, es menester todavía separar el dominio de la lógica subjetiva de la esfera de la voluntad: Bahnsen podria únicamente tratar de mantener la doctrina de la dialéctica real para las luchas de los deseos en la

jurisdicción de esta esfera (1). Todas las relaciones entre los individuos estarían así sometidas á la lógica objetiva; todos los pensamientos libres de la voluntad, á la lógica subjetiva; con todo, la lucha psíquica de la separación y de la escisión interiores, continuaría estando desencadenada en el campo de todas las monadas, con desprecio de lo lógico y para nuestro propio tormento eterno.

Pero, aún con esta restricción, la lucha de los deseos en el dominio del alma individual no podría tener ningún carácter realdialéctico, si se toma esta palabra en el sentido de antilógico, supuesto que aún en este caso las observaciones generales hechas más arriba conservarían todo su valor. Por otra parte, es fácil reconocer que no existe ninguna limitación exacta entre el proceso de los individuos en sus relaciones mutuas y el proceso que se realiza en el interior de estos individuos; que el segundo está condicionado por el primero, y que por esta razón cae también dentro del dominio de la lógica. La oposición entre los deseos nace conforme con la ley de la motivación, mas ésta es una ley lógica de la naturaleza, lo mismo que la de la causalidad ó la del paralelogramo de las fuerzas. Los motivos son en parte percepciones, en parte representaciones de la memoria, es decir, residuos normales de percepciones antiguas, en parte también resultados de procesos mentales lógicos fundados sobre la percepción y la memoria; pero en los tres casos, su aparición y su esencia están condicionadas por la lógica objetiva y subjetiva. Considerados bajo el punto de vista de la filosofía de la naturaleza, todos los procedimientos psíquicos están condicionados por procesos materiales entre las células y las moléculas del cerebro, es decir, por movimientos de reacción entre los individuos de un orden inferior, que constituyen el organismo: y estos últimos fenómenos, á su vez están sometidos á leyes lógicas de la naturaleza. De cualquier manera, pues, que se considere la cuestión, debemos mirar como tentativa vana la de querer excluir

(1) Hacia este expediente se inclina un tratado que no ha sido publicado todavía, pero que el autor me ha permitido recorrer *privatim*.

del dominio de la razón un dominio cualquiera del macrocosmo ó del microcosmo.

Por otra parte, esta tentativa de exclusion aumenta más las dificultades del individualismo. Miétras que todo antagonismo entre las direcciones de la voluntad—pertenezcan éstas á un individuo ó á varios—es considerado como realdialéctico, la diferencia entre el macrocosmo y el microcosmo no está puesta á discusion; pero desde que se hace entrar al antagonismo de las fuerzas de diferentes individuos y de diferentes átomos en el dominio de las leyes lógicas de la naturaleza, se renuncia *ipso facto* á una dialéctica real para el macrocosmo, y se ensaya solamente el mantener una dialéctica real para el microcosmo. Y sin embargo, es evidente que la oposicion macrocósmica de las fuerzas es el tipo (simbólico) de la oposicion microcósmica, ó en otros términos, que las tendencias opuestas entre sí en el macrocosmo se presentan como elementos constitutivos del microcosmo, exactamente en el mismo sentido que los microcosmos opuestos entre sí producen precisamente por esta lucha la realidad del macrocosmo.

El conocimiento de la relatividad del concepto de la individualidad eleva esta vaga analogía á un juicio cierto, y hasta el sistema del mundo, tal cual Bahnsen lo ha establecido, está originariamente basado en el mantenimiento de esta analogía. Si fuese verdad que los individuos existentes en la actualidad fuesen los productos de una excision interior de la voluntad primitivamente una é idéntica, continuándose igualmente esta excision interior en los individuos, tendria necesariamente en ellos los mismos efectos, es decir, dividiria indefinidamente la sustancia en partes infinitamente pequeñas. Pero si la escision interior de la voluntad no puede producir en el microcosmo una ruptura de la unidad sustancial, entónces no ha tenido tampoco ese poder en el macrocosmo, es decir, que la unidad de la sustancia subsiste todavía hoy, á pesar de su escision interior, es decir, que esta escision interior y la individuacion no son más que fenomenales.

Así se ve que en todos casos es absolutamente imposible servirse de la pretendida dialéctica real para explicar la individuacion, como Bahnsen cree poder hacerlo: si tuviese real-

mente razon para sostener que la pluralidad de los individuos es una pluralidad sustancial y proviene de una division ó de una eterna separacion del Sér uno y universal, sería menester, no obstante, que esta escision eterna, inherente á la esencia de la voluntad misma, fuese algo completamente diferente de esta escision espontánea realdialéctica de la voluntad individual, que, á pesar de todo, deja intacta la unidad de la sustancia. La separacion funcional no debe, pues, confundirse jamás con una division espontánea de la sustancia, como Bahnsen hace constantemente.

Pero si la dialéctica real no puede ser demostrada, y si sus hipótesis son insostenibles, sus consecuencias rigurosas son, pues, contrarias á la razon, y si no tiene más que un valor ilusorio para explicar la individuacion en el sentido de Bahnsen, es, pues, un cuchillo sin hoja y sin mango. Todo el mundo concede, en efecto, que los conflictos de las diferentes fuerzas y direcciones de la voluntad son igualmente inevitables en el dominio de la razon, y aún lógicamente necesarios: traen como consecuencia forzada el dolor que nos hacen experimentar las tendencias reprimidas. Los sufrimientos causados por la multiplicidad de las luchas en el interior de nuestra alma (en cuanto muchas tendencias se reprimen recíprocamente), y el hecho de que somos nosotros mismos la causa de estos sufrimientos, explican suficientemente por qué la escision interior de la voluntad es mucho más penosa que todos los conflictos de los individuos entre sí. Bahnsen, consagrando á estas cuestiones una atencion particular, se esfuerza con razon en llenar una laguna de la psicología, tal cual hasta hoy ha existido; pero comete un error si se cree obligado á confirmar esta distincion por una separacion de los dominios, ó aún alejando del dominio superior las leyes generales de la lógica.

Pero si alguno se imaginara despues de estas observaciones que era inútil discutir tan largamente y refutar con tanta minuciosidad la dialéctica real antilógica de Bahnsen, sería preciso recordarle que esta doctrina tiene, sin embargo, el derecho de aspirar á la importancia histórica de una consecuencia inevitable de la metafísica de la voluntad de Schopenhauer. En Schopenhauer, el realismo de la voluntad y el idealismo obje-

tivo están colocados el uno al lado del otro sin intermediario, y de tal manera, que el primero se ha sentado en el trono, mientras que el último tiene solamente el derecho de sentarse en las gradas que á él conducen. Por dos medios opuestos puede apartarse esta condicion recíproca insostenible: ó bien se toma por lo serio el idealismo objetivo ó metafísico, y se le coloca á la misma altura que el monismo de la voluntad, a cual se le enlaza orgánicamente, ó bien se le transforma en una fantasmagoría subjetiva y se le elimina así completamente del dominio metafísico. Yo he seguido el primer método, que conduce necesariamente á unir la filosofía de Schopenhauer con el idealismo metafísico restringido de Hegel: indica que no admite la pretension de Schopenhauer al título de poseedor único de la verdadera filosofía en oposicion con la direccion idealista de la filosofía. El segundo método es el único que promete conservar la exclusividad del schopenhauerianismo específico, y se compromete á realizar su principio peculiar en toda su pureza, desembarazándolo de todos los puntos de vista oscuros que se encuentran todavía en el autor de la metafísica de la voluntad.

Bahnsen tiende evidentemente á este último fin, y claro es que el realismo puro de la voluntad, en el cual se declara que la idea es simplemente la forma bajo la cual la esencia de la voluntad se refleja en la conciencia, no posee ya medio alguno para poner al sér en una relacion inteligible con el fenómeno, si no se llega á descubrir un movimiento existente en el interior de la voluntad que ponga la permanencia eterna de la voluntad en el curso de un proceso. En realidad, la escision interior de la voluntad ciega, ilógica, parece sólo poder ser una forma tal de movimiento, que hace abstraccion de todo lo que es ideal y se encuentra únicamente en la esfera de la voluntad. Hé ahí por qué el procedimiento ilógico de los séres dotados de voluntad que son sus propios verdugos, es la sola consecuencia razonada de un realismo de la voluntad que pretende desembarazarse del socorro eventual ocultado por Schopenhauer en la Idea. A Bahnsen, pues, vuelve el mérito histórico de haber expuesto á dónde debe ir á parar lógicamente la doctrina de Schopenhauer, si quiere desarrollarse de una

manera completamente exclusiva. La divergencia accesoria con respecto al monismo y al pluralismo, no tiene ninguna importancia para esta cuestión. Demostrando que la dialéctica real de Bahnsen es insostenible, nos hemos convencido al mismo tiempo que este método de desarrollar la doctrina de Schopenhauer arrastra al atascadero de lo ilógico puro, es decir, de la pura falta de sentido; y así hemos probado al mismo tiempo que el método opuesto es necesariamente el bueno. Más aún, hemos hecho ver, por tanto, que las inconsecuencias sistemáticas de Schopenhauer deben tenerse en cuenta como servicios hechos en interés de la verdad.

VIII.

LO LÓGICO.

Ahora llegamos á la posición que toma Bahnsen relativamente á lo lógico mismo, á los argumentos por los cuales combate el carácter lógico del desarrollo. Observemos ántes de nada que no está dispuesto á negar absolutamente el hecho de un desarrollo, sino solamente la hipótesis de que este desarrollo es lógico. Dice él: «el parecido perfecto que existe entre la voluntad inmóvil en sí misma y las fuerzas aún encerradas en su gérmen, es uno de los temas principales de nuestras investigaciones especiales sobre la esencia del motivo, ¿cómo podíamos, pues, descartar el concepto del desarrollo espontáneo tomado en sí mismo? No nos negamos á admitir la *evolucion* en sí misma; todavía ménos nos oponemos á la idea de que una cosa que existe al principio *implícitamente*, llegue á ser en seguida una realidad, y que una cosa que haya existido hasta un momento dado solamente en un punto, pueda desarrollarse en el tiempo y en el espacio. Pero lo que sí disputamos, es que en eso tengamos la oposición en sí misma de una idea puramente lógica, una oposición cuya naturaleza lógica tenga por consecuencia que su enunciaci3n contenga siempre en ella, en el encadenamiento de una disposici3n lógica, el *desarrollo* de lo real, por decirlo así «el encaje de un principio (*schema*) de subordinaci3n en un resúmen lógico.»

En tanto que Bahnsen no renuncie á la inmutabilidad ab-

solata de la sustancia individual monadológica, reduce todo desarrollo, aún en el individuo, á una simple apariencia; mientras que permanezca unido á la dialéctica real, transporta el hecho de que el sér individual llega hasta el término de su existencia al dominio de lo antilógico. Mas si se apartan estos dos puntos, que han sido ya examinados ántes, y si se pregunta si el hecho empírico del desarrollo individual posee un carácter lógico, solamente puede responderse negativamente en caso de resolver esta cuestión con el juicio preconcebido de Bahnsen, que no puede lo lógico ser pensado de otra manera que bajo la forma de una disposición esquemática, como un «*schema* vacío de una graduación lógica», como un compuesto de construcciones mentales, en una palabra, como un agregado ó un encaje de abstracciones discursivas. Pero eso es precisamente lo contrario de esa lógica de la Idea, tal como yo la admito, intuitiva, inmanente, que existe fuera del tiempo.

Bahnsen ha llegado solamente á su yerro, porque ha partido del punto de vista de que en general no se debe atribuir valor á lo lógico, más que en la esfera subjetiva, en la que se presenta en todo caso principalmente bajo la forma discursiva y abstracta; pero como él mismo se ha visto obligado á ampliar esta estrecha mirada admitiendo una razón universal objetiva, que se manifiesta por leyes lógicas interindividuales, es necesario que renuncie también á la falsa consecuencia de su opinión primera. Lo real es lo concreto absoluto, y mientras que se encuentre la razón en lo real, es menester que ella subsista bajo una forma concreta; lo lógico abstracto proviene solamente de que el pensamiento discursivo desembaraza de los restos individuales las formas de la existencia, comunes á un gran número de sustancias concretas y evidencia su homogeneidad en la pluralidad de lo concreto. Las categorías lógicas están, pues, realmente en las cosas, de ninguna manera en el estado abstracto, sino en el estado de individualidades concretas, es decir, consideradas por el lado de la idealidad del contenido de lo real: de una manera intuitiva. Si las categorías ó formas lógicas no estuviesen realmente contenidas en las cosas existentes, no podría el pensamiento extraerlas por la abstracción; si

no hubiese en general formas lógicas más que para la abstracción, para el pensamiento discursivo, estaría probado por ello que aquellas son únicamente adiciones puramente subjetivas del pensamiento en las cosas; que Kant tenía, por consiguiente razón sosteniendo el carácter exclusivo del origen subjetivo. Pero si se hiciese esta concesión para las formas del pensamiento, sería preciso, con mayor razón, hacerla para las formas de la percepción; es decir, Bahnsen, resistiendo á la realidad de las formas lógicas, recaería enteramente en el idealismo subjetivo que ha desechado.

Si la intuición inconsciente ha de ser concreta, es menester que esté determinada en todos sus elementos, y determinada de una manera diferente en cada momento del proceso. Pero el determinante no puede ser más que lo lógico, que, aunque en sí mismo simple principio formal, se hace sin embargo determinante para el contenido de la idea, porque está aplicado á lo ilógico (1). Los grados del desarrollo (por ejemplo, niño, muchacho, adolescente, hombre, viejo) deben ser trazados de antemano por el principio que determina á cada instante la intuición inconsciente; es menester, pues, que estén preformados en el principio formal lógico. En otra parte he demostrado (2) que esta preformación predestinante de los grados del desarrollo, debe ser solamente comprendida en el sentido de eventualidades posibles, y no en el sentido de ideas actuales. Sin un principio lógico que dirija el desarrollo, sería imposible un desarrollo, aún en el sentido más modesto de la palabra; hasta sería imposible un ciclo (grano, árbol, florecencia, fruto, etc.), porque éste exige ya un orden lógico y una separa-

(1) Ningun filósofo, á no ser un estricto hegeliano, disputará el principio de Bahnsen: «que los fines y los motivos», conscientes ó inconscientes, no pueden ser considerados como una *posibilidad*, fuera de la voluntad. Bahnsen se engaña solamente al no reconocer que tampoco pueden ser considerados como una posibilidad fuera de la idea lógica. El fin es una categoría lógica, preformada en lo lógico con relación á la eventualidad de la aparición de lo ilógico. Queda en el estado de simple *posibilidad*, en tanto que esta eventualidad queda en el estado de simple posibilidad: solamente llegaría á ser imposible, si estuviera probado que esta eventualidad era imposible.

(2) *Filosofía de lo inconsciente*, séptima edición, tomo II.

cion de las diferentes fases. Si estas fases ó estos grados no estuviesen contenidos en lo lógico determinante, éste no podría desarrollarlas y realizarlas en el proceso: la pluralidad empírica de los grados debe ser contenida implícitamente en la unidad del principio que los determina; sin implicar, sin embargo, que este principio (á título de inconsciente) deba necesariamente tener de ella conocimiento.

La parte que en el proceso desarrolla su contenido ideal, es también algo de inmutable; pero el contenido ó el objeto de su intuición inconsciente ideal por realizar, debe ser alguna cosa que se modifica constante, aunque lentamente, en el curso del proceso; como está probado, por el hecho de que la realidad determinada por él se modifica constantemente. La protesta de Bahnsen en este punto sería completamente incomprendible, si la confusión que comete entre los métodos de la marcha discursiva y abstracta del pensamiento y la progresión de la intuición inconsciente, absolutamente concreta, que determina el desarrollo real, no diese la clave de la explicación. Si el contenido actual de una idea concreta fuese realmente, según la opinión que Bahnsen me atribuye, algo inmutable, una unidad sin grado, entonces sería imposible del todo servirse de una idea semejante para explicar lo que debe explicar, á saber, el progreso; no tendría absolutamente valor alguno; sería, pues, una hipótesis sin ningún fundamento legítimo. Como Bahnsen no comprende, de ningún modo, cómo el proceso real se deriva de una progresión, contenido de la intuición inconsciente concreta, no comprende tampoco que sea preciso absolutamente admitir un principio determinante para el cómo de esta progresión; es decir, un principio lógico formal, como momento formal de la idea, que decida al mismo tiempo del contenido total de la realidad. Pero, además de la variabilidad, es menester aún atribuir á la idea inconsciente el encadenamiento de estas formas lógicas. El pensamiento discursivo subjetivo prueba su existencia en la realidad, supuesto que ella las saca de él por abstracción. Como en cada realidad concreta existe un gran número de formas semejantes lógicas, y como la idea determinante es, sin embargo, en cada instante una y entera, es menester que la pluralidad esté con-

servada ó encerrada en su unidad, si la hipótesis de esta Idea aspira á un valor, cualquiera que sea, para explicar la realidad. No comprendo, de ninguna manera, cómo Bahnsen pretende descubrir una contradicción en esta opinión. El principio lógico formal determina á cada instante la progresión concreta del contenido, de la Idea según el contenido dado; el principio formal es el momento (fuerza) constante; el contenido actual es el momento del desarrollo, que debe ser excitado; y este último contenido, viene á ser el momento levantado en el contenido de todas las intenciones futuras en donde está conservado como un progreso adquirido, sin que aquí se trate para nada de una actividad de la abstracción ó de un pensamiento discursivo, como Bahnsen sin razón lo admite.

No teniendo las manifestaciones de una voluntad principio lógico que determine su contenido, serían con relación al desarrollo orgánico é intelectual empírico, lo que el balido de la oveja ó los gritos de un loco son con respecto al lenguaje humano. Todas las fases, regularizadas y separadas por la lógica, formarían un caos desordenado, puesto que una voluntad individual absolutamente inmutable, sin disposición lógica del curso de la existencia, no tendría motivo alguno para seguir un ciclo determinado en sus manifestaciones. Bahnsen mismo reconoce que lo que es absolutamente absurdo no podría existir de ninguna manera, pero olvida desgraciadamente que el principio de la voluntad determina en realidad un absoluto ciego, desprovisto de razón y de idea y que su teoría de la dialéctica real atribuye á este principio ciego una manera de manifestarse por entero ininteligente é insensata. El hecho de haber admitido que lo que es absolutamente absurdo se encuentra en la imposibilidad de existir, es el punto decisivo que marca la ruptura de Bahnsen con la tendencia de desarrollar la metafísica de Schopenhauer, por eliminación completa del idealismo objetivo y que indica su vuelta al idealismo post-kantiano.

La ausencia de lo lógico traería consecuencias más extrañas todavía para el desarrollo de los grupos de individuos (pueblos, Estados) que para el individuo. Bahnsen está dispuesto á sacrificar los «caprichos anti-históricos de Schopenhauer»; quiere

distinguir entre «pueblos históricos y otros que quedan fuera del proceso histórico,» y no pretende en modo alguno poner en tela de juicio todos y cada uno de los «progresos históricos.» Aun cuando esta concesión está debilitada en lo sucesivo por la declaración de que el desarrollo aparente no es más que un cambio de dirección en el eterno movimiento de rotación, tenemos, sin embargo, aquí el reconocimiento de una disposición lógica-objetiva que no podría resultar jamás del caos de una dialéctica real antilógica. Aquí ya no puede Bahnsen recurrir al subterfugio de que es únicamente una sustancia individual que desarrolla su esencia individual en este proceso; pues con su punto de vista pluralista, una suma de sustancias separadas e independientes la una de la otra, constituye los apoyos del desarrollo. En vano trataría Bahnsen de demostrar cómo podría en este caso un resultado individual producirse sin la inmanencia de un principio lógico: solamente el intentar una cosa semejante exigiría el espíritu filosófico limitado de un materialista, y Bahnsen está muy lejos de tener tal espíritu.

Si, pues, la lógica inmanente es absolutamente necesaria para el desarrollo histórico, igualmente demuestra esto que es también indispensable para el desarrollo individual, supuesto que el individuo orgánico está compuesto de individuos de un orden inferior, precisamente de la misma manera que el pueblo o el Estado están compuestos de individuos de un orden mucho más elevado, y supuesto que los primeros exigen una razón directora lo mismo que estos últimos. La relatividad del concepto de la individualidad demuestra clarísimamente que la razón universal objetiva no puede ser, como Bahnsen cree, algo parcial, sino que debe ser algo absolutamente general que no se cierne solamente por encima de las relaciones de los individuos entre sí para arreglarlos y coordinarlos, sino que pertenece a la esencia misma de cada individuo.

Bahnsen mismo llega a esta conclusión. Dice él: «Si en el proceso universal se encuentra algo que corresponda al *schema* lógico fundamental, esto solamente puede ser, porque y mientras que la voluntad encierre un carácter lógico en sí misma y en su esencia, tomada en su sentido más riguroso.» La concesión hecha aquí condicionalmente se convierte en definitiva,

supuesto que Bahnsen mismo reconoce la condicion puesta como cumplida. Si Bahnsen admite así que de hecho la voluntad encierra en su esencia un carácter lógico, la consecuencia va por sí sola á que el desarrollo de esta esencia íntima no es otra cosa que el desarrollo del principio lógico: y expresa esta opinion diciendo que la voluntad desarrolla su propia esencia en medios, objetos intermedios y finales. Por todo esto, Bahnsen se ve indirectamente forzado á reconocer precisamente lo que ha querido combatir en su escrito, á saber, el carácter lógico del contenido de la voluntad, así como del desarrollo. La divergencia que todavía existe entre nosotros acerca de este punto, se reduce, segun Bahnsen mismo, á que esta esencia lógica ó esta naturaleza de la voluntad no está introducida en ella desde lo exterior, sino que forma su contenido propio. Pero esta divergencia no es más que imaginaria, porque yo puedo suscribir completamente á esta manera de ver: puedo hasta añadir que este lógico es de tal modo el contenido íntimo é inseparable de la voluntad, que ésta no tiene absolutamente otro contenido, y sin él estaria del todo desnuda de sustancia. En este refuerzo de su propia opinion se verá Bahnsen obligado á buscar nuestra divergencia, miéntras que no se contente con ver lo ilógico de la voluntad en la forma de esta última, y crea todavía en que existe un contenido ilógico (*realdialektik*) de la voluntad al lado del contenido lógico que admite.

Hémos, pues, de nuevo llegados á la diferencia fundamental, á la cuestion de la subordinacion y de la coordinacion de lo lógico y de lo ilógico, de la Idea y de la Voluntad, que ya hemos precisado al principio de este exámen. Es menester ahora considerar más exactamente la manera de formular Bahnsen la relacion entre sí de los principios.

IX.

VOLUNTAD É IDEA.

Cuando declara Bahnsen que no reconoce de ningun modo una dualidad de la voluntad y de la representacion, expresa la tendencia más marcada y más característica de su princi-

pio; pero no puede, como ya lo hemos dicho, mantener este último en sus estrechos límites.

Así como se ha visto obligado, aunque limitando en principio lo lógico á la esfera subjetiva, á hacerle, sin embargo, en lo sucesivo un hueco en el mundo real, y por consiguiente en la raíz de este último, es decir, en el contenido de la voluntad; así también no puede menos de admitir, en cierto sentido, la Idea que, hablando con propiedad, ha desechado (como más arriba hemos visto). Bahnsen reconoce lo mismo enteramente que yo, en la Idea «el contenido inmanente en la Voluntad,» que indica «en el proceso real del desarrollo los lineamientos de las direcciones del movimiento ó de la distancia recorrida en el movimiento.» Pretende que su manera de concebir la Idea difiere de la mía, primeramente en que él descarta toda personificación (*Hypostasirung*) de la Idea misma; segundo, en que aleja de ella todo lo que pertenece únicamente al pensamiento abstracto, discursivo; y tercero, en que rechaza la opinión de que la Idea misma es «la productora» del movimiento, la fuerza motriz del desarrollo. Pero estos tres puntos establecen solamente una distinción entre la manera en que la Idea es comprendida por Bahnsen y por mí, y la manera de comprenderla los hegelianos. Es, pues, una simple mala inteligencia si Bahnsen tiene la mas pequeña duda de que yo no reconozca estos puntos.

A mis ojos también la Idea tiene solamente su existencia en otro objeto, y no en sí misma: á mis ojos también es ella el opuesto intuitivo concreto de todo pensamiento abstracto discursivo: para mí también es una cosa sin fuerza, que toma en la voluntad todo el poder para realizar lo que ve. También yo miro la Voluntad como la única motriz del proceso real, mientras que la Idea determina solamente el contenido de cada fase del desarrollo (1). A mis ojos también la idea y la voluntad

(1) El principio lógico formal determina solamente la marcha ideal de la intuición inconsciente, mientras que toda realidad, la del proceso del tiempo inclusive, se deriva de la Voluntad. La Voluntad no tiene, pues, necesidad de ser elevada «á un grado superior,» cuando la Idea ha alcanzado una fase de desarrollo, porque realiza cada contenido de la Idea, y permanece, sin embargo, siempre igual á sí misma.

son inseparables en un doble sentido, primeramente por cuanto una idea actual puede concebirse solamente como idea de un querer actual, y un querer actual puede solamente concebirse como forma de la realizacion de una idea actual; en segundo lugar, por cuanto, hecha abstraccion de toda actualidad, la idea y la voluntad forman una unidad sustancial que prohíbe hablar en ninguna circunstancia de «una falta de relacion entre ellas,» ó de la necesidad de crear «un puente» para enlazarlas la una á la otra. Así las diferencias principales que Bahnsen pretende establecer se reducen á la nada, y tenemos que tomar en cuenta su confesion final que él tambien posee en la Idea, es decir, en el contenido ideal, inmanente en la voluntad, algo que puede ser puesto en comparacion, si no colocado al nivel del momento formal-lógico, ántes de entrar en actividad.

Ya hemos manifestado que Bahnsen pone la idea aceptada en este sentido en una relacion muy estrecha con el motivo; pero esta cuestion no tiene aquí ninguna importancia. Solamente cuando añade, «insistiendo sobre este punto,» que la idea es lo que se desarrolla únicamente en la voluntad (considerada como su *substratum*), nos vuelve á llevar á la verdadera divergencia que entre él y yo existe. Consiste ésta en que él se permite, con respecto á la voluntad, lo que se prohíbe á sí mismo y á todos los demas con respecto á la idea, quiero decir, la personificacion (*Hypostasirung*), y en que, por esta reduccion de la voluntad sola en el estado de hipostásis, la idea desciende á una posicion subordinada como accidente de la voluntad, mientras que, segun mi teoría, la idea y la voluntad son inherentes con igual título al sujeto absoluto, sustancial, que es su sustancia, y que existe realmente. ¿Cómo llegaria lo ilógico á gozar del privilegio de la hipostásis, cuando esta no es permitido en cuanto á lo lógico? ¿Cómo lo lógico llegaria á ser el accesorio de su contrario? Esta opinion no descansa en un fundamento más sólido que la opinion contraria de Volkelt; el filósofo prudente se guardará con igual cuidado de hacer una hipostásis de ninguno de los dos casos: el pensador que no tiene *parti pris*, aplicará á la idea y á la voluntad la misma medida, y no acordará á la una lo que á la otra rehusa.

Si hacemos abstraccion de esta diferencia fundamental, Bahn-

sen ha adoptado completamente en principio, mi propio punto de vista, puesto que reconoce (lo que rehusaba hacer ántes) como idea, la esencia ó el contenido de la voluntad universal, y admite la naturaleza lógica de esta idea como raíz de la razon objetiva en el mundo real. La divergencia, que existe aún entre nosotros, consiste en que él mantiene todavía al lado de la idea lógica, un contenido ilógico y antilógico (*realdialektik*) de la voluntad, miéntras que yo considero todo contenido de la voluntad como ideal y lógico, y su forma sola como ilógica. Pero en vista de las concesiones hechas, esta divergencia no puede ya ser considerada sino como un resto inconsecuente de su punto de vista primitivo, y que desaparecia necesariamente en el momento de una revision exacta de todos los elementos nuevamente añadidos. Hemos visto ya más arriba que la dialéctica real de Bahnsen, en cuanto pretende ser antilógica, es una ficcion completamente insostenible, y que la razon objetiva, una vez introducida en el mundo real, se apodera irresistiblemente de la supremacía. Solamente diremos aquí, primero, que no puede haber idea sin lógica (y sobre todo, antilógica); en segundo lugar, añadiremos que la forma ilógica de la voluntad (aunque admitamos algun contenido ilógico cualquiera de la voluntad), basta completamente para explicar lo ilógico empírico del mundo. Con respecto á este último punto, remito, por una parte, á las explicaciones precedentes, segun las cuales, las observaciones de Bahnsen relativas á las resistencias y á los accesorios del desarrollo, no dan una objecion fundamental contra el carácter lógico de este último; por otra parte, nos queda todavía que discutir aquí algunas cuestiones metafísicas.

Recuerda Bahnsen con razon que *lo que no debe existir* (lo que no es ni más ni menos que otra expresion para designar lo antilógico) es el resorte que hace marchar el proceso; pero se equivoca al sacar de eso consecuencias «realdialécticas.» Porque la negacion de lo que no debe existir ó de lo antilógico, léjos de ser una contradiccion, es más bien la negacion de la contradiccion inherente á lo antilógico. La oposicion de los atributos de lo absoluto (es decir, de lo lógico y de lo antilógico) no cae, pues, como Bahnsen lo cree, bajo el concepto de

su dialéctica real antilógica, sino más bien bajo el del proceso lógico. La contradicción es única y exclusivamente inherente á la voluntad, que es solamente ilógica en la primera potencia, pero que se convierte en antilógica por elevación á una potencia superior (1). Bahnsen tiene razón completa para decir que lo que se contradice es contradictorio en sí mismo, antes de que lo lógico lo declare así; pero olvida que lo lógico únicamente puede llegar á reconocer como siéndole contrario lo que se contradice á sí mismo y á definirlo como antilógico (2). Siendo la voluntad en su primera potencia algo ilógico y conteniendo en sí misma de eternidad en eternidad la posibilidad de llegar á ser antilógica por elevación á una potencia de grado más alto, se puede también pretender con razón que la escisión espontánea del Sér uno y universal en atributos opuestos se verifica durante toda la eternidad. Bahnsen no está, pues, equivocado, cuando disputa la posibilidad del nacimiento de una discordia, á no ser que lo absoluto sea eternamente discordante en sí mismo, y cuando en otro lugar llama la atención sobre el hecho de que toda finalidad (por consiguiente, también un proceso teleológico) «está basada sobre la coexistencia de una pluralidad» y á la verdad de una pluralidad eterna, que se extienda más allá del tiempo. Igualmente tiene razón al sostener que la pluralidad interior de la sustancia única, necesaria para la producción de un proceso, no tiene ya necesidad de existir posteriormente como dualidad. Solamente no la tiene cuando busca en una escisión interior de la voluntad la escisión primordial, eterna, de lo absoluto, de donde ha de resultar toda individualidad ulterior. Hubiera debido buscarla en la oposición de los dos atributos de la sustancia única. Pero este error no es sencillamente más que la consecuencia de haber hecho

(1) *Filosofía de lo inconsciente*. 7.^a edición, tomo II, 396-397 y 443-444.

(2) La designación de *contradicción* (á saber, consigo mismo, lo lógico) tal cual se encuentra en la *Filosofía de lo inconsciente*, 7.^a edición, vol. II, pág. 244, lib. 1-2, es inexacta y debe de modificarse. Como los contrarios no convienen en la sustancia absoluta bajo una sola y misma relación, no pueden crear contradicción alguna: en ello hay solamente el comienzo de una oposición dentro del sentido lógico.

una hipostasis de la voluntad; la cual le lleva á desconocer la posicion atributiva de esta última.

La contradiccion interior de la voluntad consiste, hablando de una manera abstracta y formal, en que A (la potencia) no debe quedar A, sino que debe convertirse en B (el acto), ó dicho de otro modo, en que la voluntad busca la satisfaccion y está, sin embargo, condenada por su propia naturaleza, si la tomamos en su totalidad, á permanecer enteramente sin saciarse (á pesar de todas las satisfacciones parciales). La expresion sensible de esta contradiccion es la condicion desgraciada del querer, que es ya inherente al mismo querer vacío: no resulta, en manera alguna, como Bahnsen cree, de la oposicion de diferentes tendencias. El es de opinion que en una voluntad unidad en sí misma no habria habido lugar para un dolor cualquiera, «que tal voluntad se hubiera necesariamente asemejado á un cocodrilo que nada encontrara que tragar fuera de sí mismo», miéntras que la voluntad escindida en sí misma ha encontrado constantemente en sus oposiciones interiores el alimento que aguzaba al mismo tiempo su apetito y mitigaba su hambre. Hecha abstraccion de que un sér eterno, al cual se le da alimento, no puede excitar más nuestra compasion que un Dios condenado á muerte, está, no obstante, fuera de duda que un sér hambriento, que no tiene jamás dificultades para satisfacer su hambre, está léjos de una situacion tan mal aventurada como un sér hambriento que nada tiene para satisfacerse. Por consiguiente, la voluntad con sus tendencias opuestas entre sí no se encuentra en un estado absoluto de sufrimientos más terrible que la voluntad en el estado de pasion sin objeto. Por esto, en mi teoría, el querer vacío, elevado á una cierta potencia, pasa inmediatamente al estado de tendencias parciales en lucha entre sí mismas, como á un estado relativamente más soportable que le procuran la participacion de la Idea y la individuacion, cuya posibilidad esta última trae. Si consigo, pues, hacer comprender la individuacion, es decir, la division de la voluntad única en tendencias múltiples por la oposicion y la naturaleza de los dos atributos, entónces el estado de pluralidad representado por Bahnsen, como que no descansa sobre base alguna y como no puede ser explicado de

ningun modo, se hace realmente inteligible como consecuencia de la eterna escision interior de la sustancia única. En todo caso, ántes de poder dar el menor valor á la protesta de Bahnsen, se veria éste obligado á ofrecernos como prueba de su asercion de que la condicion desgraciada del querer vacío es un contrasentido, otro objeto de comparacion que el cocodrilo. Esta comparacion, en efecto, prueba lo contrario de lo que él afirma. El reproche dirigido por la voluntad á la Idea, de que sin esta directora no hubiera al ménos notado nada de toda su miseria, no se apoya sobre ningun fundamento sólido; pues nada produce más irresistiblemente el sentimiento, es decir, la conciencia, que el estado no saciado de la voluntad.

Como Bahnsen sabe perfectamente bien que toda existencia basada sobre la voluntad tiene «por correlativo inevitable una condicion desgraciada», todas sus observaciones relativas á un contenido eventual dichoso de esta existencia se refieren á casos hipotéticos, colocados fuera del dominio de la posibilidad y no alcanzan á mi aserto de que con la naturaleza dada de lo absoluto, en todo mundo posible, la existencia debe necesariamente de ser una desgracia: no digo yo «la existencia desnuda y vacía» sino la existencia llena, no importa del modo que sea. Está él en desacuerdo consigo mismo, cuando expresa la opinion de que lo absoluto en su sabiduría y potencias universales hubiera podido, si lo hubiera querido de veras, encontrar las vias y medios que hubieran evitado los tormentos de la individuacion. ¿Cómo hubiera sido posible sin individuacion una conciencia representativa que uniera un cierto contenido? ¿Cómo podria imaginarse un franqueamiento del tormento del querer, sin una conciencia representativa, y cómo sería posible un mundo de individuos conscientes, sin que éstos tuviesen su parte en la condicion desgraciada inherente á todo querer?

Reconocemos tan empíricamente lo ilógico de la existencia sobre el menor punto, porque la contradiccion interior del principio ilógico se extiende á toda la realidad entera. No obstante, la consideracion *a priori* de que toda existencia, de cualquier modo que esté ocupada, es necesariamente ilógica como manifestacion de la voluntad, nos enseña que ninguna necesidad tenemos de buscar lo ilógico empírico de la existencia, no

solamente en su forma, sino tambien en su contenido (que no tiene relacion alguna con este hecho). Bahnsen se ha comprometido á probar que las cosas existentes tienen aún algo de ilógico en su contenido, fuera de la sinrazon de la existencia tomada en sí misma que yo admito igualmente; pero esta prueba nos la debe todavía. No podrá, pues, admirarse si permanezco hasta el momento en que la presente, adherido á mi distincion que él ha criticado, y segun la cual el contenido (*das Wass*) del mundo es perfecto, y su existencia (*dass*) no debia de producirse.

Pero entónces *el fin* no puede ya ser un fin primitivo (puesto que tenderia siempre al restablecimiento de un cierto contenido del mundo); es menester, por el contrario, que sea negativo y que se dirija hácia la negacion de la existencia misma. Que tal objeto no tiene valor si se toma por medida la dicha positiva, que no conduce á nada si se toma por medida la finalidad positiva, son observaciones tautológicas que nada nos enseñan, pero que están igualmente muy léjos de demostrar nada contra la finalidad de este objeto en el sentido negativo ó aún en favor del carácter *realdialektik* (antilógico) de un objeto final puramente negativo. Si un objeto positivo se hace imposible por las hipótesis dadas de todos los mundos posibles, es decir, por la naturaleza de lo absoluto, un objeto negativo en este caso tiene un valor negativo muy grande (áun cuando no es positivo). En efecto, más vale estar libertado del mal, que estar siempre por él postrado. En la metafísica de la voluntad de Bahnsen, no puede tratarse de un objeto positivo, como tampoco en la mia; pero la admision de un objeto negativo depende en último resultado, como el mismo Bahnsen lo confiesa, de la cuestion de saber si en la metafísica de la voluntad se coloca uno en el punto de vista monista ó pluralista.

Ademas de esta razon determinante principal, existen tambien dos motivos accesorios que reclaman un corto exámen, porque son igualmente un obstáculo á que Bahnsen admita el desarrollo en mi sentido (con un objeto final negativo). El primero es su disposicion pesimista, que le hace de tal manera apasionado, por lo que hay de desesperado en su punto de vista, que se siente molesto en su tristeza absoluta cuando se

le presenta una perspectiva de consuelo. El segundo motivo es su creencia en lo infinito real del tiempo, que hace imposible todo término del proceso en el porvenir, al mismo tiempo que le quita en el pasado el carácter de desarrollo, por la consideración justísima de que todos los objetos posibles del desarrollo han debido ser alcanzados hace mucho tiempo ya en un pasado indefinido. Pretende Bahnsen haber demostrado lo infinito del tiempo como una consecuencia de mis premisas, por el solo hecho de designarlo como «el hijo de padres eternos.» (Voluntad é Idea.) Empero olvida que este hijo de padres eternos puede solamente ser engendrado y dado á luz porque ellos salen de su reposo, así como de su inmovilidad eterna, y se hacen actuales, lo cual produce precisamente el comienzo del tiempo. El proceso no puede ser un desarrollo sino porque tiene un principio y un fin, es decir, porque el tiempo tiene principio y fin (lo cual no excluye una repetición del proceso fundada en la base de la eternidad); pero el tiempo solamente puede ser pensado como finito, supuesto que se le piensa como forma real de la existencia, lo que he demostrado en mi artículo sobre las doctrinas de Frauenstaedt.

E. VON HARTMANN.

(*Revue Philosophique.*)





LA ESCUELA PRIMITIVA DE PINTURA DE FLANDES

En el Museo del Prado del régio Madrid, mundo de ilusion hermoso, hay una joya de la Escuela primitiva Flandes, denominada la *Fuente del agua viva*, ó *el triunfo de la Religion del Crucificado*, ó las aguas del Líbano. Es la misma tabla que D. Antonio Ponz (*Viaje de España*, Madrid, 1785, tom. IX, página 145) vió en una capilla de Valencia, y que desde el convento del Parral de Segovia fué trasladada al Museo del Prado. Es un cuadro peregrino, una representacion libre é ingeniosa de la poesía bíblica y mística, pues no es sólo la apotheosis del agua viva que, saliendo del trono de Dios y del Cordero, es, segun dice el Apocalipsis, lúcida cual cristal, siendo la fuente de alegrías eternas en la Jerusalem celestial, sino que en aquella tabla el agua viva es tambien un rio de juicio para los que, apartándose de ella, declinan la gracia divina y se condenan á sí propios. Ostenta el cuadro un terrado construido en el estilo gótico. En la mesa más alta vése bajo un baldaquino á Dios Padre coronado de una tiara, vistiendo un manto de púrpura, levantando la derecha y teniendo en la izquierda un cetro. Están sentados á su derecha María Santísima, á su izquierda San Juan Evangelista, y á sus piés el Cordero que lleva los pecados del mundo, encontrándose por encima de una fuente en que están nadando hostias, y que se derrama sobre la grada segunda del terrado, cubierta de verde césped. En la grada segunda están sentados algunos ángeles que hacen mú-

sica y cantan, mientras que en la grada última, á la derecha de la fuente de vida, se ven postrados de hinojos ante aquella fuente de salud á los representantes de la cristiandad, el Papa, el Cardenal, el Obispo y otros sacerdotes, el Emperador, el Rey y varios particulares. Forma contraste singular con ellos el grupo que se encuentra á la izquierda de la fuente viva, los representantes del judaismo ofuscado y aniquilado, el sumo sacerdote cuyo báculo se rompía, el profeta y una turba de judíos que están desgarrando sus vestidos en señal de desesperacion.

Este cuadro se debe indudablemente á la Escuela primitiva de Flandes; pero aún hoy están litigando los hombres inteligentes si ha de atribuirse al profundo *Huberto van Eyck*, como decia el Sr. Passavant, ó á su hermano *Juan van Eyck*, segun dijeron los Sres. Crowe y Cavalcasette, y como acaba de demostrarlo el Sr. Eisenmann, diciendo que las cabezas de los hombres, postradas ante el Cordero, están individualizadas como en los cuadros de Juan van Eyck, y que el de la figura humilde que está de pié, retraido en el rincon izquierdo de la tabla, tiene la fisonomía del mismo Juan. Además, dice el Sr. Eisenmann que un hombre de la talla de Huberto van Eyck, genio fecundo é inventor feliz, no se hubiera copiado á sí propio; pues la tabla de Madrid es sólo la representacion de una idea análoga que ostenta el altar de la catedral de Gante (Bélgica) empezado por Huberto, es decir, una representacion que no pudo ejecutar, sino un hombre ligado tan estrictamente á Huberto como el que, siendo su discípulo, llevó á cabo sus proyectos prodigiosos, su gran herencia artística, y que concluyó eclipsando su gloria, *Juan van Eyck*.

Es el mérito de los críticos y estéticos de nuestro tiempo, haber salvado de la noche del olvido la gran personalidad de *Huberto van Eyck*, estrella fecunda del genio germano que por una injusticia del destino habia desaparecido de la memoria de sus propios paisanos. Eso seria inexplicable si no hubiese faltado un cronista que pregonase su gloria, y si no se hubiese escondido quizá durante tres siglos bajo el barniz y la mugre la inscripcion del marco del altar de Gante, que le llama artista sin segundo, y que fué descubierta en 1824 al limpiarse las tablas en Berlin, y si tantas obras firmadas por Juan no

hubiesen divulgado por el mundo el nombre de éste eclipsando el de Huberto.

La Escuela de Flandes, cuyos fundadores fueron los hermanos van Eyck, y que en el siglo actual fué el objeto de las investigaciones de Wagen, de Passavant, de Crowé y de Calcaselle, de Alfredo Michiels, de Weale y de Busscher, llama la atención por dos reformas en el mundo del arte; en primer lugar por su progreso técnico que consistía en emplear de un modo consecuente la pintura al óleo, y en segundo por haberse dedicado con toda su alma y con una alegría juvenil al estudio de la naturaleza á que deben una sin par frescura y verdad. A los hermanos van Eyck los enamoraban las fuentes, las auras, las flores; la mano de la naturaleza les abrió el tesoro de sus inmensos bienes, les ofreció sus dones tan ricos, raros y valiosos, les mostró el encanto todo del paisaje con sus altísimas sierras, con sus grutas de riscos, con sus fértiles y alegres campos, con la rizada alfombra del césped, con sus bosques sombríos, con sus altísimas y lánguidas palmeras, «príncipes de los vegetales,» con los cedros altivos del Líbano, «árboles por Dios plantados, cuya sublime diadema sirve de corona al rey de las centellas,» con su encendido sol, con su cielo azul purísimo y hermoso; y los dos hermanos, deleitándose con la belleza, el esplendor y la armonía de su propio color y bebiendo quier en la naturaleza en raudales inmensos de poesía, querían pintar todas las lozanas hojas de los árboles, todas las caprichosas flores del campo y hasta todas las gotas de feraz rocío que cual perlas brillan en la hierba suave y olorosa fecundando los tiernos cálices.

Los primeros que entusiasmados por la Escuela de pintura de Flandes, escribieron acerca de ella, fueron escritores italianos: Ciriaco de Ancona que describió un cuadro flamenco que vió en 1449 en la córte de Ferrara, y Bartolomé Fácio que en 1456 escribió biografías de Juan van Eyck y de Rogel van der Weyden. En 1550 publicó el ilustre Vasari su gran obra en que llamaba inventor de la pintura al óleo á Juan van Eyck, á quien Jean Lemaire en un poema escrito en francés desde 1508 á 1511 habia apellidado el rey de los pintores. Y en 1567 salió en Amberes una descripción de los Países-Bajos

debida también á un italiano, el Sr. Luis Guicciardini, mientras el pintor neerlandés Lucas de Heere escribió en verso biografías de pintores célebres que desgraciadamente se extraviaron. Pero el padre de la historia de la pintura de Flandes es el discípulo de Lucas de Heere, Carlos van Mander que publicó su notable *Libro de los pintores* en Harlem en 1603 y 1604.

El primero que menciona á Huberto van Eyck como el que empezaba á pintar el altar de Gante, fué Marcos van Vaerneuyck que publicó en 1568 su *Espejo de la Antigüedad neerlandesa*, redactado ya en 1566. Así Guicciardini como Vasari en la segunda edición de su obra, que salió en 1568, mencionan también á Huberto, pero más como hermano y compañero del ilustre Juan van Eyck que como maestro de gran valer, mientras el concienzudo escritor holandés Pedro Opmeer en su *Obra cronográfica* que salió á luz en 1611, llamaba á Huberto un pintor de primer orden y co-inventor de la pintura al óleo. Pero Lucas de Heere y van Mander, aunque supieron que Huberto era el maestro de Juan y que la tradición atribuía al primero (Huberto) la invención y el principio de la sin par tabla de Gante, es decir, lo más difícil y lo esencial en un cuadro incomparable, y aunque elogian las cualidades artísticas de Huberto, parecen vacilar todavía ante la autoridad de Vasari para aclamarle genio esclarecido, honor y orgullo de Flandes, eterna admiración de las naciones.

Casi nada se sabe acerca de la vida de Huberto van Eyck, siendo lo único que sabemos que falleció en 1426. Dice la tradición que la mano de artista que había empezado á crear el maravilloso altar de Gante, no fué enterrada con los restos mortales del maestro, sino que fué engastada en hierro y colgada en la catedral de Gante, de donde en 1540 fué trasladada al cementerio de aquella ciudad.

No extrañamos que los escritores italianos no hayan conocido á Huberto mientras el nombre de Juan sonaba en la voz poderosa de la fama; porque Huberto, que había ya muerto cuando ellos empezaron á escribir, no parece haber dejado cual herencia obras que pudieran transportarse y hacerse comerciables, siendo su única creación que ha llegado á nosotros

el altar de Gante. Pero Juan van Eyck y el que mandó á Huberto hacer aquel altar, Jodoco Vyd, rico patricio residente en Gante, honraron los méritos del finado, amparándolos del olvido en aquellos hexámetros latinos que dicen:

«*Pictor Hubertus e Eyck, major que nemo repertus,
Incepit, pondusque Johannes, arte secundus,
Frater perfecit, Judocy Vyd prece fretus.*»

(Es decir: el pintor Huberto van Eyck, á quien nadie aventajaba, empezó, y su hermano Juan, el segundo en el arte, concluyó la obra por encargo de Jodoco Vyd.)

Así como habla en pró de Huberto aquella inscripcion, elevándole desde la posicion humilde que le atribuyeron los Guicciardini, Vasari y van Mander, á una altura grande como el primer artista, lo enaltece tambien su obra misma, aquella sin par creacion que ha de abrirle, como al inventor genial y soberano pintor, las puertas de la *Walhalla* que hasta hoy no se abrieron sino para su hermano Juan, el continuador y heredero feliz de su concepcion peregrina.

La composicion cuya grandeza imponente ha de adunar para siempre los nombres de los dos hermanos, el famoso altar de la catedral de Gante, la obra que reúne la belleza arquitectónica, la severidad simétrica de la Edad Media á la copia de vida á que aspira el arte nuevo, se componia de 13 tablas, de las cuales las cuatro medias se encuentran todavía en la catedral de Gante llamada hoy la iglesia de San Bavo), mientras que dos de aquellas tablas adornan el Museo de Bruselas y seis el de Berlin. Una tabla se perdió. El gran cuadro que nos ocupa representa la *Adoracion del Cordero*, aquella vision de que habla el Apocalipsis (cap. VII, vers. 9), y es como una sinfonía compuesta de la orquesta y de los coros de los serafines y de las huestes de la humanidad, que sedienta de salud celebra su conciliacion con Dios por el sacrificio del inocente Cordero. El maestro pintó con milagroso ingenio la vision apocalíptica, representando arriba las maravillas, los tesoros sin fin del Em-píreo Santo, la luz de la celeste altura y abajo el Cordero y la prole de Adan, las turbas inmensas de los pueblos. Arriba en la radiante esfera se ve la figura de tamaño natural de Dios Padre lleno de inefable dignidad tranquila y de vigor, coronado

de la triple tiara en señal de la Santa Trinidad, vistiendo un manto rojo sostenido sobre el pecho por un broche riquísimo, teniendo en la izquierda el cetro de cristal y levantando la derecha como para bendecir; detrás de él se destaca un tapiz verde adornado con el nombre de Jesús y con un pelícano hiriéndose el pecho para sustentar sus hijuelos como símbolo del Redentor del mundo. A la izquierda del que con su mirar los orbes estremece, se encuentra la aurora del ancho firmamento, la cándida flor en cuyo aliento ventura inmensa mora, la luz que recrea los ojos de Jehová, la palma de Nazareth, la Reina coronada del cielo, la de la faz tan noble como suave, vistiendo un manto azul y teniendo en la mano un libro abierto, y á la derecha del Sér Omnipotente vése á San Juan Bautista que, reuniendo la fuerza varonil á la humildad, brilla así como María Santísima en esplendor celestial y que, teniendo sobre sus rodillas un libro y levantando la derecha, parece pronunciar un sermón. Estas tres figuras que con gran tono hablan al alma, llevan el sello resplandeciente de Huberto y son debidas sin duda á su mágico pincel. Ofuscados los ojos por belleza tanta, por el augusto semblante de Dios, por los resplandores de tantas pedrerías en las vestiduras, por el fondo de oro adornado con inscripciones colocadas en forma semicircular en honor del Todopoderoso y de la bondad inmensa del Sér Eterno, se vuelven hácia las figuras juveniles de los ángeles que ostentan un realismo casi exagerado, apiñándose los unos junto á la Virgen de gracia llena cerca de un púlpito y solfeando con brío tanto, que segun la gráfica expresion del Sr. Van Mander se cree reconocer la voz que pertenece á cada cual. Otros ángeles, entre los cuales aparece Santa Cecilia tocando el órgano, están junto á San Juan Bautista. Siguen en una extremidad de la tabla el vigoroso Adán, en la otra Eva levantando el pomo fatal. Las figuras de los padres del género humano llaman la atención por ser el primer ejemplo de la representación de lo desnudo segun la naturaleza.

La ejecución de la série de cuadros que se hallan bajo el que acabamos de bosquejar, pertenecerá á Juan van Eyck. Ya estamos en la tierra, en un paisaje alegre, donde las pintadas flores reverberan cual diamantes, donde los frondosos bosques

alternan con amenos campos, donde los naranjos tienden sus verdes ramos, «de azahar vestido el dulce fruto de color de oro,» donde se elevan cipreses y palmas gentiles, limitando el horizonte colinas suaves y rocas escarpadas coronadas de ciudades y de torres, de castillos y de iglesias. Elevando nuestra admiracion de una en otra figura del cuadro prodigioso, miramos en el medio al Cordero, de pié, sobre un altar, derramando su sangre en una copa de oro, mientras por encima de él é inmediatamente bajo el trono del Altísimo, la paloma del Espíritu Santo rodeada de una guirnalda de nubes, derrama sus rayos. En primer término, está la fuente de agua viva, y en torno de cada lado del altar, se arrodillan siete ángeles, los unos llevando instrumentos de martirio, los otros haciendo subir por el aire el humo del incienso. En el término medio se presentan, de un lado del altar, los mártires, vistiendo trages eclesiásticos y con ramos de palmas, y del otro lado, los mártires, llevando tambien aquel símbolo de la pureza. Más abajo, de ámbos lados de la fuente viva, se ven las Naciones, á la derecha los Apóstoles, los Papas, los Obispos, los monjes y los clérigos, á la izquierda, los seglares, los hombres de ciencia, arrodillándose los que figuran en la primera fila.

Ambos grupos se continúan en cuatro tablas laterales, siguiendo á los sacerdotes las figuras características de los santos ermitaños, ancianos venerables, entre los cuales reconocemos á San Antonio, y que viniendo de un valle de rocas, tienen por compañeras á María Magdalena y á María la de Egipto; siguen los peregrinos, yendo á su frente el robusto San Cristóbal. A los seglares los siguen, en un paisaje hermosísimo, los nobles caballeros de Cristo, ostentando el esplendor de sus armaduras, pareciéndose los tres primeros á San Sebastian, San Jorge y San Miguel; siguen los jueces justos, que visten una toga pacífica, presentándose entre ellos, segun dice una antigua tradicion, los dos pintores. Huberto, ya viejo, vistiendo un traje magnífico y montado en un caballo blanco, y su hermano Juan, pareciendo un jóven de 35 años y de rostro fino y simpático.

En el reverso de las tablas que adornan los coros de los querubes y las figuras de Adan y de Eva, se ve la Anuncia-

cion de Nuestra Señora. Los lados exteriores de las bajas alas laterales, los ocupan las figuras de San Juan Bautista y de San Juan Evangelista y de los donadores del altar, el bondadoso anciano Jodoco Vyd y su dulce orgullo, su mujer, noble cuanto ingeniosa, ostentando estos dos últimos una, hasta entonces desconocida, perfeccion y verdad de la naturaleza.

Despues de bosquejado aquel cuadro grandioso,, que ya en los tiempos del Sr. Van Mander despertó la admiracion universal, me toca mencionar lo poco que se sabe acerca de *Juan van Eyck*. Este nació, lo mismo que Huberto, en la ciudad de Masseyick, sobre el Mosa, y estuvo desde 1422 á 1424 al servicio del inquieto príncipe Juan de Baviera, quien. despues de haber resignado su obispado de Lieja, fué duque de Luxemburgo y de Holanda. En 1425 entró Juan van Eyck cual pintor de la córte al servicio del duque Felipe de Borgoña, que le colmó de distinciones y le encargó en 1428 que pintase en Portugal á la princesa Isabel, novia del mismo duque. En 1432 llevó á cabo el altar de Gante, y poco despues fijó su residencia en Brujas, donde compró una casa y recibió la visita del alcalde y de los senadores, y donde murió el 9 de Julio de 1440.

La estirpe de los Eyck, parece haber sido toda una familia de artistas, rivalizando en el arte de la pintura con sus hermanos Huberto y Juan, *Margarita van Eyck*, pero no se conoce ninguna obra que proclame su gloria.

Para definir la diferencia entre los dos hermanos Huberto y Juan, diremos que el primero, pintor de las ideas místicas, vivió en la esfera ideal, viendo con los ojos del alma las figuras sobrehumanas que sólo comprende la fantasía del creyente, mientras que el segundo que llevaba por divisa *Als ikh kan*, es decir, *cuando puedo*, se gozaba de los ricos colores y formas del mundo visible, perpetuando con el mismo entusiasmo, con el mismo amor profundo una hoja que un árbol entero, un candelero como el rayo del sol, el color del vestido como la carnacion de las mejillas, las pestañas como el fuego de los ojos.

Las obras originales de Juan van Eyck en que las figuras santas se hallan trasladadas á la llana realidad terrestre, sí, pero formando el centro y el alma de una naturaleza hermosísima,

no están á la altura del altar de Gante; pero en cambio tienen el carácter de no sé qué piedad serena, para la cual la naturaleza toda es una revelacion y un reflejo de la Divinidad y la imágen de su belleza. Entre aquellas obras hechas en dimensiones pequeñas, mencionamos una Vírgen en el Museo del Louvre, un altar en la Academia de Brujas, una Vírgen y una Santa Bárbara en el Museo de Amberes, un precioso tríptico en la galería de Dresde, que dicen haber sido oratorio del emperador Cárlos V, la llamada Vírgen de Lucca en el Instituto de Stadel de Francfort, un Cristo en el Museo de Berlin, y el retrato de Juan Arnolfini y de su mujer, que se admira en la Galería Nacional de Lóndres (núm. 186 del Catálogo), y que fué tenido en estimacion tan grande, que la gobernadora de los Países-Bajos, la reina María de Hungría, dió á un barbero en cambio de aquel cuadro un empleo con una renta de 100 florines.

La crítica moderna acepta de buena gana á Juan, cuyas pinturas tienen una sin par perfeccion en la ejecucion, cual reformador del arte por haber empleado constantemente la pintura al óleo, y como tal lo acredita la fama de los siglos; pero se inclina á creer que en aquel progreso, que salió á los ojos de todos, gracias á la maestría con que se presentaba, tomó parte tambien el profundo Huberto, y que aquella novedad la meditaron y emplearon los dos hermanos juntos.

Los sucesores más renombrados de éstos fueron el neerlandés Pedro Cristo, de quien el templo de las Bellas Artes, el Museo del Prado de Madrid, guarda la Anunciacion y la Visitacion de Nuestra Señora, el Nacimiento del Niño Dios y la Adoracion de los Reyes, cuatro cuadros reunidos en una sola tabla; el neerlandés Hugo van Goes, y sobre todo, *Rogel van der Weyden*, el pintor popular del sentimiento enérgico y de lo trágico y doloroso que, formando una escuela ejerció una influencia grandísima, no sólo en los Países-Bajos sobre los Dievick Bouts y Quentin Massys, sino tambien sobre los pintores de Colonia, y ademas sobre Martin Schongauer y Wolegemut, y hasta sobre los pintores de Italia y de Francia.

Como cabeza de la segunda generacion de los sucesores de los hermanos van Eyck, tendremos á *Hans Memling*, cuyas

creaciones tienen cual tono fundamental un rasgo lírico, delicado, y como si dijéramos mujeril, y llamaremos el último gran pintor de aquella escuela á Gerardo David, cuyo blando pincel pintaba la melancolía tranquila y suave, y que parece haber sido discípulo de Hans Memling.

JUAN FASTENRATH.



LA LUCHA.

A MIS AMIGOS Y CONSOCIOS

DEL

ATENEO DE MADRID.

Parlez donc á haute voix, hommes du
Midi!—L'occasion est faite pour vous!

EDGARD QUINET.

¡Ea! soldados del pensamiento,
Prontas las armas, á combatir;
Ganad, luchando con ardimiento,
La gran batalla del porvenir.

Viejos doctores, jóvenes sábios,
Que de la ciencia con el caudal,
Verteis, cual fuego, de vuestros labios
De la elocuencia vivo raudal:

Luchad audaces; la sacra ciencia
Librad del yugo del negro error;
Romped las trabas de la conciencia
Con nuestro grito libertador.

Venced al mónstruo del fanatismo
Que aún envilece la humanidad;
Sustente, firme, vuestro heroísmo
Los altos fueros de la verdad.

Que vuestro labio tan sólo se abra
Movido al choque del corazón;
Nada es más grande que la palabra
Cuando es el verbo de la razón.

Vosotros, raza de pensadores,
Genios del hondo filosofar,
Que los principios generadores
De nuestra esencia quereis hallar:

Buscad la clave de los secretos
En la conciencia del propio ser;
No de los dogmas en los decretos,
Ni en el confuso viejo saber.

No forjeis entes imaginarios,
Sin carne, forma, ni realidad;
No adoreis, torpes, cual visionarios,
Cósmica y vaga divinidad.

Buscad tan sólo la pura ciencia
Que huye la sombra de la abstracción,
Y acoge sólo de la experiencia
La palpitante viva lección.

Vosotros, frios, sábios doctores
Que entre los ayes del hospital,
Buscáis la esencia de los dolores
Y los remedios de nuestro mal;

Que en el doliente, cuando agoniza,
Veis la espantosa ley del morir,
Y del cadáver en la ceniza,
Buscáis las leyes del existir:

Decid qué soplo nos da el aliento,
Qué viva lumbre nos da calor,
Qué luz la llama del pensamiento,
Qué voz el grito de nuestro amor.

Vosotros, hombres que de la historia
Los viejos fóllos sólo estudiáis,
Y meditando pasada gloria
Gloria presente sólo anheláis

Dejad los tiempos que ya pasaron,
Cuyas grandezas no han de volver;
Dad la enseñanza que nos legaron
A los futuros que han de nacer.

Fundad la ciencia que del derecho
Nos asegure la integridad,
Contra el sofisma que sobre el hecho
Funda insolente la autoridad.

Pedid que libre la ciencia sea,
Y bajo el templo libre la fe,
Libre el escrito, libre la idea,
Sin que preceptos nadie les dé.

Vosotros, vates, en cuya lira
Vibra pujante la inspiracion,
Y en cuyos cantos la fe se mira
De la naciente generacion:

Alzad las frentes esplendorosas,
Mirad las glorias que en torno están,
Cantad las grandes futuras cosas
Que vuestros himnos evocarán.

De lo pasado dejad la ruina,
Tumba callada del muerto ayer;
La edad futura que se avecina
Su apocalipsis os haga ver.

Dejad las trovas y dulces quejas
Que enervan sólo sin consolar;
De los abuelos historias viejas
Ya no merecen vuestro cantar.

Las epopeyas de lo presente,
De nuestra ciencia los triunfos mil,
Den á la estrofa viva y potente
Noble grandeza, tono viril.

Cuando el futuro cantais, poetas,
Vuela más alta la inspiracion;
Sois hierofantes, sois los profetas
De misteriosa revelacion.

¡Ea! soldados del pensamiento,
Volemos todos á combatir,
Descanso y tregua no haya un momento,
Nuestra bandera no hay que abatir.

La antigua espada miradla rota,
Ya las conquistas tuyas no son;
Ni cubre el casco, ni dura cota
La altiva frente, ni el corazon.

Hoy la palabra, la noble pluma
Son nuestras armas para vencer,
Y hasta los cetros hoy son, en suma,
Meros esclavos de su poder.

Juntos vencamos al enemigo
Que nuestro lema juzga impiedad,
La servidumbre lleva consigo
Y llama crimen la libertad.

Guerra á las iras del sacerdote
Que en nuestra sangre mancha su cruz,
Guerra al tirano que es nuestro azote,
Muera la sombra, brille la luz.

Guerra á la casta vil y proterva
Que al mundo inmóvil quiere dejar,
Y en los placeres sólo se enerva
Sin fe ni aliento para luchar.

Mas ¡ah! si el triunfo lograr queremos,
Si ha de ser grande nuestra mision,
Los corazones purifiquemos
Y combatamos con decision.

Si apeteceamos gloriosa palma,
Con el esfuerzo más varonil
Emancipemos ántes el alma,
De todo yugo bajo y servil.

Que nada empañe nuestra grandeza,
Que nada entibie nuestro valor;
Que en las victorias haya nobleza
Y en las derrotas triunfe el honor.

Que nadie pierda la confianza,
Que la batalla vigor nos dé,
Que combatamos con la esperanza
Si á nuestros pechos falta la fe.

Nuestra es la ciencia, la luz, el genio,
Los entusiasmos, la juventud;
Unir sepamos al vivo ingenio
Los esplendores de la virtud.

No las virtudes del solitario
Que, envuelto en pardo tosco sayal,
Es casi un muerto que en el sudario
Mata el pecado torpe y carnal;

La virtud fuerte del que combate
Los apetitos, la tentacion,
Luchando en medio del rudo embate
De los placeres y la pasion.

No nos consuma la sed del oro,
La dicha humana no viene de él;
Sea un aplauso nuestro tesoro,
Nuestra corona verde laurel.

Ea, titanes, subid al cielo,
Unid el Osa y el Pelion;
Que los olimpos vengan al suelo
Con nuestro grito de rebelion.

Jóvenes somos, pero mañana
Todo el imperio nuestro será,
Y á nuestra altiva voz soberana
La voz del mundo responderá.

El ronco trueno va tras el rayo,
Y al pensamiento sigue la voz:
¡Voz, lira, pluma!... no haya desmayo
Para el combate rudo y feroz.

Con la palabra, con el escrito,
Con las estrofas, con el pincel,
Grabad el verbo, lanzad el grito,
Que la victoria vendrá tras él.

Caros amigos: humilde vate,
Yo con vosotros quiero luchar,
Y entre los gritos de ese combate
Tambien mi canto quiero mezclar.

¡Ea, soldados del pensamiento,
Prontas las armas, á combatir,
Ganad, luchando con ardimiento,
La gran batalla del porvenir!

JOSÉ ALCALÁ GALIANO.



NOCION DEL DERECHO

SEGUN

LA FILOSOFÍA POSITIVA

En este artículo que forma parte de la série que publica la REVISTA CONTEMPORÁNEA con el epígrafe de *La teoría de la evolucion aplicada á la historia*, me propongo corregir una falsa idea, una apreciacion que no corresponde á la naturaleza del objeto apreciado, un error extendido en las masas y en los cuerpos colegisladores, desde el mercado hasta la Academia, que empieza á divulgarse en la Universidad y termina en el Supremo Tribunal.

De la diversa manera como se conceptúa el derecho puede surgir su diversa aplicacion; de la diversa aplicacion dada al derecho puede surgir una evolucion, un cambio en la manera de ser de las sociedades modernas. La filosofía positiva ejerce su influencia decisiva cambiando el concepto del derecho, corrigiendo al espíritu humano; esta es una de sus glorias y esta es su mision.

Augusto Comte cuando formulaba la ley fundamental á que parece estar sujeto el espíritu humano, esta ley de que cada concepto, cada rama de nuestros conocimientos pasa de un modo sucesivo por tres estados teóricos distintos: el estado teológico ó ficticio, el estado metafísico ó abstracto y el estado científico ó positivo, parece que tuvo presente la idea del Derecho. Ninguna idea ofrece en su desarrollo tan apreciables cambios, tan distintos los grados, tan marcadas y fijas las etapas de su curso evolutivo. En la Edad Antigua, en la Edad

Media hubo escuelas que distinguieron el derecho y no le confundieron con el dogma ni con la abstracción metafísica; pero entónces como ahora, muchas son las inteligencias que conciben al derecho como una emanación suprema de un legislador universal, otras como un principio inquebrantable impuesto á la humana inteligencia de modo que no pueda desprenderse de él, y esta opinión es la que la ciencia positiva enmienda y corrige con sus luces y sus conocimientos.

Los pueblos modernos han aprendido, y no parecen en camino de olvidarlo, que no es la ley la voluntad suprema del que legisla; pero gran parte de los pueblos antiguos no lo entendían así: obedecían la ley, porque en ella veían no sólo el castigo por su infracción, sino la voluntad del supremo imperante rodeado del prestigio que le daba su divino origen. Esta idea fué generalizándose y extendiéndose. Salió fuera del orden social y se llegó á creer, merced al influjo de los sacerdotes de todas las religiones, que la naturaleza entera se regia por leyes; que los organismos debían su crecimiento á una ley que tenían trazada de antemano, que los cuerpos suspendidos en el aire caían también merced á una ley á que obedecían ciegamente, y por fin, que todos los seres de la creación tenían orden expresa de acatar al hombre, el cual debía sujetarse á la ley eterna del trabajo, de las enfermedades y de la muerte. Cada ser tenía su destino especial. La planta que nace cerca del arroyo tiene su destino, y la naturaleza por ello le prodiga el alimento, y el arroyo tiene señalado su término en el mar. El árbol está destinado á dar el fruto, el pez tiene señalados sus límites en el agua, las aves en el aire, los brutos en la tierra; empero estos seres que no están dotados de inteligencia obedecen ciegamente las leyes que un Supremo Legislador impone. El hombre sabe perfectamente las leyes divinas, y por lo mismo está mayormente obligado á cumplirlas.

Cuando el sacerdote egipcio observó el flujo y reflujo del Nilo en período igual y en época favorable al cultivo, no tardó en aperebirse que era ley dictada al río para que sembrara en la tierra de Osiris la fertilidad; y el sacerdote de Belo, que en la última meseta de su templo contemplaba las estrellas en un cielo purísimo, y podía comparar su curso, llegó á formular la

línea trazada en su camino; y el vulgo, millares de años después, creyó que un Supremo Ordenador había trazado aquellas líneas, había señalado las órbitas.

Hoy nos encontramos en el mismo caso. Personas versadas en ciencias sociales, que ocupan un distinguido lugar en la república de las letras (¿qué no sucederá al vulgo?), están íntimamente persuadidas de que el órgano ha sido creado para realizar la función, y que la naturaleza ha dotado á los seres de diversas aptitudes para alcanzar señalados fines.

Los que así piensan son los que al oír la palabra ley mecánica, ley física, ley biológica, esperan encontrar en la ciencia una copia fragmentaria de un tratado de legislación universal dictado por el Sér Supremo á todos los seres.

Prescindiendo de la influencia que en las creencias pueda ejercer el desvanecimiento de este error, debo advertir, y conste, que cuando los científicos emplean esta palabra no la emplean en este sentido.

Herbert Spencer, en un artículo publicado en la *Revue Scientifique*, ha precisado la acepción de la frase de un modo, á mi entender, evidente. «Reconocer las leyes, dice, es reconocer la uniformidad de las relaciones entre los fenómenos; de ahí se sigue que el orden bajo el cual se relacionan las diversas agrupaciones de los fenómenos á las leyes depende de la frecuencia con que se perciben distintamente las relaciones uniformes que se manifiestan por separado. En cualquier punto y en cualquier grado de conocimiento de estas relaciones uniformes, los fenómenos mejor conocidos y apreciados son aquellos que han llamado la atención primero y que han sorprendido de una manera eficaz. La constancia y la regularidad que supondremos en los fenómenos sucesivos estará en proporción, en parte, con el número de veces que una relación se presenta, no sólo á los sentidos, sino también á la conciencia, y en parte con la intensidad de la impresión causada en nuestro ánimo por los dos términos de la relación.»

En el orden físico, decir ley, es decir relación de uniformidad de los fenómenos. Mezclo, por ejemplo, el nitrógeno con el oxígeno é hidrógeno en las debidas proporciones y circunstancias, me da por resultado el ácido nítrico; repito esta ope-

ración una, diez, doscientas veces, y siempre obtengo el mismo resultado. Hallo que la densidad del nitrógeno es de 0'97200 y que se disuelve en un volúmen de 62'5 de agua; sé que Dumas y Boussingault han obtenido idénticos resultados que los que obtengo y formulo una ley para casos análogos, y atribuyo al cuerpo la facultad de combinarse, la densidad y cualidades indicadas.

Otro ejemplo. Observo que en los puentes colgantes los alambres de hierro suelen ser quebradizos, que las vigas de hierro colado sufren igual suerte, que las planchas de hierro muchas veces se rompen de un martillazo si se emplean en calderas de vapor; analizando bien estos fenómenos echo de ver que diferentes metales, aún en estado sólido, propenden á cristalizar, resultando de ahí que, al sufrir esta modificación, ofrecen ménos resistencia á la rotura.

Haller observa, por ejemplo, que algunos miembros del cuerpo humano, atacados de parálisis, aparecen más fríos que los miembros sanos, y Gale observa que un brazo humano está más frío en estado de parálisis que un brazo sano; empero logra aumentar la temperatura con el galvanismo. Brodie y Chossat cortaron la médula espinal y separaron el encéfalo de algunos animales y mantuvieron artificialmente la respiración, y observaron una baja notable en la temperatura, y dedujeron de sus experiencias y de otras anteriores, la ley de que la calorificación es influida por el sistema nervioso y las experiencias posteriores, especialmente las del gran fisiólogo francés, Claude Bernard, explicaron mejor esta relación entre los diferentes casos (á los que se denomina ley) y dieron á entender el mecanismo, por el cual este calor se engendraba ó producía.

Ahora bien, la filosofía positiva, al decir ley, entiende la palabra en este sentido sinónimo de relación y prescinde completamente de si en la naturaleza estas relaciones que el hombre observa corresponden á leyes preestablecidas y formuladas por la naturaleza ó por un sér absoluto.

En el órden moral la palabra ley puede tomarse en dos acepciones distintas. En el sentido de ley sociológica ó relación de semejanza entre dos fenómenos sociológicos y en el sentido de fórmula del derecho.

Veamos ante todo qué es el derecho y qué formas generales ha tomado la idea de derecho en los diversos períodos humanos.

I.

La noción del derecho paréceme que puedo expresarla en las palabras siguientes: conjunto de principios que regulan ó deben regular las relaciones humanas. Segun quien dicte estos principios, el espíritu que en ellos predomine, así será el derecho, el cual puede ser vario y múltiple; pero lo que podríamos llamar el alma del derecho, el ideal del derecho, la noción de la justicia, tambien se desenvuelve y se evoluciona, y á medida que se evoluciona y se desenvuelve se depura.

La concepcion teológica se halla manifiesta en las doctrinas de los teólogos cristianos. Los grandes filósofos de la antigüedad la sostenian, excepcion hecha de los empíricos y de otras escuelas desconocidas en gran parte y mal conocidas todas ellas. Pero si los grandes filósofos espiritualistas tenian una concepcion teológica del derecho, de la justicia, no la habian definido de una manera tan pronunciada, no acentuaron el elemento supernatural, no extremaron la noción superior de la justicia como lo hicieron los grandes adalides de la escuela teológica. Yo bien sé que es noción teológica muy pronunciada la concepcion que de la justicia pudo tener el pueblo hebreo; empero para juzgar con acierto, para poder estudiar la noción que de ella tenian no sólo el pueblo de Israel sino el pueblo judío, el pueblo egipcio, el franiano, el asirio, sé que ha de recurrir á las leyendas, á los poemas religiosos, á los libros sagrados, y me abstengo de ello para formular concretamente la idea de justicia que aquellos pueblos pudieran formarse, porque la diversidad de apreciaciones é interpretaciones á que se prestan me lo impide. Con respecto al fundamento que ofrecen y á la falta de homogeneidad en las deducciones á que se prestan, pudiera decirse lo que Scaligero sobre la Biblia:

*Hic libæ est in quo quærit sua dogmata quisque
Invenit ac pariter quoque dogmata quisque sua.*

La faz teológica del derecho se encuentra principalmente en

los escritos de los Padres de la Iglesia; se encuentra en Lactancio, que define la noción de la justicia como un culto piadoso del Dios único; en San Ambrosio, en cuya concepción predomina la idea de Comunidad regida por el amor que tiene su origen en Dios y se extiende por todo el género humano; en Santo Tomás, cuya teoría descansa en la idea de ley cuádruple, *eterna*, cuando es del gobierno divino y general del mundo; *natural*, que en algo participa de la eterna y se aplica á todos los seres finitos dotados de razón; *humana*, que se refiere á las condiciones particulares de los hombres, y en fin, ley *divina* que consiste en el orden de salvación que Dios ha establecido en su providencia especial para el género humano.

Pero la historia de la teología cristiana es la historia del pensamiento humano haciendo gigantescos esfuerzos para levantar un edificio de abstracción en el inmenso campo de las creencias; es la empresa formidable que realizan los más preclaros espíritus de algunos siglos para hacer compatibles sistemas varios nacidos en Oriente, ceremonias extrañas que nacen en la Fenicia, principios que definieron Sócrates y Platon, la comunidad de los Esenios y Terapeutas con el aislamiento de los Ascetas; el dogma egipcio con la razón griega. La historia de la teología cristiana se encuentra más complicada que otras teologías porque entran más fenómenos en su formación; y en historia, como en biología, los fenómenos se complican á medida que se evolucionan; así sucede en las instituciones como en los organismos. La filosofía cristiana no podía sostener el peso de tan colosal concepción, un Dios de justicia y un Dios de bondad, y hubo de pedir el auxilio de la teología, tuvo necesidad del dogma, hubo de recurrir á la fe, y en cada caso se necesitaba una explicación, y á cada punto una declaración dogmática, y á cada instante la Iglesia debía mostrar allí donde alcanza la justicia, allí donde empieza el amor divino. El problema de la Justicia y de la Gracia se ha planteado de varias maneras, se ha discutido mil veces y vuelto á discutir otras tantas; pero siempre ha sucedido lo que forzosamente debía de suceder, siempre han presentado los teólogos á la justicia como una emanación divina y la gracia un don del cielo concedido al hombre por la omnipotencia absoluta; de esta ma-

nera para conocer la justicia hay que conocer á Dios. Obrar conforme á justicia es obedecer su ley; cada sér sigue el camino que Dios le tiene señalado, tiene su esfera propia segun su naturaleza y aptitudes; traspasar esta esfera ó invadir la de los demas, es cometer una injusticia, es faltar al derecho.

En nuestra época, esta doctrina sobrepuja á todas las demas. Ninguna concepcion del derecho está tan extendida. La teología aún domina en el mayor número de inteligencias, y no cesa de formular su teoría del deber moral, base de la idea jurídica. Taparelli escribe:

«Hemos considerado el acto humano en abstracto viéndolo brotar de la voluntad guiada por el sentido moral á la consecucion del bien infinito por que suspira. Hemos visto tambien el medio por donde puede conocerse naturalmente el camino que nos conduce á este término, que es rastrear en las criaturas los designios del Criador y seguirlos con actos libres de la voluntad, como los sigue la naturaleza por instinto necesario. Ahora resta que comencemos esta investigacion trazando un ligerísimo bosquejo de los principales deberes que nos sugiere el sentido moral.

«El término deber es relativo, porque no es posible que se deba alguna cosa si no hay alguna persona á quien se deba: sin acreedor no hay deudor: los deberes del hombre son, pues, relaciones del hombre; los deberes morales relaciones morales. Ahora bien; llamándose moral lo que procede de la voluntad libre é ilustrada por el entendimiento, inquirir los deberes morales significa penetrar las relaciones que median entre voluntades libres ilustradas por la luz de la inteligencia. Toda relacion tiene dos proporcionados entre sí, luego toda relacion moral tiene dos términos morales; y es tan imposible que una relacion moral enlace séres físicos y materiales, como que una cantidad lineal tenga por término dos puntos del tiempo.

«Tres órdenes de séres morales podemos naturalmente conocer, superior, exterior, interior; de aquí tres especies de relaciones morales, relaciones que nos ligan á la inteligencia infinita, á inteligencias, como la nuestra, limitadas, y á nosotros mismos.»

Esta es la base de las categorías de los deberes, segun Tapa-

relli; y esta falsa nocion del derecho y deber ha producido grandes desaciertos; pues acostumbrados á ver los decretos de la Providencia y sus soberanos designios, han creido ver la emanacion de su voluntad soberana en todos los actos, y no han concebido la ley natural sino como emanacion superior de una voluntad omnímota; y cuando la naturaleza les ha ofrecido, á los que así imaginaban el derecho, el espectáculo de una inmoralidad trascendental segun la feliz expresion de Mr. Renan (1); cuando háñse dado cuenta de la terrible lucha de la existencia, por la que la vida parece nacer del seno de la muerte; cuando la injusticia y la arbitrariedad se han enseñoreado de la tierra, han comprendido, ó que la naturaleza desobedecia las leyes supremas, ó que la nocion de la justicia se habia perdido de la memoria de los hombres.

Los griegos no cayeron en esas perplejidades; resolvieron el problema de una manera inesperada, crearon la poética ficcion de que la justicia, viendo la maldad de los hombres, abandonó la tierra y voló al cielo.

II.

Los que apoyaron el derecho en las doctrinas teológicas, cayeron indudablemente en la exageracion del principio de autoridad, como, por ejemplo, De Maistre y Bonald; los que aceptaron la nocion metafísica del derecho, caen, segun la historia enseña, en el defecto contrario acentuando el principio de la libertad individual, excepcion hecha de Hegel, que, á mi entender fué más lógico con el sistema, y consecuente con sus principios: fué á parar al absolutismo del Estado, pues elevó la voluntad del espíritu absoluto á principio de la moral y del derecho.

La concepcion del derecho de Krause, varía entre teológica y metafísica; pues si nó, ha sido infiel la interpretacion que de las doctrinas del maestro ha hecho Ahrens: «El derecho es un principio de vida que se desprende de la creacion de los seres

(1) *Diálogos y fragmentos filosóficos*.—Paris, 1876.—Dice que la naturaleza tiene una inmoralidad trascendental.

finitos dotados de razon y de libertad, y destinados á perfeccionarse en un órden social. Pero todos los órdenes y grados de la creacion están ordenados los unos en vista de los otros; y esta unidad de organizacion por leyes, á la vez distintas y armónicas, debe tener su razon en la existencia de un Sér Supremo, Dios, que fuente de toda inteligencia, no es una fuerza ó sustancia inmóvil y ciega, pero sí la inteligencia absoluta y la Providencia del mundo, que mantiene los principios eternos en la evolucion y en las aberraciones posibles de los seres finitos. Dios es la justicia absoluta, etc.» (1)

Al considerar al derecho bajo el punto de vista humano, le funda en una abstraccion metafísica; y en este sentido decimos que su concepcion es teológica-metafísica.

Todos aquellos filósofos que han considerado á la justicia como principio imperante á la naturaleza humana, anterior y superior á la misma, pero no han fijado, no han determinado dónde toma cuerpo esta justicia, dónde se encarna, de cuál Sér emana; porque de otro modo del hombre dependiera, y no le sería superior, y no tendria ascendente ni guardaria imperio sobre él, dados sus precedentes lógicos. Todas aquellas filosofías que presuponen al derecho como idea que pertenece al género de las racionales, llamadas así porque son concebidas *a priori* por la razon, que no emanan de la experiencia, y que son, por el contrario, principios de apreciacion para todos los actos y hechos de la vida real; estas filosofías atraviesan el período metafísico, y, segun la filosofía positiva, desconocen la justicia en sus atributos y en sus varias manifestaciones.

Digamos de una vez con Th. Funck-Brentano (2): «Dar á la moral el fundamento de la voluntad divina, ó la esperanza de una recompensa en el cielo, es hacerla descansar en una creencia, no en una certidumbre; se la une á la fe, y con ella se confunde. Si Dios nos ha dado el deseo del supremo bien, no nos ha dado en cambio la certidumbre de que este bien existe; la prueba está en que no la tenemos y debemos adquirirla...»

(1) Ahrens, *Curso de Derecho natural*.—Traduccion española de Hortelano y Asensi, pág. 136.

(2) *La Civilisation et ses lois*.—*Morale sociale*. Paris, 1876.

«Deducir, por otra parte, las leyes de la moral de principios absolutos existentes en la razón humana, deducir que estos principios existen en la razón porque algunos hombres de genio han ensayado dar una fórmula absoluta á los instintos nobles y desinteresados de amor al prójimo, es tomar estos instintos vagos é indeterminados por un conocimiento sólido, el deseo del bien por su definición, nuestra buena voluntad por su potencia. Si la naturaleza nos hubiera dado los principios absolutos del bien, nuestra conducta se conformaría á ellos de la misma manera que hemos construido nuestros edificios, según las leyes de la gravedad ántes de conocerlas.»

III.

La escuela histórica es de todas la más acertada bajo el punto de vista en que nos colocamos. Algun partidario de la escuela filosófica ha reconocido que la idea del derecho no es una noción abstracta, pero sí un principio de vida que se desarrolla bajo la influencia del carácter y de toda la cultura de un pueblo; pero teniendo buen cuidado de añadir que el estudio de la historia presupone el conocimiento de la idea del derecho que por sí misma no puede sacarse de la experiencia, y esto es lo que no probarán jamás los psicólogos si prescinden de la Evolucion histórica.

Montesquieu en su *Espíritu de las leyes* considera las instituciones civiles y políticas de los pueblos en sus relaciones con todos los demás elementos de cultura, con la religion, la moral, la educación, la industria, el comercio, y sobre todo, con el medio físico en cuyo seno se desenvuelve la nación. El pensamiento fundamental que inspira toda la obra está expresado en la definición de las leyes *como las relaciones necesarias que derivan de las cosas* (1).

El autor hace observar que los «séres particulares inteligentes pueden tener leyes que han hecho, pero que también tienen otras que no han hecho,» y aquí no sabe distinguir bien

(1) Compárese esta definición con la de Herbert Spencer y véase cuán semejantes son si no idénticas.

entre la influencia de las leyes naturales (fisiológicas) y las leyes sociales (sociológicas). En su obra, sin embargo, el elemento histórico como fundamento del derecho no se ha puesto bastante de relieve. Burke á quien Ahrens defiende del dictado de contrarrevolucionario se acerca más á Hugo y Savigny.

Segun este célebre jurisconsulto, el derecho no es más que una creacion reflexiva del hombre ó de la sociedad. El derecho nace en un pueblo por un instintivo racional, como la lengua, las costumbres. El organismo social por un conjunto de funciones, engendra el derecho. El conocimiento mismo de esta funcion especial no le deja comprobar históricamente, y por esto es que se refiere en los mitos el origen del derecho á los dioses. La edad juvenil de los pueblos es más pobre en ideas, pero tiene más clara la intuicion de sus relaciones y de sus estados sociales, expresados primitivamente en los símbolos, en seguida en el lenguaje, más tarde solamente la conciencia reflexiva de los jurisconsultos y de los filósofos reemplaza á la conciencia nacional. Todo derecho nace, pues, como derecho consuetudinario, se engendra por las costumbres, por las creencias nacionales, y en fin, por la jurisprudencia, pero siempre en virtud de una fuerza oculta, de una accion tranquila, sobre todo cuando el desarrollo nacional se realiza de una manera arreglada, y esta condicion favorable se encontró realizada en Roma.

Pero ¿cómo, dirán los metafísicos, se ha formado este principio de justicia? ¿Cuál es esta fuerza oculta, esta accion tranquila? ¿Por qué adoptó el hombre la justicia? Si fué justo sólo despues de tentativas y ensayos, y no fué su propia naturaleza la que le inspiró la justicia, ¿por qué continuó siendo justo, aún cuando la injusticia pudiera ofrecerle utilidad? Si la justicia nació de la utilidad, ¿cómo continuó la justicia á pesar del conflicto de derechos, el choque de los intereses, los vaivenes de las ideas y la diversidad de utilidades?

IV.

La filosofía positiva halla la solucion de estos problemas, que no en balde es la filosofía de las ciencias y no el sistema de las abstracciones.

La filosofía positiva reconoce en el derecho un principio de la personalidad humana, pero no un principio constituyente, sino un principio constituido. Todos los elementos que la civilización integra, son debidos á sus tentativas, al humano esfuerzo. El hombre ha adquirido las instituciones á fuerza de sangre, y las ideas á fuerza de tentativas, de sacrificios y de privaciones. Se ha creado mil supersticiones, con las que se ha hecho esclavo, pero triunfando de ellas ha quedado más libre que si no las hubiera tenido. Ha obedecido ciegamente á la voz de sus instintos cuando ha pretendido obedecer á una voluntad superior, y le ha pedido á la naturaleza un tutor en su infancia, un maestro en su ignorancia, un guía en su camino, una inteligencia que le iluminase y le pusiera en armonía con los demás seres que parecían conspirar contra él, cuando todos los seres le aparecían en estrecha armonía entre sí, y ha pedido leyes para que detuvieran el poder arbitrario del más fuerte, y ha solicitado una justicia que protegiera al ser amado por quien sintiera compasión, y cuando llegó á constituir sociedad formal procuró introducir en ella cuanto sus necesidades reclamaban, cuanto pidiera á la naturaleza.

Decir que todos los hombres tienen el sentimiento de la justicia, es desconocer la historia humana, es desconocer la superioridad que nosotros tenemos sobre aquellos hombres de los tiempos prehistóricos que por no tener ocasión de vivir largo tiempo en familia, no pudiendo establecer vínculos sociales, desconocieron el principio de las humanas relaciones y no comprendieron más que la fuerza y el instinto. Decir que es principio constitutivo de la personalidad humana, el derecho, es arrojar un tanto de culpa sobre todos los hombres de todas las épocas que no le han encontrado, y no practicaron la justicia y no hallaron utilidad ninguna en su cumplimiento.

La filosofía positiva hace justicia al hombre reconociéndole el mérito de la invención tras una lucha de millares de años, y da á aquel principio un fundamento humano. La concepción teológica la rechaza el positivismo en primer lugar, porque la ciencia nada sabe acerca de lo absoluto; y en segundo lugar, porque no quiere hacer descansar el derecho en una creencia. La concepción metafísica es una abstracción que la experiencia no

comprueba; y el positivismo ha adoptado para la averiguacion de la verdad el método empírico y la observacion; y en una palabra, quiere dar al derecho base positiva, considerando á la justicia cual principio que el pensamiento humano ha formulado, merced á evoluciones sucesivas.

Los principios morales de todas las épocas y de todos los tiempos son hijos de la utilidad que reportaban; luego se han hecho necesarios, y han sido trasmitidos de generacion en generacion por la ley de herencia, y la nueva generacion que los halló formulados por la anterior ha encontrado en ellos el prestigio y la autoridad de las generaciones pasadas, las reglas de conducta codificadas por la experiencia de los siglos, sancionadas por el beneplácito de todas las épocas.

Estudiad á Darwin (1), y vereis cómo se prepara y cómo se halla el principio moral en sus elementos primordiales, el origen de la sociabilidad, la lucha entre encontrados instintos; cómo se forma la nocion de la individualidad, la idea de apropiacion en los animales, el predominio de los instintos más duraderos sobre los ménos permanentes, y la trasmision de las tendencias morales en el hombre. Estudiad imparcialmente la historia y observad el fenómeno social que ha dado origen á la justicia como fórmula abstracta. En cada uno de los casos en que un hombre recibia un beneficio de otro, ó deseaba un favor, ó se adquiria un compromiso, ó se creaba una obligacion, se iba paulatinamente distinguiendo la cualidad de los actos mismos. En unos no se cumplia con la obligacion; en otros se correspondia á un beneficio. Más tarde, en virtud de una abstraccion, se separó la condicion del acto; de una serie de actos justos se concretó una idea general que los distinguia y nos los hacian simpáticos por la utilidad que encerraban. Cuando los pueblos tuvieron el suficiente grado de abstraccion separaron la cualidad, el mérito y demérito de las acciones, de las acciones mismas; pero como estas cualidades no podian comprenderse sin tomar cuerpo la personificacion en un sér, que en virtud de la cualidad antropomórfica debia parecerse al hombre,

(1) *On the origin of man and sexual selection.* (Capítulo que trata de las facultades morales y de las de los animales inferiores.)

de esta manera los dioses recibieron el atributo de la justicia, y se creó el mito, y se dictaron leyes con arreglo á aquella condicion, que necesitaba un cuerpo para metamorfosearse, sin lo cual quizá los pueblos la hubieran olvidado. Más tarde los pueblos tuvieron gran fuerza de abstraccion, y separaron los principios de justicia, así de las acciones que los determinan, cuanto de las personificaciones indicadas, y pudieron aplicarse á cada caso estos principios y hallar por medio de esta aplicacion el mérito y demérito de las acciones.

Los pueblos han comprendido la justicia de muy diversa manera, y los hechos parecen haber demostrado que, léjos de ser primordial, innata, elemental, es secundaria, adquirida y compleja (1), formada por asociacion, como dirian Hartley y James Mill.

Estudiando atentamente la antropología vereis aparecer este sentimiento, que luégo se transforma en principio y norma de accion; le ocasiona el instinto de conservacion y reproduccion, se desarrolla cuando la defensa de los hombres contra los animales hace surgir la idea de la asociacion, se fortifica con la instintiva formacion de la familia, con la guerra, con los atentados y la defensa que determina la idea instintiva de lo *mío* y de lo *tuyo*.

La idea del deber, no sólo es innata, sino que difícilmente se adquiere y más difícilmente se cumple. En nuestra época, á pesar del grado de adelanto é instruccion, hay personas desprovistas de sentido moral; y este no es innato en el hombre, cuando la ley da al que tiene el derecho un medio para hacerlo efectivo le facilita una coaccion, fuerza é induce al deudor al cumplimiento de la obligacion.

En la edad primitiva, el hecho del más fuerte lo sanciona todo; empero la audacia, el valor, la fuerza y la astucia se combinan; el choque de las voluntades produce círculos de accion y marca límites; se determina la idea del yó, la nocion del individuo se define, y robustece la personalidad con el elemento religioso y las abstracciones de los filósofos; y con la creciente

(1) Littré, *Origine de l'idée de justice*. (*La Philosophie positive*.—Janvier 1870.)

complicacion de los fenómenos sociales, se han complicado tambien hasta lo infinito las relaciones humanas, los derechos y los deberes se han ido multiplicando y diversificando, y el principio de justicia, cual norma de accion, ha sido necesario y se ha definido con la variedad de casos, determinado en las apreciaciones, fijado en la mente de los códigos, sancionado con la fuerza que acompaña inevitablemente á la ley, y lo ha recibido la opinion pública queriendo que se reflejara en las costumbres y le apoyara el poder, la Autoridad.

El derecho, conjunto de principios que regulan ó deben regular las relaciones humanas, es el espíritu de las sociedades, y tiene su ideal en la justicia y su fundamento en la utilidad, y si la filosofía positiva funda el derecho en la utilidad como los Epicúreos:

Atque ipsa utilitas, justis prope mater et æqui,
no excluye el gran principio de dar á cada uno lo que le corresponda, lo que la naturaleza le adjudica, lo que la sociedad le da; pero el positivismo explica cómo esta justicia, hoy elevada y sublime, se ha formado en la mente de los hombres muy paulatinamente, y por lo mismo se atreve á explicar cómo contribuyen á mantener el derecho cuantos tienen interés en que el órden social sea una verdad; de qué manera el poder por la fuerza de los hechos, por la evolucion social irresistible, tiene necesidad de conducir á la sociedad hácia un mejoramiento y perfeccion con los elementos de que dispone, y teniendo siempre en cuenta lo que las generaciones trasmiten por herencia.

La filosofía positiva con esta nocion del derecho no castiga al culpable, no ve en el criminal un hombre que atenta á las leyes morales, sólo ve un hombre incompleto ó un hombre enfermo y procura enmendarle y corregirle. Con la concepcion teológica es un sér poseido del espíritu del mal, un ingrato que falta á las leyes eternas: con la nocion positiva se evita el conflicto que produce un atentado á las leyes sociales y le separa al que lo produce ó le regenera con la instruccion. Evita la infraccion con medios positivos y aplicando la higiene y patología social procura aquel estado en que las leyes puedan infringirse el ménos número de casos posible, y en que dicha infraccion no produzca utilidad alguna al culpable.

La noción de la moral fundada en el interés tiene de por sí una ventaja cualitativa sobre la moral pura, que es una abstracción de mucha fuerza, que es un imperativo categórico para los espíritus levantados, pero insuficiente para las mayorías.

La moral será tan elevada como se quiera (no pretendemos discutirlo) pero en el orden histórico la moral y el derecho tienen por fundamento la utilidad que se combina con el amor propio, con el amor de la familia, con el sentimiento de lo bello y las varias pasiones, etc., pudiendo dar lugar al desprendimiento, á todo lo grande y sublime hasta llegar al sacrificio.

Quizás se me objete á todo esto que encierra un peligro muy grave el separar la justicia como abstracción y como principio de las entidades metafísicas. No ignoro que en todas las civilizaciones hay un fondo de población que necesita ciertas preocupaciones.

En nuestra época hay personas dotadas de regular capacidad, que tienen preocupaciones, como las tuvieron los asirios; otros que sólo en las cosas ven el color; otros piensan como pensaban los indios, tal como se refleja en los grandes poemas; otros son pesimistas como indios y adoradores del Verbo, que sólo conocen las palabras, no los objetos; pero las capas sociales se hallan superpuestas como las capas geológicas, y el terreno de formación más reciente como el terreno de aluvión que produce la vegetación variada y espléndida y la fauna rica y múltiple, viene á ser la generación más reciente que se apoya en las anteriores generaciones, la generación más ilustrada que descansa en la menos culta: á ésta me dirijo para hacerla comprender que en la época presente no tienen razón de existencia la concepción teológica y la metafísica, y cual es la concepción positiva del derecho formulada por una filosofía que debiera llamarse positiva en el estado presente y de la evolución en el porvenir.

P. ESTASEN.

BOCETOS LITERARIOS

DON RAMON DE CAMPOAMOR

I

Exceptuando á los iniciadores del romanticismo, pocos poetas han ejercido tan profunda influencia en nuestra literatura contemporánea como el distinguido vate, con cuyo nombre encabezamos estas mal trazadas líneas. Fundador de una escuela poética de indisputable importancia, creador de un género lírico que ha de prevalecer sin duda alguna, impulsor de un movimiento literario mucho más profundo de lo que acaso se cree, Campoamor está destinado á ocupar lugar muy eminente en la historia de nuestra literatura, en la que ha dejado estampada indeleble huella su ingenio peregrino.

No esperen nuestros lectores una biografía del ilustre poeta. Ni creemos oportuno ni hacedero biografiar á los vivos, ni hallamos grande interés en una descarnada relacion de fechas y sucesos de escasa importancia. Hacer un retrato de la persona nos parece más conveniente, y sobre todo, más ameno.

Los que por ventura no conozcan personalmente á Campoamor y juzguen al hombre por el poeta, quizá se imaginarán que el autor de las *Doloras* es un personaje fúnebre y desesperado, de luenga barba, romántica melena y mirada fatal, devorado por los pesares, amargado por la duda y sumido en negra melancolía, fruto de agitada y tormentosa existencia.

Nada ménos exacto. Ese escéptico implacable tiene todo el plácido aspecto de un creyente. Es un hombre de edad madura, más bajo que alto, grueso y bien conservado, de mirada franca y leal, de frente espaciosa y serena, cuya boca no está plegada por el amargo *rictus* del dolor, sino por la más bonachona de las sonrisas, cuya cabeza corona blanca cabellera, que nada tiene de romántica, y cuyo rostro, agraciado y simpático en su conjunto, rodean unas blancas patillas de bolsista, que ántes le dan expresion de acaudalado y satisfecho banquero, que de melencólico y tétrico poeta.

En ese cuerpo, que casi parece el de un epicúreo, se alberga una alma bondadosa y dulce, un carácter franco y jovial, un corazón sencillo, cándido, casi infantil y una poderosa inteligencia. Y esa alma y ese cuerpo viven sin pesares profundos, en medio de todas las satisfacciones del amor propio satisfecho, de los goces de la familia y de los atractivos del *comfort*. La suerte de ese escéptico pesimista, que de todo reniega, la envidiarían más de cuatro creyentes.

Afable en su trato, muy amigo de sus amigos, indolente para todo lo que no sea hacer versos, Campoamor es persona por extremo simpática y de todos querido. Ha hecho política (como ahora se dice) y la ha hecho bastante mal, como buen español; se ha dedicado á la filosofía, escribiendo dos libros: *El Personalismo* y *Lo Absoluto*, que son dos doloras de bastante mérito; ha peleado contra la democracia con éxito no muy afortunado; y tiene varias manías especiales (*cosas*, como diría Larra), á saber: hablar muy mal de los krausistas y de Quintana, dedicarse al teatro (que es quizá el único género poético para el que le faltan condiciones), darse aires de metafísico (de lo cual tiene tanto como de dramático), y enfadarse con todos los que no dan el nombre de doloras á las composiciones en que lo imitan.

Tal es el hombre. Veamos ahora lo que es el poeta.

II.

El poeta es una de las individualidades más originales y poderosas de la época presente. Su originalidad es tal, que difícilmente puede determinarse su filiación poética, por mas que

sean muy conocidas las fuentes en que se inspira. Que la tendencia alemana domina en sus obras, es evidente; que no pocas veces ha tratado de imitar la *manera* de Víctor Hugo, también lo es; y sin embargo, Campoamor es un poeta eminentemente original; se ha dicho que antes que él ha habido quien ha escrito dolores; que sus pequeños poemas no son género nuevo, sino cultivado por Heine, Musset, Byron, y el mismo Víctor Hugo; todo esto es cierto, pero no lo es menos que la dolencia, tal como él la ha concebido, es cosa enteramente nueva, y que sus pequeños poemas no se parecen á los de ningún otro escritor.

No há mucho tiempo que algunos rebuscadores de defectos, que se engalanaban con el nombre de críticos, creyeron poner una pica en Flandes, como el vulgo dice, y acabar de un golpe con el crédito de Campoamor, mostrando que en algunos pasajes de sus obras había éste imitado pensamientos y frases de Víctor Hugo. El hecho era cierto; y aunque muchos de los supuestos plagios eran coincidencias perfectamente explicables, había algunos que no dejaban lugar á duda. Pero el crédito y la originalidad de Campoamor, no por esto sufrieron menoscabo; estimóse el hecho más como puerilidad que como verdadero delito literario, y hubo de reconocerse que aquellos plagios en nada impedían que Campoamor fuera verdaderamente original, pues, reducidos á alguna frase suelta, no afectaban á la poderosa originalidad de la idea y de la forma interna é imaginativa en que ésta se expresaba.

La originalidad, con efecto, no consiste sólo en decir lo que nadie ha dicho ya, sino en decirlo de un modo nuevo, y se refiere, no tanto á los detalles de la composición, como al conjunto de ésta. Cumplidamente probó el Sr. Valera, al ocuparse de este asunto, que plagios de frases y conceptos abundaban en todos los grandes escritores; pero, ¿qué importa si el edificio poético en que se colocan esas frases es enteramente nuevo? Si un monumento reproduce fielmente las formas de otro, será un plagio, una copia sin novedad alguna; pero si su conjunto arquitectónico á ningún otro se asemeja, poco importará que algunas de sus piedras estén arrancadas de otros edificios. Los que tanto alborotaron con los plagios de Campoamor, no pudieron probar que una sola de sus composicio-

nes constituyera un plagio, y su rebusco de frases sueltas, en nada menoscabó la fama del insigne vate, y, en cambio, causó no poco daño á los rebuscadores.

Campoamor es un poeta que no encaja en la tradicion literaria española; su poesía nada tiene de nacional. La riqueza de formas, los primores y galas de la versificación, que son tradicionales entre nosotros, le agradan poco y rara vez se encuentran en sus obras. Poeta de idea, á ella lo sacrifica todo y su constante conato es encerrar en sus versos un pensamiento trascendental, sin curarse mucho de la forma que, si en ocasiones es bellísima, en otras peca de descarnada é incorrecta. Acérrimo partidario del arte docente ó trascendental, mira con desden á toda composicion que no haga pensar y considera como juego frívolo del ingenio todo lo que no sea la traducción poética de un concepto filosófico. A veces, sin embargo, dando de mano á este excesivo rigorismo, ha sabido pulsar la cuerda del puro sentimiento y conmover al lector con tiernos y delicados acentos. Su admirable dolora: *¡Quién supiera escribir!*, sus bellísimos poemas: *El tren expreso, La novia y el nido, Dulces cadenas, Los grandes problemas*, son buena prueba de lo que afirmamos.

Pero en Campoamor, por punto general, el sentimiento y la imágen no son más que auxiliares de la idea. Su poesía es en realidad *la razon cantada*, como Lamartine queria que fuese la poesía moderna, y no hay concepcion suya, por ligera que parezca, en que á través del poeta no se adivine al filósofo, y no sólo al filósofo moralista, sino al psicólogo y al metafísico.

Esta constante tensión filosófica del espíritu poético de Campoamor, unida á lo poderoso, acentuado y original de su personalidad, es causa de que su poesía sea eminentemente subjetiva. Para él, la realidad exterior no es otra cosa que una ocasion favorable para revelar su propio pensamiento, y por eso nunca la canta por el mero gusto de exponerla, vaciarla ó describirla, sino por el de sacar de su contemplacion alguna enseñanza trascendental. Esta falta de objetividad explica la flaqueza de Campoamor en lo épico y lo dramático, y su excelencia en lo lírico, género que constituye su legítimo domi-

nio, y del cual nunca sale por más que hace, pues líricos son sus ensayos épicos y líricas sus composiciones dramáticas.

Y, sin embargo, gran parte de sus dolores parecen objetivas, tanto por razón de su asunto como de sus formas. Pocas son, con todo, las que así pueden considerarse. La narración, que es forma de algunas, el pequeño drama que otras encierran, casi nunca son otra cosa que un medio original empleado por el autor para expresar un pensamiento propio. Alguna que otra se exceptúa de esta regla, pero estas excepciones son tan escasas, que ántes confirman que desvirtúan la ley general. Lo expresado, lo manifestado, el fondo constante de todas las composiciones de Campoamor, no es la realidad objetiva, sino el espíritu de Campoamor.

Es nuestro poeta eminentemente humano, y rara vez son objeto y fuente de inspiración de sus cantos la Divinidad ó la naturaleza, sobre todo la segunda, que no parece inspirarle mucha simpatía. Cuánto priva de frescura y sentimiento á sus poesías esta falta, no hay para qué decirlo, ni es necesario añadir que en eso no se asemeja á sus modelos alemanes, amantes fervorosos de la naturaleza. El alma y la vida del hombre individual y del hombre colectivo, consideradas bajo los aspectos que más pueden interesar al filósofo, hé aquí el único objeto de la inspiración de Campoamor.

Original en sumo grado, como ántes hemos dicho, pocos poetas le aventajan en ingenio para escoger asuntos y en fantasía para darles las más peregrinas é inusitadas formas. Esta condición explica uno de sus mayores méritos: el de saber convertir en materia poética los más abstrusos problemas de la ciencia, el de conmover é interesar con asuntos abstractos, difícilmente compatibles con las exigencias del estro poético, el de haber sabido crear una poesía didáctica y trascendental, por todo extremo amena y deleitable. Gracias á él, todos los problemas de la filosofía moderna, todos los sistemas más abstractos, desde el idealismo subjetivo de Kant hasta el idealismo trascendental de Schelling, han podido tener en el arte poético la expresión que les es posible; gracias á él, la poesía ha expresado los más profundos y levantados pensamientos y ha difundido entre las gentes ménos cultas las más importantes enseñanzas.

Y esto lo ha hecho Campoamor de un modo inimitable y sin caer en los graves errores y descaminos á que puede arrastrar la tendencia docente á espíritus de ménos genio poético que el suyo. Poco cuidadoso, sin duda, de la forma puramente externa, ha atendido mucho á la interna, y no ha olvidado que la idea por sí sola no basta á dar valor estético á las obras de arte, que éste es una forma y nada más, y que sus mismas poesías, con ser tan profundas, despojadas del encanto de la forma, no serian otra cosa que la exposicion de un conjunto de ideas de todos sabidas, que en sí no tienen valor poético. Campoamor ha sabido dar á la doctrina docente una aplicacion recta, y reconociendo que la poesía no enseña ni puede enseñar, háse cuidado de vestir su pensamiento con formas originales y bellas, para que de esta suerte sea atractivo y se difunda y popularice, único fin didáctico que, con estricta subordinacion al estético, puede el poeta proponerse.

No son, con efecto, las poesías de Campoamor una descarada exposicion didáctica de principios metafísicos. El carácter profundamente subjetivo y el buen sentido del poeta no han permitido cosa semejante. Nacidos los conceptos que en ellas se desenvuelven del fondo mismo del alma del poeta, vestidos de poéticas formas, encerrados unas veces en animados relatos, otras en pintorescos cuadros, otras en dramáticas escenas, presentados por lo general como vivas explosiones de un sentimiento personal, nunca ofrecen las producciones de Campoamor el carácter anti-artístico de la mayoría de las obras didácticas.

Por eso fuera vano intento buscar en ellas una verdadera enseñanza; por eso, con estar llenas de filosofía y hasta de metafísica, leyéndolas no se aprende ciencia; pero las ideas que encierran se graban en el alma con caracteres de fuego y causan en ella emocion vivísima y profunda, que en espíritus reflexivos puede más tarde despertar verdaderas convicciones. Tal es el único sentido en que el arte puede ser docente; no le es posible enseñar á la manera de la ciencia, pero sí difundir las enseñanzas de ésta, llamar la atencion sobre sus conclusiones y preparar al espíritu, mediante la excitacion del sentimiento y de la fantasía, para el conocimiento reflexivo de la verdad.

La originalidad de Campoamor es la única causa de los lunares que á veces empañan sus obras más perfectas. El afan de imaginar y decir cosas nuevas é inusitadas le arrastra en no pocas ocasiones á verdaderas extravagancias, que se muestran, ora en la singularidad de los asuntos, ora en la rareza é inverosimilitud de los incidentes de sus poemas, ya en lo paradójico de los conceptos, ya tambien en lo rebuscado y artificioso de las imágenes. Sus poemas *Las tres rosas* y *Las glorias de los Austrias* son buena prueba de lo que aquí decimos. Este afan de la originalidad es causa de que Campoamor incurra con frecuencia en un vicio asaz comun en muchos poetas del siglo de oro, cual es el *escepticismo*, y caiga en la tentacion de inventar combinaciones métricas poco aceptables, como las empleadas en las Doloras: *¡Más!... ¡Más!*, *¡El beso!*, *Achaques de la vejez*.

Desigual en extremo, muéstrase Campoamor en ocasiones versificador primoroso, y en otras peca de duro é incorrecto; ora se levanta á grandiosas concepciones, ora imagina verdaderas niñerías; ya parece enardecido por robusta inspiracion, ya se duerme como Homero, y en breve plazo lanza á la publicidad poemas tan admirables como *Los grandes problemas* y *El tren expreso*, y engendros tan extraños como *Las tres rosas* y *La gloria de los Austrias*. Explícanse fácilmente estos fenómenos por el carácter subjetivo de sus obras, eco fiel y reflejo fidelísimo de la movilidad incesante de su espíritu, de suyo impresionable, candoroso, y por naturaleza repulsivo al artificio y á la reflexion. Porque Campoamor, á pesar de ser filósofo, de reflexivo tiene muy poco; su filosofía es más bien fruto de la intuicion y del instinto, y tiene más de poética que de científica, y de personal que de objetiva. De aquí la vacilacion constante de su criterio, en el cual no hay más que una nota fundamental é invariable; el escepticismo. Pero el escepticismo de Campoamor capítulo aparte merece.

III.

Campoamor es un poeta sin ideal. Hijo fiel del presente siglo, la duda es su musa predilecta y la negacion escéptica el alma de sus cantos. No hay poeta que con él compita en pesi-

mismo y desaliento, y el hecho de que poesías inspiradas en tales sentimientos logren popularidad tan extraordinaria, es sin duda elocuentísimo signo de los tiempos.

El escepticismo poético no es nuevo en España. Casi todos nuestros poetas románticos, señaladamente Espronceda, en él se inspiraron; pero en Campoamor ofrece caracteres originales que merecen estudiarse. El escepticismo de Espronceda revela una época en que la duda era un tormento para el espíritu; el de Campoamor anuncia un estado social en que ya nos hemos connaturalizado con la duda. Aquel arranca del corazón, y es hijo de los desengaños; éste nace de la cabeza, y es fruto de serena y fría reflexión. El primero denuncia una existencia atormentada y dolorosa; el segundo la vida tranquila de un espíritu á quien no molesta gran cosa la falta de creencias.

El escepticismo de Campoamor es más amargo, más desconsolador y más peligroso que el de Espronceda, por lo mismo que es más sereno y razonado. Los desesperados gritos de Espronceda conmueven y repelen á la vez; el estado psicológico que revelan pone miedo en el ánimo. El tranquilo escepticismo de Campoamor no produce iguales efectos; ántes su plácida calma es señuelo que convida á reposar la cabeza sobre aquella almohada agradable al espíritu, como á la duda apelidaba Montaigne.

Campoamor no tiene motivos personales para ser escéptico. La experiencia de la vida no ha podido causar profunda mella en su alma infantil y candorosa; su plácida y feliz existencia, ántes que á la duda, debiera invitarle á la fe. En su serena fisonomía, en su constante buen humor, es imposible adivinar el escepticismo que le devora; nadie quizá tiene menos derecho que él á ser escéptico.

Y sin embargo, lo es, con mayor universalidad y trascendencia que los escépticos románticos. No se limita á renegar de los hombres, sino que su duda alcanza á las ideas; no se circunscribe á negar el amor, la poesía y la amistad por virtud de añejos desengaños, sino que lo niega todo, incluso la realidad del conocimiento. Y lo niega con imperturbable calma, con serenidad pasmosa, á veces nublada por ligero tinte de tristeza. Tranquilamente, sin los apasionados arrebatos de Es-

pronceda, los alaridos de dolor de Byron, ó la desesperacion intensa de Leopardi, afirma

que humo las glorias de la vida son.

se pregunta melancólicamente:

*La dicha que el hombre anhela,
¿dónde está?*

Sostiene que *vivir es olvidar*; que *tarde ó temprano es infalible el mal*; que *todo es sombra, ceniza y viento*; que *vivir es dudar*; que *todo se pierde*; que *el bienestar del hombre es la muerte*; que *al hombre sólo le afectan el calor y el frio*; que *él es quien regula la conciencia*; que *no hay honor ni virtud más que en la lengua*; que *fuego es amor que en aire se convierte*; que *gloria y fe para el hombre son un sueño*; que *el placer es la fuente del hastío*; que

*la belleza sólo está
en los ojos del que mira;*

que

*todo espectáculo está
dentro del espectador;*

que

*sobre arena y sobre viento
lo ha fundado el cielo todo.*

que *el variar de destino sólo es variar de dolor*; y despues de dudar *si tendrá razon Cabanis*, concluye afirmando

*que en este mundo traidor
nada hay verdad ni mentira;
todo es segun el color
del cristal con que se mira.*

No cabe escepticismo más universal y profundo, ni es posible exponerlo con mayor y más implacable impasibilidad

Y sin embargo, esta poesía escéptica en más alto grado que la de Espronceda es saboreada, con deleite por una sociedad que de creyente se precia. Damas aristocráticas, que contribuyen al dinero de San Pedro y son enemigas del artículo 11; gentes que se cuentan en el número de las *personas sensatas que tienen que perder*; niñas románticas y llenas de ilusiones devoran con placer estas máximas que en otros labios les parecieran impías, escandalosas y dignas de anatema. ¿A qué se

debe este singular fenómeno? ¿Cómo este poeta revolucionario y heterodoxo es el niño mimado de las altas clases? A nuestro juicio, á la *perfidia* de Campoamor, que semejante á la serpiente bíblica sabe revestir de bellos colores el fruto envenenado que entrega á las Evas y Adanes de esta generacion.

Un ligero toque de sentimentalismo, tal cual nota piadosa y mística, alguno que otro alarde de respeto á las creencias tradicionales, que recuerda involuntariamente las reservas de Montaigne, los distingos de Descartes y la devocion de Rabelais, bastan para que Campoamor pueda deslizar impunemente sus venenosas doctrinas. *Il connait son public, ce gaillard-la* y no le cuesta gran trabajo rociar con agua bendita sus audacias volterianas y sus arranques escépticos y pesimistas, dignos de Kant y de Schopenhauer.

En tal concepto, Campoamor es á la vez reflejo exacto de su época y de su país. Esa poesía escéptica, pesimista, amarga é irónica, es la única propia de estos tiempos de crisis y de duda. El poeta de hoy no puede tener ideal, porque el siglo tampoco lo tiene; su canto ha de ser desconsolador y negativo, amargo y desesperado, ó indiferente y frio, segun su temperamento. Si su escepticismo lucha con el deseo de creer y de esperar, sus acentos serán protestas enérgicas y sollozos penetrantes y desesperados; si por el contrario, se aviene á no creer en nada, su canto reunirá á la impassibilidad del estóico la indiferencia del cínico, si por ventura no lanza la irónica carcajada de Mefistófeles. Y si vive en una sociedad descreida en el fondo, hipócrita en la forma como la nuestra, fácilmente se hará perdonar sus temeridades si sabe deslumbrar á los ignorantes con alardes místicos y hacerles creer que es posible tener fe en lo divino cuando se reniega de lo humano, y que en un mismo espíritu pueden reunirse la fe de Schopenhauer y la de Santa Teresa de Jesús.

IV.

Hacemos un boceto y no un estudio crítico, y nos creemos dispensados, por tanto, de entrar en el exámen detallado de las obras de Campoamor, tan conocidas de todos, por otra parte, que es inútil enumerarlas.

Limitémonos á declarar, que ni las obras filosóficas, ni las polémicas políticas, ni los ensayos dramáticos y épicos de Campoamor constituyen la base de su merecida fama. Campoamor es el poeta de las doloras y de los pequeños poemas, ni más ni ménos, y tiempo perdido será el que emplee en buscar por otros caminos el público aplauso. Sus trabajos filosóficos y políticos, sus producciones dramáticas y épicas abundan, sin duda, en detalles admirables (principalmente *el drama universal*); pero considerados en conjunto, no son más que doloras muy inferiores á las verdaderas. Estas son su creacion original; éstas y los pequeños poemas los títulos legítimos de su pluma.

¡Qué es la dolora! Segun Ruiz Aguilera, es «una composicion poética, en la cual debe hallarse *constantemente* unida á un sentimiento melancólico, más ó ménos acervo, cierta importancia filosófica;» segun Laverde, «una composicion didáctico-simbólica, en la que armonizan el córte ligero y gracioso del epigrama y el melancólico sentimiento de la endecha, la exposicion rápida y concisa de la balada y la intencion moral ó filosófica del apólogo ó de la parábola;» segun el mismo Campoamor, «una composicion poética, en la cual se *debe hallar unida la ligereza con el sentimiento, y la concision con la importancia filosófica;*» en nuestra opinion, «*una composicion poética de forma épica ó dramática, y de fondo lírico que, en tono á la vez ligero y melancólico, exprese un pensamiento trascendental;*» definiciones todas que convienen en el fondo y que claramente revelan: 1.º, que la dolora es un género nuevo entre nosotros; 2.º, que la dolora es la forma más adecuada de la lírica en nuestro siglo (1).

Haber creado este género (pues aunque tuviera precedentes en la historia, al hacer de estos elementos esparcidos una individualidad persistente, Campoamor ha sido creador verdadero); al hallar la fórmula de la poesía lírica filosófica, de la poesía de la inteligencia, á la par que Becquer hallaba la de la poesía del corazon; al traer á España el sentido y tendencias de la lírica alemana, profundamente filosófica y subjetiva; al for-

(1) La empresa de la REVISTA CONTEMPORÁNEA está haciendo una edición ilustrada y lujosa de las *Doloras*.

mar una escuela cada vez más numerosa é iniciar un movimiento de día en día más potente; al llevar á cabo en la épica transformacion análoga mediante la importacion del pequeño poema de Byron, Musset, Heine, Víctor Hugo, etc., única forma posible de la épica en nuestro tiempo; Campoamor ha verificado una profunda revolucion en nuestra literatura y ha logrado ser digno de figurar en el número de esos atrevidos innovadores que son punto de partida en una época literaria. Su influencia é importancia en la historia de nuestra lírica serán por ésto no ménos grandes que las de Boscan y Garcilaso, Quintana y Espronceda.

Rindamos, pues, merecido tributo de admiracion y respeto á tan insigne vate y dejemos en la sombra sus flaquezas y defectos. No faltarán sucesores que saquen las últimas consecuencias de sus ideas, y prescindiendo de escrúpulos, desarrollen en toda su extension los gérmenes que ha sembrado. Cuando esto suceda (y ya empieza á verificarse, aunque lentamente), se comprenderá el alcance de la lírica *campoamoriana* y se medirá la profundidad de la revolucion poética que ha llevado á cabo. Entónces se reconocerá que el autor de las *Dolòras* y los *Pequeños poemas*, es uno de los poetas más originales, innovadores y profundos, uno de los espíritus más revolucionarios y una de las inteligencias más poderosas de nuestra patria, y su nombre ilustre y sus producciones admirables serán el lábaro poético de la nueva generacion, como su númen ha sido el verbo de la nueva idea.

MANUEL DE LA REVILLA.



ANÁLISIS Y ENSAYOS

Biblioteca militar, tomo II.—La educacion militar.—Introduccion general al estudio de las ciencias de la guerra, por W. Rüstow, coronel del ejército suizo. Obra traducida del aleman por D. Felipe Tournelle, teniente coronel capitan de caballería.—Madrid, direccion y administracion Pizarro, 15, bajo.

Poco tiempo há que dimos cuenta á los lectores de la REVISTA CONTEMPORÁNEA del primer tomo de la *Biblioteca militar*, encareciendo entónces la utilidad de esta empresa literaria, llamada á influir poderosamente en el desarrollo de la cultura del ejército. A la obra histórica que entónces se dió á la estampa consagramos algunas consideraciones que fueron por cierto benévolamente acogidas por el periódico militar de más circulacion que en nuestra patria se publica, y damos las gracias á nuestro ilustrado colega *El Correo Militar* por sus benévolas frases, al escribir hoy tambien sobre asuntos en que, no sin gran vacilacion, osamos decir nuestro parecer.

El primer tomo de la *Biblioteca*, apareció sin más indicacion de los fines de ésta que la que se desprendia naturalmente de su título. Esta omision se ha corregido en el segundo con elocuentes páginas tituladas *Espíritu de la Biblioteca militar*, que preceden inmediatamente al contenido didáctico del tomo.

«Abrir espacio al libro militar moderno, dando plaza honrosa tambien al antiguo, que al cabo es de aquel abundo manantial y claro espejo, hé aquí la idea prima de esta *Biblioteca*.» Basta leer estas líneas para comprender el vasto conjunto de investigaciones á que habrá de consagrar sus páginas esta coleccion de obras militares.

Explican luego los directores sus vacilaciones, temores y recelos durante el largo tiempo en que el pensamiento de su obra les ha dominado; dias de indecision y de duda, en que se maduró lentamente.

Decia Federico el Grande que el arte de la guerra carece de libros clásicos, aunque entre el gran número de obras inútiles se encuentren algunos tesoros, añadiendo que en lugar de escribir mucho

sin hacer libros nuevos, debian dedicarse los aficionados á producir buenos extractos de los que existen.

Esta opinion del gran general y rey, concretó y fortificó el pensamiento de los directores de la *Biblioteca*, decidiéndoles á ofrecer al público militar una série de libros escogidos, sin *cerrar el paso á las nuevas obras dignas de su objeto*.

Así pensaban «madurando su proyecto en aquellos dias últimos en que el ejército se batia en las montañas del Norte: pero, ¿qué libro entónces como el de la guerra viva, más elocuente y más coronado con los laureles del sacrificio?»

La hora de la paz suena, al fin, y entónces vuelven á su proyecto recordando la vieja máxima: *si vis pacem, para bellum*.

El programa de donde hemos tomado los datos y afirmaciones anteriores, es un bello trozo de elocuencia militar en que compiten la elevacion del pensamiento y lo enérgico de la frase.

Digamos ahora alguna cosa de la admirable obra de Rüstow.

Este famoso escritor, que es ya una ilustracion europea, pertenece, aunque prusiano, al ejército federal suizo. En vez de consagrar su talento á una poderosa monarquía, ha entrado en el servicio de una república modesta, pero grande por el arraigo de sus libertades y las virtudes de sus ciudadanos; condiciones morales que hacen un modelo de aquella tierra que llenó la naturaleza de montañas sublimes, de poéticos lagos, de valles rientes; patria feliz de una raza fuerte, laboriosa y honrada.

La obra de que vamos á hablar se titula en aleman: *Die militarschule*, ó sea, *La escuela militar*. El traductor, Sr. Tournelle, ha creido conveniente sustituir este epígrafe con el que al frente de este artículo hemos transcrito.

En realidad ninguno de estos títulos expresa para la generalidad el verdadero contenido de la obra. Mejor se descubre éste al fijarse en la frase *Introduccion á las ciencias de la guerra* que á continuacion se lee.

En la primera parte se trata de la paz y la guerra como ideas generales. Excusado es decir que necesita Rüstow ocuparse en la cuestion de la necesidad de la guerra y en los proyectos de paz perpétua. El gran escritor expone á favor de la primera razones de importancia, dejando, sin embargo, al porvenir la difícil tarea de suprimirla.

Cuando se considera que los adelantos de las ciencias naturales nos presentan el planeta que habitamos como un inmenso campo de batalla entregado á la lucha por la existencia y vemos á los séres dentro de cada especie y á las especies entre sí luchando sin cesar por asegurarse un bienestar á que nunca llegan pero á que siempre aspiran; cuando vemos en la historia oponerse las razas y resolverse las más grandes crisis en conflictos sangrientos, de donde resulta más grande y poderosa que ántes la civilizacion; cuando adverti-

mos que todos los pueblos históricos han sido en sus más gloriosas épocas pueblos guerreros y aún hoy mismo, reconocemos idéntico carácter en las naciones que dirigen la historia contemporánea del mundo, nos volvemos sordos á las exhortaciones de un falso optimismo y proclamamos la legitimidad y necesidad históricas de la guerra sin entregarnos á un inútil dolor, porque sabemos que la tierra no está predestinada para la felicidad, ni la vida humana para la realización absoluta del bien.

Una vez penetrados de esta verdad, comprendemos que importa estudiar y perfeccionar la guerra. Rüstow desarrolla en la obra de que hablamos el plan de estos estudios, deslindando los que son puramente militares, de los que se enlazan con los otros ramos del saber, expone la teoría de la enseñanza en las escuelas militares, y diserta, por último, con elevados conceptos sobre moral militar; orden de ideas, cuya importancia es sin duda de primer orden.

El tomo á que nos referimos no contiene únicamente la obra de Rüstow. Deseando llenar el número de páginas prometidas con amena é instructiva lectura, han incluido los directores la *Vida del Gran Capitan* por D. Manuel José Quintana.

Sabido es que este insigne poeta supo unir al don altísimo de la poesía, aficiones y capacidad de gran historiador. Como Schiller y Lamartine sintió transportarse su alma de poeta ante los espectáculos de la historia.

«Nada iguala al placer que se experimenta leyendo cuando jóvenes las *Vidas* de Plutarco.» Así decía Quintana en el prólogo de las que tan docta y elegantemente escribió. Los que hemos venido al mundo después de esta publicación, no olvidamos sin duda al gran historiador antiguo; pero recordamos también con emoción las horas de placer que nos produce con sus animadas narraciones el cantor de Padilla, del mar y de la imprenta, al leerlas por primera vez.

Al fin del tomo de la *Biblioteca* en que nos estamos ocupando, insértanse bellísimos fragmentos de la *Moral militar* de A. Desbordeliers.

Estas páginas son elocuentes porque están inspiradas en viriles y levantados sentimientos.

Ya lo dijo en su tiempo el gran Calderon: *la milicia es una religion de hombres honrados*.

El escrito de M. Desbordeliers es una clara exposición de los deberes de esta clase á quien las naciones confían la guarda de su honor y prosperidad á condicion de que sepa elevarse á la altura de esta misión altísima con las virtudes que exige y los sacrificios que cuesta.

Nada hemos dicho aún de las condiciones materiales de la obra, y nos limitaremos á hacer constar el lisonjero éxito que han obtenido entre las personas competentes recomendándolas al lector.

RAFAEL MONTORO.

CORRESPONDENCIA DE ALEMANIA

Heibelberg. Febrero.

Cuando todavía estoy como deslumbrado por las brillantes y múltiples perspectivas que la cultura alemana desarrolla ante mis ojos, cuando apenas puedo orientarme entre tantas cosas nuevas y desconocidas para mí, una amistad harto benévola y generosa ha querido incluirme entre los corresponsales de la REVISTA CONTEMPORÁNEA. No podré yo ciertamente ir á la par con escritores tan acreditados como Bigot, Fastenrath y Benjumea, y que tan á fondo conocen los países de que tratan. Una prudente desconfianza de mí mismo decidiríame á no arrostrar comparaciones resueltas de antemano en desventaja mia, si ya no considerase que gratitud obliga á corresponder por lo ménos con algun ensayo ó esfuerzo á la honra ó merced inmerecidamente lograda. Se presentarán mis observaciones, por lo tanto, muy humildes y persuadidas de su insuficiencia, tanteando el terreno donde otros pueden marchar con seguros pasos, y ojeando de ligero lo que otros pueden inquirir con perspicaces miradas, y valga todo y séame perdonado mucho en gracia al buen deseo de satisfacer al amigo que pone mi nombre en estos trances de peligros y glorias, pues me expongo á los primeros, sin esperar las segundas.

Mas aquí se presenta ya la dificultad primera. ¿Qué asunto elegiré de que pueda escribir con algun conocimiento, y que á los lectores ofrezca algun interés, en el cuadro propio de estas correspondencias? Si aún no me es dado dilatar la vista por el ancho campo de las actualidades científicas y literarias de Alemania, en más reducida esfera, en la vida local, en los hechos que me rodean, puede hacerse un estudio no escaso de significacion, ni indigno de aprecio. Por mi parte confieso que no hay nada en este país que me ocupe y admire como la organizacion de las Universidades, y sobre todo, su espontánea, independiente y poderosa vida, ni cosa hay que me guste tanto como respirar la atmósfera de refinada ilustracion y de rápido progreso intelectual que alrededor de esas corporaciones docentes se forma en ciudades pequeñas y esparcidas por todos los ámbitos del territorio.

Muchos en nuestro siglo, y principalmente en los países latinos, han procurado con mal acuerdo la centralizacion intelectual: tener una *capital de la inteligencia* es ambicion comun á varias naciones. Paris da el ejemplo, Berlin quiere imitarlo, y otras capitales se esfuerzan por absorber todo lo que en las provincias florece y brilla. Tal sistema no es ventajoso á la cultura del pueblo ni al progreso científico, porque si bien parece que en la actividad y riqueza de las capitales encuentra más eco cualquier idea y más medios cual-

quier adelanto, en cambio de esas ventajas corren continuo peligro de perderse la pureza y la independencia del móvil científico bajo los predominantes cuidados y atractivos de la política, cuando no por sensuales placeres y mundanas vanidades. La ciudad pequeña reúne condiciones de reposo, morigeradas costumbres y economía, sumamente favorables al buen éxito de los estudios y á la existencia del cuerpo universitario, siempre que éste disponga de recursos bastantes y que sean fáciles y continuas las comunicaciones con el mundo civilizado. Quizás podría temerse que las Universidades provinciales engendraran el espíritu de provincialismo, tendiendo á una cierta disgregacion y anarquía; mas creo que á ese temor responde la historia de Alemania, cuyas Universidades han sido otros tantos laboratorios donde se han forjado las ideas y sentimientos para la unidad nacional.

Veamos uno de esos ejemplos en Heidelberg, pequeña ciudad de 19.000 habitantes, situada en la boca del valle por donde sale el Neckar á reunirse con el Rhin, escondida entre montes y un poco á espaldas de la mercantil Mannheim, como un viajero que, apartándose del bullicioso camino, retírase á dormir en apacible enramada. Y en efecto, la vida aquí es monotonía y soñolienta: se duerme tristemente en invierno bajo nieves ó nubes y dulcemente en verano bajo la fresca sombra de hermosa arboleda. Pero hay en ese reposo material un importante movimiento de la inteligencia, como lo probarán los siguientes datos.

Es la Universidad de Heidelberg la más antigua de Alemania; la fundó el elector palatino Roberto en 1386, cuando en la Europa central existían solamente las de Praga y Viena. Su primer período de esplendor abraza desde mediados del siglo xvi hasta los comienzos del siglo xvii. El espíritu de la Reforma, que reanimaba los estudios y daba nueva vida á las Universidades, se implantó en Heidelberg bajo los electores Othon-Enrique, Federico III y Federico IV. Artes y ciencias, todo progresó entónces. Levantóse en el castillo el famoso *palacio de Othon-Enrique*, obra maestra del renacimiento germánico, en cuya elegantísima fachada alternan figuras bíblicas: Josué, Sansón, David; alegorías cristianas un tanto cambiadas por el pensamiento moderno, la Fe, la Esperanza, el Amor, la Justicia, la Fuerza, y divinidades del paganismo, Saturno, Júpiter, Marte, Vénus, Mercurio, Diana, Apolo y Hércules... Enriquecióse la Universidad con buena parte de los bienes eclesiásticos secularizados por los príncipes-electores, y entre otros ilustres maestros tuvo en el siglo xvi á *Silburg*, filólogo, descubridor y traductor de los manuscritos de Clemente de Alejandría y Dionisio de Halicarnaso, y en el siglo xvii á *Gruter*, latinista, autor de una *Coleccion de inscripciones latinas*, única hasta estos últimos días en que la Academia de Berlin ha publicado otra. Aumentóse la Biblioteca con los preciosos manuscritos griegos y arábigos que Othon-Enrique habia traído de sus viajes por el Oriente, y tambien con las colecciones de los suprimidos conventos. ¡Espléndido período, pronto seguido de tinieblas y desgracias!

Ya no cabían en Alemania los contrarios intereses y enemigas pasiones de católicos y protestantes, y ya todo el mundo se preparaba á la lucha, y aquí precisamente, en los suntuosos aposentos del castillo, la vanidad de una mujer y la inexperta ligereza de un jóven príncipe, dieron el pretexto, ocasion ó señal que sólo esperaban las apercibidas huestes para arrojarse unas sobre otras. La Dieta general de Bohemia de 1619 habia declarado al emperador Fernando enemigo de la religion y libertades de Bohemia y ofre-

cido la corona de este reino al elector palatino, Federico V, casado con una hija de Jacobo I de Inglaterra. Vacilaba Federico, por un resto de prudencia, en echar sobre sus hombros la temible púrpura que debía ser mancha inmensa de sangre sobre toda su patria; pero su esposa le dijo:—«¿Teniais audacia bastante para tomar la mano de una hija de rey, y habeisla perdido para aceptar una corona que voluntariamente os ofrecen?»—«¡Prefiero, añadia, comer pan solo en tu mesa de rey á celebrar banquetes en tu palacio de elector!» (1) Y las consecuencias cayeron terribles sobre Heidelberg. En 1622 tomola Tilly; el castillo fué saqueado, los profesores protestantes de la Universidad fueron destituidos; la Biblioteca fué enviada de regalo al Papa, que bajo el nombre de *Biblioteca Palatina*, la estableció en el Vaticano.

Tras los horrores de la guerra religiosa vino sobre Heidelberg la devastadora invasion francesa. Si los magníficos palacios de los Electores palatinos no son hoy más que tristes ruinas, si la histórica Heidelberg no conserva ningun rasgo característico de antigüedad, se debe á que los franceses pasaron dos veces por aquí, en 1688-89 y en 1693, volando los fuertes muros del castillo, saqueando y aruinando los palacios, incendiando las casas, de las cuales se cuenta que sólo una quedó intacta (2). Era difícil remediar tanta ruina; se restableció la Universidad, pero sin brillo, y aún vinieron los franceses de la revolucion á causarle tanto daño como los de Luis XIV, pues le confiscaron casi todas sus posesiones convirtiéndolas en bienes nacionales.

Llegamos, por fin, á un nuevo período de glorias universitarias. Anexionada Heidelberg en 1803 al gran ducado de Baden, Cárlos Federico reorganiza generosamente la Universidad, gasta en ella crecidas sumas y le asigna subvenciones. No fueron estériles sus esfuerzos y sacrificios: la inteligencia vino á morar en la casa por él aparejada, y sus luces brillaron sobre toda Alemania. Muchos hombres eminentes han tenido aquí sus cátedras en este siglo y voy á enumerar algunos.

Schlosser, el gran historiador — de quien ha tratado en uno de los últimos números de esta REVISTA el Sr. Fastenrath, y de quien habla tambien el Sr. D. José del Perojo en sus *Ensayos sobre el movimiento intelectual de Alemania*,—*Schlosser*, que tanto contribuyó con sus obras á la regeneracion política y social iniciada por los más grandes y nobles genios, despues de la guerra de la Independencia, enseñó en Heidelberg desde 1817 hasta su muerte, ocurrida en 1861. Bajo sus lecciones se formaron notables discípulos: *Hausser*, *Gervinus* y *Treitschke* se elevan á su vez al profesorado y sostienen la reputacion de la escuela histórica y de esta Universidad. *Hausser* es el mejor discípulo de *Schlosser*, y su obra capital la *Historia de Alemania desde la muerte de Federico el Grande hasta el establecimiento de la Confederacion germánica*, por la cual, dice un crítico, debiera otorgársele el premio correspondiente á la mejor obra sobre la historia alemana (3).

Gervinus, más conocido en España que el anterior, es, sin em-

(1) Federico Schiller, *Historia de la guerra de treinta años*, lib. I.

(2) La llamada ahora *Gasthaus Zum Ritter*, que tiene la fecha de 1592 y es la única antigua entre las casas modernas y sin carácter de Heidelberg. El actual edificio de la Universidad fué construido despues de la guerra del Palatinado.

(3) *Kurtz—Literatur Geschichte*, tomo 4.º, pág. 897.

bargo, ménos estimado aquí; pero siempre merecen notable consideracion su *Historia de la poesia alemana* y su *Historia del siglo XIX*. *Treistchke*, el tercero de los mencionados discípulos de Schlosser, es el único que hoy vive; no se ha hecho éste famoso por escritos, sino como gran didáctico; su palabra y enseñanza ejercen fascinadora influencia; mientras estuvo en Heidelberg defendió la causa de Prusia para la unidad germánica; extraordinario número de alumnos acudia á sus lecciones, y esta Universidad se hizo uno de los primeros centros del movimiento patriótico que ha sido coronado en 1866 y 1870. Actualmente *Treistchke* se halla profesando en Berlin.

En las fronteras que median entre la historia, la teología y la filosofía se levantó *Creuzer* con su *Simbólica y Mitología de los pueblos antiguos*. *Creuzer* fué profesor en Heidelberg desde 1804 hasta su muerte en 1858: propagóse mucho su sistema por el extranjero, donde tuvo, entre otros discípulos, á *Edgard Quinet*; pero ya está abandonado, y quizás destruido por las críticas de *Hermann*, *Voss*, *Lobeck*, etc.

La Facultad de Teología evangélica floreció tambien con *Ullmann* y *Schenckel*; el primero, eruditísimo en historia eclesiástica, gran talento y carácter atrevido, fué hecho prelado, y en seguida intentó una reforma en la teología y el ritual de la Iglesia luterana; pero rudamente atacado por su antiguo colega *Schenckel*, que le acusaba de querer restaurar el catolicismo, cayó de la elevada gerarquía.

Aunque incluido entre los teólogos *Hitzig*, merece puesto aparte por su especialidad filológica; es una de las primeras autoridades para la exégesis bíblica. Murió, profesando aquí, hace tres años.

En la Facultad de Derecho, ¿quién no conoce el nombre de *Thibaut*, y su célebre polémica con *Savigny*? *Thibaut*, desde su cátedra de Heidelberg y en sus escritos, reclamaba la formacion de un nuevo Código de derecho civil para toda Alemania; *Savigny* salió á su encuentro con poderosas refutaciones, y hubo reñida batalla entre la escuela filosófica que pretendia la reforma de todas las legislaciones por la aplicacion de ciertos principios universales, y la escuela histórica, que entónces se determinó y expuso como defensora de la evolucion jurídica, lenta, progresiva, y por decirlo así, inmanente en la sociedad, contra las revoluciones súbitas y los sistemas idealistas.

Saltando algunos nombres que merecerian particular mencion, vengamos ya al cuadro de los profesores actuales; veremos que bastan y sobran para que no decaiga esta Universidad de la elevada posicion que le conquistaron sus predecesores.

Bluntschli ha explicado en este curso *Doctrina general del Estado y Derecho de gentes general y de Alemania*. En la cátedra, no obstante, su imponente, noble y característica figura brilla mucho ménos que en sus escritos; pero ¡cuánta autoridad, respeto y fama rodean al autor de la *Historia del derecho de gentes y de la política desde el siglo XVI hasta hoy!* Como hombre político ha figurado en el partido *nacional-liberal*; pero anteriormente habia combatido á los liberales de su patria, Zurich; su carácter y aficiones tienen algo de aristocrático, y el conjunto de sus ideas puede calificarse de *conservador-liberal*. Como jurista fué discípulo de *Savigny* y pertenece á la escuela histórica.

Kuno Fischer enseña (1) *Historia de la novísima filosofía desde*

(1) Entiéndase siempre en este curso, pues las asignaturas varían de uno á otro.

Kant y Exposicion crítica del Fausto de Goethe. A su gran talento de autor reúne cualidades oratorias raras en Alemania; su cátedra es la más concurrida desde que se retiró Treitschke. Expone y enseña de una manera admirable y tiene firmísima base de reputacion en su *Historia de la filosofía*, lo cual no es poco decir en la patria de Ritter. Como dato curioso añadiré que al comenzar Fischer su profesorado en Heidelberg en calidad de *privat-docent*, fué acusado de ateo por el batallador teólogo Schenckel, ya mencionado, y hubo de retirarse; pero más tarde fué elegido profesor de número.

Bunsen profesa *Química experimental y Direccion de los trabajos químico-prácticos*, y no necesito recordar sus importantes descubrimientos y observaciones en el análisis espectral.

Kühne explica *Fisiología experimental, Prácticas fisiológicas y Curso práctico de Histología*, y es autoridad en esa ciencia tan cultivada ahora y tan orgullosa de sus progresos, que hasta pretende dictar leyes á la antigua psicología y á la organizacion social y política.

Juntos citaré para no ser prolijo á *Gegenbauer*, de Anatomía humana, que lleva aquí solo tres años; á *Ropp*, de Química teórica; á *Friedrich*, de Patología y Terapéutica, y á *Simon*, fallecido en el verano último, cuando alcanzaba mucha fama su cirujía. Y sin mencion ninguna quedan los restantes profesores hasta el número de *ciento cuatro* (2), entre los cuales hay hombres jóvenes llenos de entusiasmo científico y fervor docente, que tal vez adquirirán en lo sucesivo reputacion notoria.

Dispone ese numeroso personal de abundantes medios. La *Biblioteca*, que en 1710 sólo contaba 4.039 obras, recobró en 1815-16 gran parte de las colecciones que estaban en el Vaticano, y posee ya 145.000 volúmenes, 1.300 manuscritos, 1.000 documentos y 50.000 *disertaciones*, de las que escriben profesores y discípulos para los actos académicos; entre los manuscritos hay la famosa *Antología palatina*, coleccion de epigramas, etc., griegos, y, sobre todo, notabilísimas colecciones de poesías de la Edad Media. El *Instituto arqueológico* contiene copias en yeso de estatuas célebres, algunas antigüedades romanas del país y la coleccion numismática de Creuzer. La *Academia de Ciencias naturales* encierra una importante coleccion de mineralogía y geología, otra ménos notable de zoología, gabinete de física, laboratorio de farmacia, etc. El *Laboratorio de química* ocupa un edificio aparte; en otro se halla la *Anatomía* con sus colecciones anatómicas y salas de diseccion, y en otro el *Instituto fisiológico*...

Mucho vale el concurso de ilustres profesores, mucho han hecho las dádivas de príncipes y ministros; pero aquí, como en todas las universidades alemanas, veo una causa superior y permanente de florecimiento y progreso, y es que viven bajo el régimen de la libertad é independencia científica.

Disputan los partidos pacíficos si la enseñanza superior debe ser libre, es decir, permitiendo á la iniciativa individual la fundacion y direccion de Universidades, como en los Estados-Unidos y en Bélgica, ó si debe ser monopolizada por el Estado; pero en lo que no cabe ya duda ninguna á todos los espíritus ilustrados é imparciales, es en el concepto de que la Universidad debe gozar una completa

(2) 41 de número, 26 supernumerarios, 1 honorario, 25 *privat-docenten* y 11 maestros de lenguas y ejercicios.

independencia científica, porque su mision no se limita á disponer la juventud para ciertas profesiones ordenadas por el Estado, sino que, por cima de esos fines prácticos y secundarios, tiende al cultivo de los altos estudios, al progreso científico, á la difusion cada vez más brillante y extensa de las luces. Como órgano de la ciencia, la Universidad sólo debe obedecer á sus leyes y autoridades propias; á su ley suprema, que es la libre indagacion y el libre pensamiento, á sus autoridades naturales, que son los sábios y los hombres de genio reconocidos y aceptados por el pueblo docente y estudiante.

Allí donde el Estado, que no es autoridad científica, impone á la enseñanza de las Universidades reglas y límites (exceptuando los de la moral pública y el derecho) programas y textos, allí no puede cumplirse la verdadera mision universitaria.

Y eso es tanto más lamentable, cuanto que hoy los pueblos se elevan y adquieren poder y consideracion principalmente por el progreso científico. La literatura, el arte, la religion, que ántes constituian los elementos principales de la civilizacion y enaltecian á los países donde se cultivaban, están como eclipsados ó postergados por ese poder nuevo y dominador, la ciencia, que transforma simultáneamente la naturaleza, la sociedad y el espíritu. España no ha dejado de ser un gran país literario, artístico y religioso, pero esos títulos no nos salvan del concepto de inferioridad y casi de nulidad en que nos tienen los extranjeros. ¿Y por qué? Porque España se ha quedado atrás en la rápida marcha del pensamiento moderno; porque pertenece á los rezagados del progreso científico; porque no se halla á la altura de esta civilizacion nueva, cuyo lema dice: *Saber es poder*.

Alemania, por el contrario, en los trances críticos de su historia, ha pedido ayuda y remedio á la ciencia y á la enseñanza: despues de la reforma y despues de las guerras napoleónicas, príncipes, gobiernos y particulares se esforzaron á porfia en levantar los estudios superiores y en propagar la instruccion á todo el pueblo, y de ese modo crearon los dos períodos más florecientes de las Universidades alemanas. Antes que las victorias de Sadowa y Sedan anunciaran al mundo la aparicion del imperio germánico, la potencia alemana habia resucitado en aquella Universidad de Berlin, que fundada en medio de los más espantosos desastres, se levantó sobre Europa como el trono de la suprema inteligencia, en que se asentaban Fichte, Hegel, Wolf, Humboldt, Savigny, Schleiermacher, Niebuhr, Ranke y otros genios. Y alrededor de aquel sol espléndido surgian, segun el ejemplo que hemos visto de Heidelberg, no como satélites, sino como estrellas de un firmamento, otras Universidades reanimadas ó restauradas, llenas de vida propia, que debia ser grandemente fecunda y reproductiva para la patria.

Cuando uno considera lo mucho que el Estado aleman ha hecho y hace por las Universidades, parecen más admirables la independencia y libertad que les deja. Todas ellas han sido fundadas por los príncipes y gobiernos; todas ellas son mantenidas por las generosas subvenciones del Estado; á tal punto, que miéntras Francia saca un sobrante de los ingresos realizados por las Universidades, Alemania gasta en cada una de las suyas por término medio dos millones de reales al año. Pues bien; ese Estado tan dadivoso, y que, por otra parte, no ha consentido nunca la libertad de enseñanza, en el sentido de la competencia, á los establecimientos públicos, ese Estado permite que los claustros universitarios elijan á los nuevos profesores, que cada profesor forme el programa de su enseñanza, que cada Universidad haga su reglamento, y en fin, que

se desarrolle libremente la vida científica en sus organismos propios.

Tanto respeta el Estado la independencia universitaria, que ni aún ha querido dejarles el encargo de expedir los títulos para las carreras de medicina, farmacia y abogacía, encargo que no puede ménos de prejuzgar en algún modo la ordenación y límites de los estudios correspondientes. Para ser abogado ó médico, se exige haber estudiado en una Universidad (así como también para ocupar los empleos no subalternos de la Administración), pero los títulos oficiales, sólo se obtienen por la aprobación en el *exámen de Estado*, al que ha debido preceder un período de ejercicios prácticos.

La libertad tiene otra gran aplicación al admitir en el seno del profesorado la competencia que no existe entre enseñanza pública y enseñanza particular. Me refiero á los *privat-docentes*, que representan en cada Universidad el elemento joven ó innovador, y que hacen competencia á los profesores de número y supernumerarios, impidiéndoles dormirse en las dulzuras de la posición oficial asegurada. A menudo explica un *privat-docent* la misma asignatura que un profesor de número. Las ideas nuevas y atrevidas, que pudieran ser rechazadas por el espíritu conservador y rutinario propio de las autoridades constituidas, encuentran fácil acceso, gracias á los *privat-docentes*; en fin, la Universidad reúne por ese medio todos los elementos aptos y útiles para la enseñanza superior, abriendo la excelsa tribuna del profesorado á los mismos que no poseen los títulos académicos de una carrera completa, pero que por sus estudios especiales son capaces de enseñar con fruto.

Independencia en el desarrollo de la propia vida y en la ordenación de las relaciones exteriores, libertad plena de pensamiento y enseñanza para la cátedra, competencia estimulante y activa en el seno del profesorado para los fines científicos, tales son las condiciones que glorifican á las Universidades alemanas. Los resultados que producen, la actividad de los profesores, que, con ser tantos, todavía se esfuerza cada uno por dar muchas más lecciones de las que les corresponden, la variedad y riqueza del cuadro de asignaturas, el progreso que se marca en la serie de programas que van reformándose y mejorando, la amplitud y continuidad de las relaciones sostenidas con el mundo civilizado... todo eso no puede mostrarse bien á los que no lo han visto. Y yo que, aún usando tantas palabras, no logro expresar mi admiración, recuerdo ante estos alcázares del saber humano, faros del tiempo presente y atalayas del porvenir, cuán humildes y serviles principios tuvo la ciencia, cómo la despreciaban los aristócratas que creían rebajarse instruyéndose, cómo la tenía el vulgo calificándola de encantamiento y pasto demoníaco, cómo la encadenaban y martirizaban los dogmas y la teocracia, cómo la extraviaban muchas veces los filósofos en huecas y estériles divagaciones, y que hoy la vemos triunfante entre ruinas de aristocracias, dogmas y filosofías... Sin duda este período es de crisis, el mundo no puede ser regido sólo por el positivismo científico que produciría un mortal enfriamiento como si el calor se apartase repentinamente de la luz del sol; deben concurrir con la ciencia al desarrollo y dirección de la vida, el arte, el sentimiento, la moral, la fe religiosa... Pero no nos lamentemos demasiado de que siga un poco de anarquía á la emancipación de los esclavos: ¡peor era el orden de la esclavitud! Busquemos por la libertad un nuevo concierto, y armonía entre los elementos permanentes y progresivos de la naturaleza humana. ¡Y prescindamos de los que no sepan progresar, pues, aunque parezcan vivos, están muertos!

JAVIER GALVETE.

ÍNDICE DEL TOMO VII

15 DE ENERO.

	<u>PÁGINAS</u>
I. El túnel.—Novela.— <i>José Alcalá Galiano</i>	5
II. Las transformaciones.— <i>Emilio Castelar</i>	25
III. Adan Smith.— <i>Walter Bagehot</i>	48
IV. Introduccion del romanticismo en España.— <i>F. M. Tubino</i> .	79
V. En un álbum.—Poesía de Lord Byron.— <i>E. Godinez</i>	98
VI. Los progresos del positivismo.— <i>E. Littré</i>	99
VII. Canto nocturno.—Poesía de Leopardi.— <i>José Alcalá Ga-</i> <i>liano</i>	131
VIII. La cárcel de Madrid.— <i>Francisco Lastres</i>	118
IX. La fraternidad.—Soneto.— <i>Rosario Acuña de la Iglesia</i>	134
X. Correspondencia de Lóndres.— <i>Nicolás Diaz de Benjumea</i> .	136
XI. Correspondencia de Alemania.— <i>Juan Fastenrath</i>	146
XII. Correspondencia de Paris.— <i>Ch. Bigot</i>	150
XIII. Revista crítica.— <i>Manuel de la Revilla</i>	157

30 DE ENERO.

I. El túnel.—Novela (conclusion).— <i>José Alcalá Galiano</i>	161
II. A un corazón de cornarina roto.—Poesía de lord Byron.— <i>E. Godinez</i>	183
III. Introduccion del romanticismo en España.—II y último.— <i>F. M. Tubino</i>	184
IV. Las persecuciones de la Iglesia.— <i>Ernesto Renan</i>	199
V. Los hijos sin padres.—Poema.— <i>Ventura Ruiç Aguilera</i>	211
VI. Lecciones militares que se deducen de la guerra de 1870.— <i>W. O'Connor Morris</i>	223
VII. La princesa de los Ursinos y el padre Nidardo.— <i>A. Rodri-</i> <i>guez Villa</i>	256
VIII. Las bibliotecas en España.— <i>Manuel Torres Campos</i>	266
IX. Revista crítica.— <i>Manuel de la Revilla</i>	275

15 DE FEBRERO.

I.	Tierra-Tragona (cuento).— <i>Cárlos Coello</i>	289
II.	Los otomanos.— <i>Alfredo Alvarez</i>	296
III.	J. Bahnsen.—Un nuevo discípulo de Schopenhauer.— <i>E. Von Hartmann</i>	312
IV.	La emigracion de colonos chinos.— <i>M. Villanueva</i>	339
V.	Homero y el Dr. Schliemann.— <i>W. H. Mason</i>	377
VI.	La cárcel de Madrid (continuacion).— <i>Francisco Lastres</i> ...	393
VII.	Los amores de la mujer.—Soneto.— <i>E. Godinez</i>	402
VIII.	Correspondencia de Paris.— <i>Charles Bigot</i>	403
IX.	Revista crítica.— <i>Manuel de la Revilla</i>	411

28 DE FEBRERO.

I.	La hija del artesano.—Cuadro de costumbres.— <i>Emilio Alvarez</i>	417
II.	Los otomanos.—II y último.— <i>Alfredo Alvarez</i>	435
III.	J. Bahnsen.—Un nuevo discípulo de Schopenhauer (conclusion).— <i>E. Von Hartmann</i>	461
IV.	La escuela primitiva de pintura de Flandes.— <i>Juan Fastenrath</i>	489
V.	La lucha.—Poesía.— <i>José Alcalá Galiano</i>	499
VI.	Nocion del derecho segun la filosofía positiva.— <i>P. Estasen</i> .	505
VII.	Bocetos literarios.—D. Ramon de Campoamor.— <i>Manuel de la Revilla</i>	521
VIII.	Análisis y ensayos.— <i>Rafael Montoro</i>	533
IX.	Correspondencia de Alemania.— <i>Javier Galvete</i>	536

Madrid, 28 de Febrero de 1877.

Propietarios gerentes: **PEROJO HERMANOS.**

Madrid, 1877.—Tipografía de la REVISTA CONTEMPORÁNEA,
Pizarro, 15, bajos.